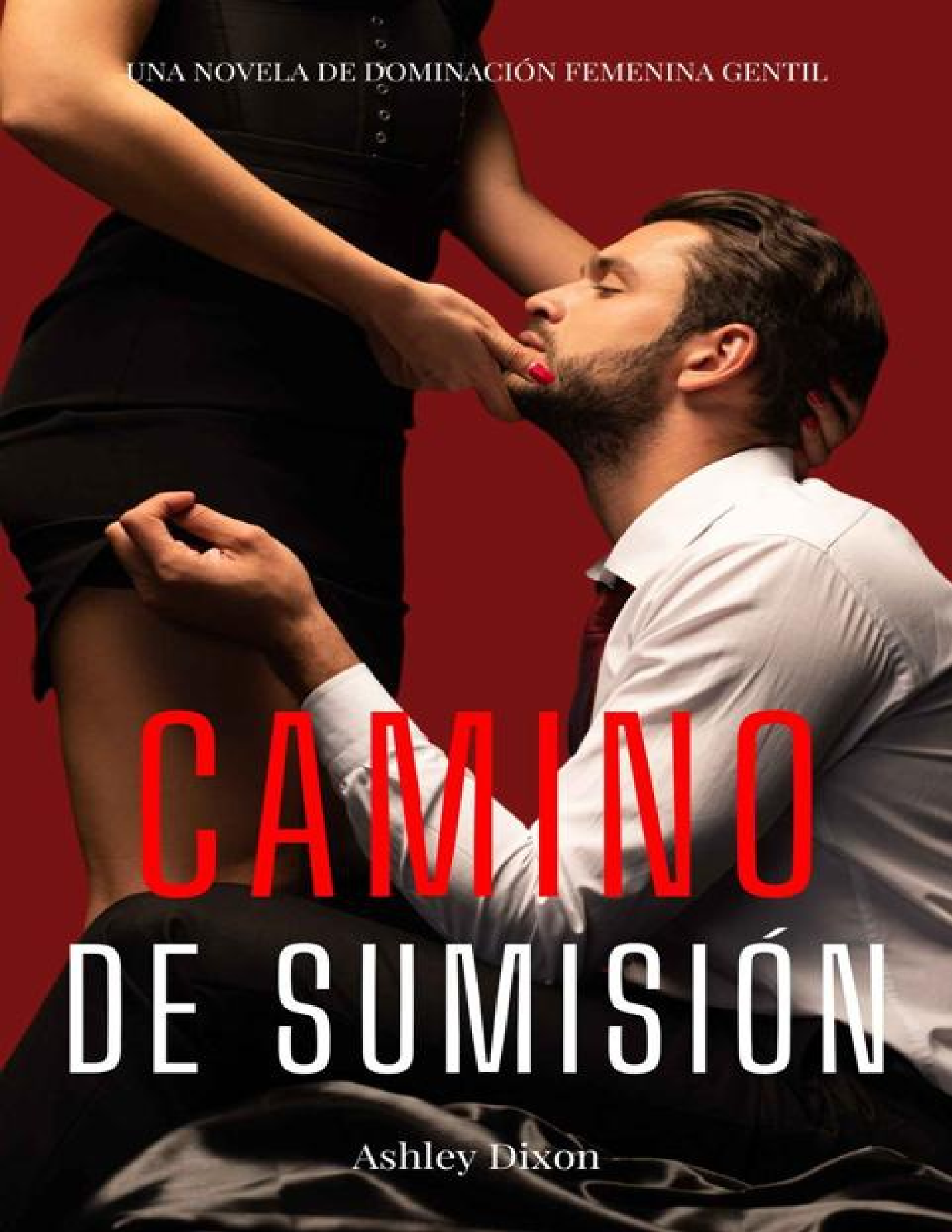




UNA NOVELA DE DOMINACIÓN FEMENINA GENTIL.

CAMINO DE SUMISIÓN

Ashley Dixon

Camino de sumisión

Una novela de dominación femenina gentil

Ashley Dixon

Copyright © 2024 by Ashley Dixon

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law.

Acerca de Camino de sumisión

Ella es Sara, una hermosa rubia agente inmobiliaria de treinta años que sabe exactamente lo que quiere de la vida y en especial, de los hombres. A Sara le gustan los tíos musculosos y bien cargados. No tiene sentido negarlo. Pero lo que más le gusta a Sara es tener el control en sus relaciones. Le gusta poder ser sarcástica y dura, y un poco también, está descubriendo, humillar a los tíos que caen rendidos a sus pies.

Él es el Dr. David Fischer, un neurótico profesor universitario cuya vida no ha sido la misma desde que su mujer lo dejó por otra.

Cuando el destino ponga frente a frente a Sara y David, todo cambiará para ambos, dando inicio a una relación caliente llena de idas y venidas que les enseñará nuevas sensaciones sensuales. En este sendero de descubrimiento, David entenderá cuánto lo excita ser dominado por una mujer fuerte y Sara, por su parte, cuánto le gusta ser la que domina en una relación.

Pero entre Sara y David también se interpondrán Johnny y Amy, otros dos interesados en ellos que harán que todo se complique en una narrativa que irá subiendo en tono y de la que puedes esperar cuernos, dominación verbal, sumisión, mujeres fuertes, diferencia de edad, dinámicas de poder y un romance caliente de final feliz por ahora que dará que hablar.

Contenidos

1. Capítulo 1
2. Capítulo 2
3. Capítulo 3
4. Capítulo 4
5. Capítulo 5
6. Capítulo 6
7. Capítulo 7
8. Capítulo 8
9. Capítulo 9
10. Capítulo 10
11. Capítulo 11
12. Capítulo 12
13. Capítulo 13
14. Capítulo 14
15. Capítulo 15
16. Capítulo 16
17. Capítulo 17
18. Capítulo 18

19. Capítulo 19

20. Capítulo 20

21. Capítulo 21

22. Capítulo 22

23. Capítulo 23

24. Capítulo 24

25. Capítulo 25

Otros historias de Ashley Dixon

Capítulo 1

Esa mujer le gustaba. Era la primera vez que la veía pero ya se daba cuenta que su mente no podía dejar de divagar sobre su cuerpo. La conversación se le deshacía como un tejido al que se le tira un hilo suelto. La mujer vestía un traje ajustado y femenino que acentuaba sus curvas, en especial el escote y el culo. A decir verdad, desde el momento mismo en el que ella lo había recibido en su oficina, se había sentado frente suyo detrás del escritorio y le había hablado con tono firme pero afable, con una sonrisa siempre disponible para los momentos más intensos de la conversación, no había podido seguirle la corriente. Había quedado casi hipnotizado ante la visión arriesgada de los senos de Sara que se apretaban debajo de una blusa con los primeros botones desabrochados, debajo del también ajustado saco que la envolvía. Sus ojos se perdían en el intento de vislumbrar un poco más de piel, un centímetro más de carne debajo de toda esa ropa.

—¿Entiende lo que le digo, señor Fischer?

—Disculpe, ¿qué?

Sara sonrió una vez más.

—Le estaba diciendo, señor Fischer, que la propiedad en la que está interesado le va a costar por lo menos unos cien mil dólares más que el precio con el que ha salido al mercado.

David se aclaró la garganta, intentando hacer que su cerebro se reconectara con lo que estaba sucediendo a su alrededor. Por lo que sabía, Sara podía decirle que iba a tener que ampliar su oferta en otro medio millón de dólares y seguramente él consentiría tontamente para luego arrepentirse varias horas más tarde. Tampoco tenía ese dinero, por lo que tendría que llamarla nuevamente y decirle que había habido un error, una tremenda equivocación. Pero es que Sara tenía ese poder sobre él y la acaba de conocer. Pero David sabía. Él sabía el poder que las mujeres seguras de sí mismas tenían sobre él. Era imposible. Simplemente no tenía la fuerza de

voluntad para aceptar que una mujer segura y tan bella, como Sara, no le pasara por encima como si su hombría no fuese más que una broma poco graciosa. Una interrupción mínima en la rutina diaria, una pequeña entonación de la comisura de los labios, una sonrisa que sería apenas una mueca de compromiso o de no saber bien cómo reaccionar para luego ser olvidada. Y lo peor es que él sentía que podía aceptar ese destino si eso significaba que al menos la mujer le dedicaría al menos unos segundos de su atención. Así lo hacían sentir las mujeres como Sara.

David sabía de mujeres. Se había relacionado con algunas cuantas, y si bien siempre se había considerado un poco perdedor en el amor, lo cierto es que había experimentado sus buenas aventuras con el sexo opuesto. Y es que no habría nunca una cantidad suficiente de mujeres en su vida, pasando por su cama, como para hacer sentir a David que había tenido suficiente. Sabía que el día que le tocara la puerta La Parca, estaría él ahora acostado en su cama, al menos así imaginaba el momento, quizás hasta rodeado de hijos o nietos, eso no lo sabía con seguridad pues, así como había tenido relaciones todas habían terminado, pensando en que sólo se arrepentía de no haber follado con más mujeres.

Y es que para David las mujeres eran simplemente irresistibles. Eso se la ponía difícil, porque no era particularmente bueno en el juego del lígüe. Si había conseguido relacionarse con algunas mujeres, no las suficientes a su entender, había sido pura y exclusivamente a fuerza de insistir y no rendirse, a fuerza de bajar las expectativas y aceptar lo que se le ofreciera. Las mujeres eran para David su punto débil, su talón de Aquiles, su lugar más sensible. Por lo demás, lo había ayudado relativamente el hecho de que había logrado tener una carrera estable como profesor de Literatura en la Universidad. No pagaba mucho y no era a su entender un puesto glamoroso que le hubiera dado manejar un Lamborghini, pero había ciertos tipos de mujeres a las que todavía un hombre medianamente erudito, capaz de recitarles de memoria un poema de amor, capaz de mantener una conversación estable e interesante durante un par de horas y que no las tratara como un pedazo de carne y nada más, les seducía.

Ese tipo de mujeres, aquellas a las que David podía seducir por su erudición, sus modales, le resultaban prácticas. Es decir, por un tiempo le resultaban interesantes, bellas, incluso hasta hermosas. Le gustaba follárselas y probar diversas cosas con ellas, pero invariablemente terminaba aburriéndose de ellas. Llegaba un momento de la relación, pasados los primeros meses de enamoramiento, en que todas terminaban resultándole sosas y poco interesantes; complacientes. Lo peor era cuando comenzaba a preguntarse qué es lo que ellas veían en él para seguir interesadas en la relación; David consideraba que la mayoría de sus relaciones con las mujeres terminaban extendiéndose más de lo natural sólo por costumbre que se transformaba en

rutina. Al tiempo de estar en esas relaciones ya el sexo se volvía repetitivo y poco imaginativo, la convivencia comenzaba a asentarse, en algunos casos con mujeres que se habían mudado a su departamento o lo habían invitado a él a mudarse con ellas, y la magia, la excitación, la pulsión y la necesidad constante que sentía de descargar su energía sexual comenzaba a apagarse.

En cambio, sabía que las mujeres como esa agente inmobiliaria que esperaba su respuesta en ese momento eran harina de otro costal. Eran otra cosa totalmente distinta. Mujeres como Sara lo intimidaban. Mujeres seguras y con convicciones, sexys e irónicas lo ponían a la vez nervioso y le hacían erizar los pelillos de la nuca. Podía sentir en ese instante ya como su verga se movía inquieta debajo de sus pantalones, como intentando encontrar una posición cómoda ante la mirada inquisitiva de esa mujer y, sobretudo, el escote que se abría desembozado justo frente a sus ojos.

—¿Cien mil dólares? —pudo por fin articular David. A decir verdad, no había pensado en lo que Sara le había dicho. Sólo se había perdido en su imaginación, en escenarios donde invariablemente terminaba follando con ella.

—Bueno, eso es si quiere asegurarse la propiedad. Siempre aconsejo a mis clientes que contraoferten un poco más de lo que el vendedor está esperando.

—Eso puedo entenderlo, pero cien mil dólares no es tan solo un poco más de lo que está pidiendo el vendedor. Usted me dijo que la propiedad tiene un precio de venta de... —intentó recordar.

—El precio de venta es de trescientos noventa y nueve mil —completó Sara con tono seguro.

—Exacto, ¡entonces estamos hablando de casi un veinticinco por ciento más!

Sara sonrió. Tenía una sonrisa amplia, serena y confiada, pero a la vez levemente irónica; una sonrisa de mujer segura que sabe que tiene el control. Eso volvió a hacerle correr un escalofrío de excitación a David.

—Señor Fischer, yo quiero que su oferta tenga éxito. Esta propiedad está siendo vista con buenos ojos por muchos otros potenciales compradores. Incluso un fondo de inversión se ha mostrado interesado. ¿Usted quiere asegurarse ganar la pulseada? Entonces hágame caso. Estoy segura de que no le costará demasiado conseguir esa suma. Los bancos suelen ser flexibles con las hipotecas si ven un buen historial de crédito. Estoy segura de que usted lo tiene.

“Esta mujer está demente”, pensó David. ¿De dónde iba a conseguir esos cien mil dólares extra? Apenas había logrado conseguir el dinero para el adelanto y el banco le había ofrecido una hipoteca por el resto. No había forma de que le ofrecieran otros cien mil.

Podría seguramente intentar conseguir algo más prestado por parte de su familia y quizás con eso lograría que el banco le prestara más hasta alcanzar el objetivo y completar los cien mil dólares, pero le costaría sin dudas. Y si bien esa propiedad le resultaba ideal para sus necesidades)contaba con un perfecto estudio donde podría leer, escribir y preparar su clases; un sótano que podría convertir en una habitación de juegos o incluso un pequeño gimnasio, y por lo demás, habitación principal cómoda, habitación para invitados, cocina, y baño, todo lo que necesitaba y no demasiado lejos de la universidad donde trabajaba) aun así, el nuevo precio le resultaba excesivo. Entonces, sin dudarlo, dijo:

—Muy bien, deme unos días para conseguir la pasta.

Sara volvió a sonreír y extendió su mano para estrechársela a David.

—Buena decisión, Señor Fischer. Me comunicaré con usted durante los próximos días.

Capítulo 2

Durante los siguientes días, David no pudo dejar de pensar en el asunto. No, no en el asunto de dónde conseguiría esos cien mil dólares que no tenía para la oferta por la propiedad, sino en Sara. Ese asunto. El asunto de cómo había quedado completamente obnubilado por esa mujer. Lo peor es que no era la más espectacular o impresionante que hubiera visto o siquiera con la que hubiera follado alguna vez. Tampoco era la peor. Era una mujer bella, eso sin lugar a duda. Tenía unas buenas tetas que no ocultaba debajo de ese escote pronunciado con el que lo había recibido en su oficina, un culo redondeado y firme que denunciaba trabajo de gimnasio al igual que unas piernas musculosas, pero sin caer en excesos. Rígidas, carnosas y bien entrenadas. El color de su piel era por naturaleza claro, pero se notaba que le gustaba pasar unas buenas horas bajo el sol porque tenía un bronceado natural que la hacía relucir aún más y su larga cabellera dorada caía sobre sus hombros como una cascada. Calculó que debía medir apenas un poco más de un metro sesenta y cinco lo que terminaba de darle estilo a su cuerpo delgado, pero con aquellas curvas. Aunque quizás se había equivocado en su cálculo, pues no había considerado del todo los tacones que había llevado en esa oportunidad. Pero, más que su cuerpo, sus medidas interesantes, sus ojos color verde, lo que obsesionaba a David era su personalidad. La evidente confianza en sí misma; la mirada entre soez e irónica; el sarcasmo siempre a flor de piel; los labios prontos a posicionarse en una mueca burlona.

¿Cómo serían esos labios en el sexo? David pensó en Sara chupando una polla, cualquier polla, ni siquiera la suya, y se excitó. ¿Le gustaría el sexo a Sara o sería una de esas que se creen que tienen cosas más importantes que hacer antes que andar perdiendo tiempo con tales cuestiones mundanas? ¿Le gustaría que se la metieran por el culo? ¿Le gustaría que se la follaran en posición de perrito? No, eso seguro que no. Sara era una mujer dominante, era claro. Pensó que seguro que era una de esas tías que se le montan a uno encima como un vaquero y lo dejan seco

en poco segundos. David sólo podía soñar con tener una oportunidad con ella. Estaba solo ahora, sentado en el escritorio de su oficina de la Universidad, rodeado de trabajo acumulado pero la única idea que le venía a la mente era Sara y cómo sería capaz de hacer cualquier cosa con tal de tener la oportunidad de follarla. Joder, si hasta había aceptado su sugerencia de ofrecer cien mil dólares más ¡que no tenía! por esa propiedad qque, si bien cumplía con todos sus requisitos y podría llegar a ser un lugar especial para él, seguramente no valía ese costo. Sentía que Sara lo había hipnotizado, llevándolo a hacer algo que de otro modo no hubiera hecho. Si hubiera sido un hombre el agente inmobiliario, sin dudas se hubiera reído a carcajadas de la idea. Vaya, si hubiera tan solo sido otra mujer que no tuviera la personalidad de Sara también habría descartado el asunto sin mucho más. Pero había sido Sara. Por algo era buena en lo que hacía. Claro, cuanto más alta la oferta, más comisión se llevaría si la venta se concretaba. Para ella era un juego perfecto: hacer que sus clientes ofrecieran una suma que el vendedor no pudiera rechazar y de paso garantizarse una comisión mucho más jugosa. *Win-Win*. Con mujeres como Sara no hay manera. Y lo peor, pensó David, es que eso lo excitaba. Lo excitaba sentirse a la merced de la seducción de una mujer como Sara.

Casi sin darse cuenta se encontró tocándose la polla. Se había endurecido de tan solo pensar en ella. Y cada recuerdo de su voz, de su perfume, de su sonrisa sardónica lo sumergía en una sensación más y más profunda de necesidad de sentir su cuerpo, su piel contra la suya. Dejó al descubierto su polla. La miró. Era tamaño promedio tirando hacia abajo. Es decir, si bien estaba dentro del promedio esperable para su raza y características, lo cierto era que se encontraba justo al límite. Un poco menos y ya sería considerado un pollicorto. ¿Cómo le gustarían a Sara las pollas? Se la imaginó cabalgándolo con pasión y ya no pudo contener la excitación, se hizo una pajilla rápida que le dio un orgasmo que supo, no sería ni una décima parte del placer que le provocaría follar en verdad con Sara.

Capítulo 3

Sara acomodó los papeles sobre su escritorio y se apoltronó contenta sobre el respaldo de la silla.

Había conseguido que ese tipo aceptara aumentar la oferta. ¡Y nada menos que en cien mil dólares! Conocía a los de su especie: hombres a los que les encantaba aparentar seguridad y control sobre sí mismos pero que en el fondo eran inseguros. Tíos inteligentes pero que no saben cómo comportarse ante una mujer que tiene sus ideas claras y un poco de carácter.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó la voz de Amy que asomaba ahora su cuerpo por la puerta de la oficina de Sara.

—Pues ha ido perfecto. El tipo aceptó abrir la billetera.

—Eres una zorra. ¿No te da vergüenza aprovecharte así de un pobre profesor de Uni?

—¿De qué hablas? Le ofrecí un trato inmejorable.

—Un trato que le costará cuánto? ¿Cien mil puros más de lo que esperaba?

—Cien mil.

—¿Acaso estás loca? ¿Cómo puedes ser tan desvergonzada?

Sara se acomodó en su silla.

—Oye, sólo me aseguré de que pudiera comprar la propiedad de sus sueños. Bien sabes que los dueños no lo iban a soltar por menos.

Amy dudó un instante.

—Puede que tengas razón, pero estoy segura también de que el tipo no tiene la pasta necesaria.

—Pues dijo que sí la conseguiría. Ya no es mi problema.

—No sé cómo puedes comportarte así con alguien como David Fischer.

—¿Qué hay con él?

—¿Acaso no sabes? Es una eminencia en lo que hace. Un profesor del Departamento de Inglés de la Uni que ha sido reconocido por sus agudas críticas literarias.

—A decir verdad, hace años que no leo más que mis redes sociales.

—Yo tuve una clase con él durante mis años de estudiante. Fue hace mucho tiempo, no creo que me recuerde. Después de todo era una clase de cientos de personas. Debo confesar que estaba un tanto enamorada de él durante aquellos tiempos.

Sara sonrió; su sonrisa sardónica que era su marca registrada.

—¡No digas! Me hubieras pedido y te lo volvía a presentar. Quién sabe, quizás terminabais follando.

—Oh bueno, ha pasado un tiempo y, además, todas las tías del curso teníamos un *crush* con él. Así de famoso era. Decían las malas lenguas que elegía una tía por año y a esa se la follaba. ¡Incluso en su oficina! ¿Puedes creerlo?

—Puedo creer cualquier cosa viniendo de un hombre. Son todos unos cerdos.

—¿Acaso no te gustan los tíos?

—Claro, por eso es una lástima que sean todos tan cerdos. Y por eso también es que una debe mantenerlos bien a raya.

—Como sea, la próxima vez que esté por aquí, si quieres llamarme con alguna excusa banal, no me opondré.

Sara largó una carcajada.

—De veras quieres probar la polla del profesor, ¿eh?

—¿Acaso hay algo de malo en eso?

—No, claro que no. Descuida, me inventaré la excusa más idiota posible para llamarte a que vengas la próxima vez que esté por aquí. Ya me contarás qué tal folla el profesor.

—Si no fuese porque realmente quiero que nos introduzcas, te diría lo que pienso de tí.

—Yo también te quiero, Amy —dijo Sara y le arrojó un beso por el aire.

Amy se volvió a su oficina y Sara quedó sola con sus papeles y sus pensamientos. No se había fijado demasiado en el tío aquel, pero ahora que Amy se mostraba tan interesada una curiosidad la invadió. Lo cierto era que nunca se había fijado demasiado en los tipos intelectuales. Sus relaciones habían sido casi todas con ratas de gimnasio, esos tipos que se dedican los siete días de la semana a pasar horas enteras para quedar bien mamados. Y si bien el sexo con estos podía ser divertido al principio, se aburría pronto, por lo general incluso después de un primer encuentro. Eran tíos por lo general bruscos, poco interesantes, y a los que les gustaba asumir el control de la situación. A Sara le gustaba como se la follaban esos tíos: duro, fuerte y sin

compasión. Cada vez que había estado con uno de esos le habían dado una buena sesión como para recordar. Pero había aprendido a seleccionarlos bien: nada de anabólicos. Había comprobado con decepción que los que se inyectaban, si bien tenían cuerpos que parecían más trabajados y musculosos, perdían tamaño de polla y eventualmente también potencia y hasta erecciones. Y a Sara le gustaban las pollas grandes, macizas y potentes. ¿Polla de intelectual? ¡JA! La sola idea la hacía reírse. Bien sabía ella que los tíos que se dedicaban a ese tipo de cuestiones lo hacían porque no tenían otra cosa con la que ganar en el juego de la seducción. ¿Para qué perder tanto tiempo de la vida rodeado de libros vetustos viejos y polvorientos si podía uno en cambio dedicarle horas a perfeccionar el cuerpo y otros placeres sencillos de la vida? Tíos sin carisma, sin poder de seducción y con pollas pequeñas. Esos eran los que alimentaban los claustros de las universidades. Y con eso lograban conquistar el corazón y las mentes simples de tías como Amy: soñadoras y alejadas de la realidad. Vaya, más que ponerla en contacto con David Fischer podría presentarle a algunos de los tíos del gimnasio que ya había pasado por su cama. Una verdadera polla, eso era lo que sin dudas necesitaba su compañera.

Capítulo 4

Su hermana no había querido saber nada del asunto. ¿100 mil dólares? ¿De dónde se suponía que iba a sacarlos? ¿Y para dárselos a él?

—Vamos, hermanita. Luego de todo lo que he hecho por ti.

—Precisamente por eso —respondió Miriam— ¿qué has hecho por mí?

David pensó un rato.

—Bueno... este... tú sabes... Siempre te he apoyado en todo lo que te has propuesto.

Miriam largó una carcajada sonora.

—Por favor, no seas ridículo.

—Siempre he estado ahí por ti.

—Sí, siempre has estado ahí para fastidiarme. Nunca pude contar contigo para nada positivo. Siempre juzgando mis decisiones, los tíos con los que me relaciono, ¡hasta mi carrera profesional!

En eso tenía razón Miriam. Pero es que, ¿quién podía pensar que dedicarse a dar clases de yoga iba a resultar una buena decisión de carrera? Aun así, se había equivocado. Le iba muy bien a Miriam con ese curro. Tenía su agenda completa de lunes a viernes durante las mañanas donde enseñaba yoga a un centenar de alumnos ansiosos por abrir sus billeteras sobre ella e inundarla de billetes verdes y todo para que ella les indicara dos o tres posiciones de yoga, les hablara sandeces espirituales y les vendiera por fin un kit de velas para energizar el hogar. ¡Vaya curro!

—Vamos hermanita, sé que tienes el dinero.

—Pues que si lo tengo o no lo tengo es cuestión mía, ¿no crees? ¿por qué debería dártelo a ti para que lo inviertas en una casa? ¿Acaso no tienes ya un lugar donde vivir?

—Tu no entiendes. Esta casa me daría la posibilidad de vivir cerca de la universidad y al mismo tiempo tener espacio para un estudio donde poder trabajar. Quizás hasta un gimnasio propio.

Mira, si me prestas el dinero podrías utilizar una habitación para dar tus clases.

Miriam descartó la idea. Ya tenía el espacio que precisaba para conducir su negocio tranquilamente y sin la interferencia de su hermano mayor.

—Todo esto me resulta un tanto gracioso, debo admitir —dijo ella.

—¿Qué es lo que te resulta gracioso?

—Pues que toda la vida me has venido diciendo que ya era hora de que tomara las riendas, que me dejara de gilipollecies y me buscara un empleo redituable, has hecho gala de tu doctorado, tu erudición, tu perfecta y prolija carrera y ahora eres tú el que me termina suplicando por unos cien mil dólares. ¿Quién ha elegido mejor la carrera a fin de cuentas?

David estaba comenzando a fastidiarse.

—Oye, tan mal mi carrera no está yendo si he podido conseguir el resto del dinero.

—Sí, claro, has conseguido una hipoteca. Vaya logro. ¿Y el pago inicial?

—Bueno, claro, ese lo tenía. Pero la agente inmobiliaria es la que me ha sugerido que ofrezca unos cien mil dólares más para garantizarme que el vendedor acceda a venderme a mí. Hay muchos interesados en esa propiedad y se ha desatado una guerra de subasta donde aquel que ofrezca más metálico se quedará con la propiedad.

—Pues entonces te tengo dos consejos: el primero, elige otra propiedad. Y el segundo, elige otra agente inmobiliaria. Esta parece simplemente una estafadora interesada en ampliar la base de su ganancia en comisiones.

Eso sí que no. Había decidido que iba a mudarse a esa casa y que Sara iba a ser su agente inmobiliaria. No había nada que pudiera hacerlo cambiar de opinión. La idea se había asentado sobre su cerebro y ya era demasiado tarde para quitársela. Además, no podía permitirse la idea de decepcionar a Sara. Habían pasado ya algunos días desde la última vez que la había visto en persona, cuando ella le había sugerido que ampliara su apuesta y ofreciera esos cien mil que ahora le estaba suplicando a su hermana que le prestara. En ese tiempo, había recibido un llamado de la rubia donde le había consultado si seguía interesado en la propiedad, si estaba cerca de hacer la oferta pues sabía que otros potenciales compradores también se estaban moviendo y sería realmente una lástima que David se quedara sin la propiedad que tanto deseaba.

—Miriam, no he venido aquí a pedirte consejos respecto de mi proceso de compra de una casa sino a pedirte prestado el dinero. Te lo devolveré con intereses, a la tasa oficial del mercado. Es tan solo que el banco no ha aceptado extenderme la línea de crédito en estos cien mil. Tú los tienes y te sobran. ¿Por qué no invertir en tu hermanito querido?

La mujer dudó unos instantes y por fin suspiró cansada.

—Mira que eres insistente. Pues, te daré la mitad. Cincuenta mil. Tú te fijas dónde consigues los otros cincuenta. Espero que no te metas con la mafia, eso sí. Porque si bien eres mi hermanito y no, no eres mi “hermanito querido”, apenas quizás mi “hermanito tolerado”, no me gustaría que un día de estos te encuentren en la cajuela de un automóvil abandonado.

Cincuenta mil era todavía cincuenta mil por debajo de lo que necesitaba, pero iba a tener que aceptarlo y callarse pues sabía que ese era el límite al que su hermana estaba dispuesta a llegar. Más allá de todas las burlas y el sarcasmo, sabía que en el fondo lo quería y por eso le estaba ofreciendo esa cantidad, pero también sabía que era casi inamovible luego de haberse hecho la idea de un número en su cabeza. Si había dicho cincuenta mil era cincuenta mil y no tendría forma de hacerla mover ni un duro más. Iba a tener que aceptarlo como venía.

—Muy bien, quedamos entonces —dijo extendiendo su mano hacia la de su hermana que lo rechazó con gentileza.

La pregunta subsistía en su cabeza: ¿cómo haría para conseguir los otros cincuenta mil?

Sabía que, si iba a pedirle a su madre, Miriam se enteraría. No había forma de que no lo supiera. Y entonces posiblemente incluso rompiera ese mismo acuerdo que acababan de sellar.

En su lugar de empleo no tenía forma de pedir un aumento o un adelanto. No era así como funcionaba el trabajo en la Academia. Tenía algunos amigos, una ex mujer y algunos conocidos, pero a ninguno podía simplemente pedirle cincuenta mil dólares prestados. Era una suma demasiado grande. Se sentía ambiguo: por una parte había conseguido un buen dinero; por otra parte, era apenas la mitad de lo que le había sugerido Sara que ofertara. ¿Qué opción le quedaba?

Capítulo 5

Sara se despertó con dolor de cabeza. ¿Dónde estaba? ¿Qué había pasado la noche anterior? La luz del sol se metía por la ventana y se depositaba justo sobre sus ojos. Los entreabrió cansada y entendió que no estaba en su cama, en su casa. El lugar le resultaba extraño.

Escuchó un sonido viniendo de la cocina, algo que se freía.

Miró a su alrededor y vio sábanas revueltas y un condón usado tirado en el suelo. Comenzó a recordar la noche anterior. Ahora sentía olor a tocino cocinándose, mezclado con aroma de vainillas, complemento proteínico. Claro que recordaba la noche anterior. Ahora con claridad. Había estado flirteando con Johnny, uno de los chicos del gimnasio. Un tipo bien formado. Le gustaba entrenar duro. Cada vez que lo había cruzado en la sala de entrenamiento lo había visto hacer unos super sets que le fastidiaban. ¿Quién se creía para acaparar casi todas las máquinas de ejercicio para él solo? Pero al mismo tiempo, ese desprecio por lo que otros quisieran o necesitaran le gustaba.

Al principio habían intercambiado pocas palabras. No mucho más que un saludo, un gesto con la cabeza mientras cada uno se dedicaba a sus ejercicios. Y cómo gritaba Johnny cuando subía y bajaba los *dumbbells* y hacía sus rutinas diarias. A Sara le encantaban los hombres duros, rudos, que pudieran gritar como gorilas cuando se la follaban. Y Johnny era uno de esos. Al menos eso había sospechado de escucharlo en el gimnasio. Y la noche anterior, lo había comprobado. No había tomado demasiado para que sucediera lo inevitable. Ella le había dicho alguna tontería, él tipo había respondido con un monosílabo y por fin, aburrida, ella le había preguntado por qué no la invitaba a tomar un trago.

—¿Un trago? No lo había pensado.

Claro que no lo había pensado, simio idiota. Pero qué bien formado estaba. Tenía unos brazos de músculos marcados, piernas, espalda, hombros, todo exudaba masculinidad tosca y bruta.

Habían ido a tomar alcohol a un bar cerca del gimnasio. Ella había tomado demás. Había sido la única forma de soportar escuchar a ese tipo durante la cita.

¿A qué te dedicas? ¿Cuáles son tus ambiciones? ¿Qué planes tienes para el futuro? Todas preguntas que había ido dejando caer como en un cuestionario que tuviera que ir llenando para entender qué tipo de relación podría esperar con él. Y esas respuestas habían determinado sin lugar a dudas una sola respuesta: un polvo y al olvido. Porque Johnny era apenas la cáscara vacía de un hombre. ¿A qué se dedicaba? A no mucho más que pasar su tiempo en el gimnasio. Tenía un negocio, al menos así lo llamaba él con orgullo, qué básicamente consistía en revender por Internet chucherías chinas que conseguía más baratas. Ni siquiera las compraba y almacenaba o siquiera exhibía en un comercio a la calle sino que él hacía eso que llaman *dropshipping*: tenía una webpage llena de links de compra a esas chucherías chinas que cuando un cliente compraba le dejaban una comisión. El trabajo, la manufactura, el envío, todo eso quedaba en manos de la compañía china que fabricaba las chucherías. Johnny recibía los dividendos. No era un mal negocio considerando que le requería mínimo trabajo, pero tampoco era interesante en absoluto o podría darle grandes riquezas. Pero a Johnny no le interesaba. Pagaba sus cuentas y eso era suficiente. No tenía otros intereses más allá de su cuerpo y los videojuegos cuando volvía del gimnasio. Y claro, follarle tías buenas como Sara. Eso era evidente. Su coño podía dar testimonio. Sentía todavía una molestia. Johnny la había follado fuerte y duro. Gritando como el mono inadaptado que era. Antes la había inducido a que se la chupara. Y Sara lo había hecho con entusiasmo al comienzo que había dado lugar a cierto aburrimiento. Más allá de lo fuerte que la había follado, las palmadas en el culo que le había dado mientras se la metía en perrito, todo había sido muy aburrido, muy vainilla, como el aroma que venía de los *pancakes* proteicos que estaba ahora cocinando.

Johnny tenía la imaginación sexual atrofiada por el porno. Eso Sara lo había comprendido de inmediato. Todo estaba instituido en pasos que debían seguirse en su lógica de peli con rubias tetonas y pollas más grandes que la que Johnny cargaba: primero una paja. Luego una buena mamada. Paso seguido, le había pedido que lo cabalgara como una mujer cowboy. Solo unos segundos, pues por más que había querido imitar al porno que tanto consumía, Johnny no tenía la capacidad de aguantarse la corrida lo que aparentan aguantar en esas pelis. Luego entonces, la había obligado a ponerse en posición de perrito y la había penetrado bien profundo mientras que se escupía la palma de la mano para masajearle con brusquedad el clítoris mientras entraba y salía con violencia de su coño. Entre bamboleos adentro y afuera, se había permitido darle unas buenas palmadas bien fuertes en el culo que todavía le ardía un poco. Así estuvo unas cuantas

decenas de segundos hasta que, como si lo hubieran herido con una flecha en el corazón, se había quedado inmóvil un segundo, para luego sí, desparramar su corrida dentro de su coño. Había caído rendido sobre las sábanas revueltas a su lado mientras Sara había quedado todavía en posición de perrito, como esperando el pase final, el momento donde llegara su propio orgasmo. Pero eso no había estado en los planes de Johnny que una vez vaciados sus huevos se había quedado completamente dormido.

Sara había tenido que terminar el trabajo con sus propias manos y luego también se había quedado dormida. Y ahora acababa de despertar y recordaba todo. Su cuerpo olía a sexo y transpiración. Miró la hora en el reloj de su móvil. ¡Dios mío! ¡Iba con retraso para llegar a la oficina!

Se levantó de la cama apresurada y buscó su ropa en el piso de la habitación de Johnny. Entre calcetines y prendas desparramadas por fin logró encontrarla y se cambió a toda marcha. Salió de la habitación mientras se acomodaba el cabello y se detuvo en medio del pasillo para comprobar que su rostro estuviera al menos decente. Siempre llevaba un *rouge* en la cartera para situaciones de emergencia, y vaya que esta era una. Se pintó los labios, sonrió ante el reflejo que le daba el espejo y asintió sintiéndose segura de sí misma. Sí, estaba perfecta para salir e imponer su personalidad. Siguió por el pasillo hasta salir por donde el aroma de *pancakes* de vainilla con tocino se elevaba inundando toda la casa. Allí lo vio a Johnny, parado con una espátula en la mano y mirando perdido como se cocía el desayuno. Por lo demás, apenas si vestía unos calzones agujereados. Su pecho desnudo y bien musculoso, brillaba en el reflejo de la luz del día y el aceite burbujeante en la sartén.

—Buenos días princesa —la saludó con una sonrisa enorme que le abarcaba toda la cara.

Sara no tenía tiempo para esas sandeces.

—Hola, ya tengo que irme.

—Pero, ¿Cómo? ¿Ni siquiera un beso de buenos días?

—Estoy apurada, tengo que llegar a la oficina.

—Vamos, no seas tan mojigata. Pensé que podíamos desayunar tranquilos y luego... tu sabes.

—¿Qué es lo que sé? —dijo ahora molesta Sara.

—Bueno, que pensé que podíamos volver a hacer temblar los goznes de la puerta de mi habitación. Un buen fornicio para comenzar un día nuevo. No hay nada mejor.

Sara sintió arcadas, ganas de vomitar. Ese tipo que le había llenado el coño de su semen la noche anterior ahora le parecía la criatura más básica e idiota que alguna vez se hubiera cruzado.

¿Cómo había permitido que se la follara? Peor aún, ¿Quién habla de ese modo en estos días? Solo un Neardental. Eso era Johnny. Apenas más que un mono a medio camino de su evolución.

—Lo siento, pero realmente necesito llegar a la oficina. Ya voy con retraso.

—Entonces no quieres ni siquiera probar mis *pancakes* de proteína de vainilla con tocino.

Claro que no quería probar esos *pancakes*. No lucían para nada prometedores y aun teniendo tiempo y sintiéndose entusiasmada se le hubiera hecho difícil aceptarlos.

—En otra oportunidad.

—Pues, entonces de una folladita rápida antes de que partas ni hablar, ¿no?

—No Johnny, no. No puedo ahora —dijo, pero pensó que tampoco podría en el futuro. Johnny había sido un debut y despedida. Un nombre que tacharía de su lista de follables así como de su lista de tipos con los que había follado alguna vez y podría volver a follar.

El tipo puso cara de decepción. Era evidente que él sí había pasado un buen rato con Sara. No era sorprendente. Sabía que estaba buena y lo que generaba en los hombres. Lástima que los hombres no sabían cómo hacer para generar en ella el mismo placer y deseo.

—Entiendo. Bueno, entonces llámame... o mejor yo te llamo.

—¡No, no! —se apresuró a decir Sara— yo te llamo. Eso será lo mejor sin dudas. Tu no me llames, es que nunca sé cuándo puedo estar con un cliente y no quisiera que, si la conversación se pone caliente, bueno, tu entiendes.

El rostro de Johnny volvió a iluminarse. La sola idea de tener una charla caliente por teléfono con Sara le excitaba. “Pobre diablo”, pensó ella, “realmente cree que lo llamaré.” Salió de la casa de Johnny y lo primero que hizo fue tomar su móvil y bloquear el número de su amante de una noche. Si seguía así iba a tener que cambiar de gimnasio: ya no le quedarían tíos con los que querer follar y en cambio muchos a los que debía ignorar o esquivar.

Capítulo 6

Sara llegó a la oficina apenas unos minutos más tarde de lo que debía. Entró apresurada, se sentó en su escritorio y comenzó a acomodar las pilas de papeles que tenía frente suyo. Amy se apareció sin preguntar.

—Buenas horas son estas de llegar —dijo sarcástica.

—Joder, Amy, no estoy para esto. Me duele mucho la cabeza y el día recién comienza.

Amy se paseó sonriente por el espacio de la oficina de su compañera.

—Por como hueles, apuesto a que tuviste una noche intensa. ¿Fue ese el motivo de tu llegada tarde? Siempre tan puntual y prolija y sin embargo...

Sara se olisqueó la ropa que llevaba. Realmente apestaba a transpiración, a semen, a verga de macho en celo.

—Entonces, ¿Quién fue? ¿El profesor? Apuesto a que te folló duro. Se decía en la Uni que el tipo es un guarro.

Sara largó una carcajada.

—Amy, no estoy aquí para dar rienda a tus fantasías eróticas con el señor Fischer.

—¿Mis fantasías?

—Por favor, no puedes ocultar lo que sientes por él.

—Deja de proyectar sobre mí lo que te sucede a ti.

Sara hizo una mueca irónica.

—Bueno, si no fue el profe, ¿entonces quién? Porque ese aroma a sexo salvaje es indisimulable. Sin contar con que tu ropa está arrugada y es la misma que llevabas ayer. Tu siempre tan pulcra. Es evidente que has pasado una noche inolvidable.

“Sí, inolvidable”, pensó Sara. Pero por lo mala. Lo tediosa. Y para peor, todavía sentía un poco de dolor dentro del coño. Ese bruto la había follado sin ningún cuidado, sin ninguna precaución.

—Prefiero no hablar de eso.

Amy se mordió el labio inferior. Sara pensó que las chiquillas como ella venían cada vez más imaginativas pero que a la hora de concretar una acción se escabullían y gritaban que no estaban preparadas, que las estaban acosando, que los hombres eran todos cerdos. ¡Y vaya novedad! Claro que los hombres eran todos unos cerdos, pero la gracia estaba en saber convertirse en el granjero que los engordara para luego llevarlos al matadero. A Sara le venía muy bien el momento de cortar las relaciones con los hombres. La hacía sentir poderosa poder poner fin a una relación, romper el corazón sencillo de uno de esos idiotas que lo único que pensaban era en la próxima vez que se la follarían. Bloquear sus números, dejar de responder sus mensajes, dejar que la inundaran con mensajes insultantes sólo porque había decidido que ya no quería volver a dejarse follar por ellos. Los hombres y sus pollas. Sara lo sentía casi como una forma de estudio de la psicología masculina. Le gustaba ver cómo los tíos se iban volviendo locos antes la certeza de que ese hoyo, ese coño, el suyo, se había cerrado para ellos y para siempre.

Sara revisó su agenda del día mientras Amy comenzaba a salir de su oficina.

—¡Ja! Parece como si hubieras estado viendo mis papeles antes que llegara —dijo Sara.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque en una hora tengo una reunión con tu amado profesor.

—Yo te diría entonces que aproveches que todavía tienes tiempo para irte a tu casa a cambiarte el atuendo. Y de paso, rocíate un poco de perfume también. Realmente hueles a prostituta.

Sara pensó que Amy tenía razón. Sin dudas podría irse hasta su casa y cambiarse de ropa rápidamente, colocarse un poco de perfume y volver justo para la hora pautada para la reunión con Fischer. Pero luego pensó que no le molestaría que el tipo se diera cuenta de que ella había tenido sexo la noche anterior. Mucho menos un pobre infeliz como ese. Sería divertido ver su expresión.

Capítulo 7

David llegó a su cita con Sara a la hora acordada. Estaba nervioso y se acomodó varias veces el saco y el cabello frente la vitrina de un negocio cercano antes de entrar a la agencia inmobiliaria. Quería mostrarse seguro de sí mismo y bien presentable. Había arreglado esa cita hacía unos días y desde ese momento no había podido dejar de pensar que volvería a estar frente a Sara. Lo cierto es que esa idea lo había estado atormentando de algún modo. La única forma de poder funcionar en su trabajo y en su vida diaria desde el momento de confirmar la cita había sido matándose a pajas. La sola idea de volver a sentarse frente a esa mujer parecía haber despertado en sus huevos una locura frenética de generación de semen porque se sentía todos los días, casi todo el tiempo, pesado y cansado, como si estuviera cargando un peso allí abajo. No era hasta que se hubiera pajeado pensando en la rubia y vaciado sus huevos momentáneamente que volvía a sentirse relativamente productivo y aliviado. Esa mujer lo hacía sentirse un adolescente calenturiento.

Miró la hora en su reloj una vez más, suspiró y caminó los pasos que lo separaban de la agencia inmobiliaria. Entró en el edificio, se anunció en recepción y esperó a que Sara fuera a buscarlo para llevarlo a su oficina. Pero entonces, una mujer de cabello oscuro, delgada y apenas más baja que él, se apareció detrás del mostrador de recepción y con mirada sorprendida y la boca abierta, lo señaló con un dedo.

—¿Profesor? ¿Profesor Fischer? ¿Es usted?

Sí, él era David Fischer, pero ¿quién diantres era esa chiquilla? ¿Y dónde estaba Sara? David sintió su frente perlada de sudor.

—Disculpe, ¿usted quién es?

—¿No me reconoce, profesor? Soy Amy. Amy Miller.

Intentó recordar pero nada venía a su mente. El nombre no le sonaba en absoluto y la figura de la chiquilla apenas le daba una vaga sensación de familiaridad.

—Yo... lo siento. Es que tengo muchos alumnos todos los años.

—Fui su alumna hace cuatro años nada más. La suya fue una de mis clases favoritas. Me decepciona que no me reconozca, debo admitir —dijo Amy con un tono de voz que marcaba que claramente le había dolido que David no la reconociera.

—Como decía, lo siento mucho —lo cierto es que la idea de Sara se había apoderado de su cabeza y de sus ideas en ese momento y sentía casi como si su cerebro directamente estuviera obstruyendo la posibilidad de pensar o recordar cualquier cosa que no estuviera relacionada con la rubia.

—Bueno, está bien. Pero sepa que me ofendió.

David no podía creer lo que estaba escuchando de boca de esa mocosa.

—¿Disculpe?

—No, usted es quien debería pedirme disculpas. ¿Qué le parece si me invita a tomar un trago y me las pide? Puede que se las de.

Eso sí que no era lo que David había ido esperando encontrar. Un avance tan alevoso y poco disimulado, pero por otra parte no tenía fuerzas como para discutir en ese momento.

—Sí, sí, claro, tome aquí una tarjeta con mi número de teléfono. Llámeme y coordinamos un encuentro —dijo extendiéndole su tarjeta profesional como si la situación fuera completamente otra, profesional y no de explícito flirteo.

Amy la tomó y sonrió. En ese mismo instante llegó Sara.

—Vaya, ¿y esta situación qué significa? —preguntó sorprendida.

—No es nada —dijo Amy volviendo a su oficina y dejando a David y Sara solos junto a la recepcionista que había permanecido concentrada en sus cosas durante toda la escena y sin decir palabra.

Sara vio cómo Amy bamboleaba el culo de camino a su oficina, dando un espectáculo imposible de evitar para David.

—Lo siento por esa situación —le dijo extendiéndole la mano— bienvenido de nuevo, profesor Fischer.

David, que se había distraído contemplando el culo de Amy alejarse, tomó la mano de Sara y la sacudió. Sintió que algo en ella era distinto a las veces anteriores que la había visto. Parecía poco arreglada. Tenía el pelo revuelto, cara de cansancio y apestaba levemente. Un aroma que no pudo definir pero que le hizo pensar de nuevo en sexo. Un sexo sucio y salvaje. ¿Acaso la rubia habría

tenido una noche de pasión? Sintió unos estúpidos celos. ¿Cómo podía sentirse así por una mujer con la que no tenía ninguna relación más allá de ser su cliente? Bueno, y claro, la relación que había armado con ella en su propia cabeza donde todos los días, todo el tiempo se la follaba imaginariamente.

Sara lo hizo pasar hacia su oficina y le ofreció asiento, se sentó ella también detrás del escritorio y con una enorme sonrisa en la boca lo saludó nuevamente.

—Espero que traiga buenas noticias, señor Fischer. Digo, buena noticia será cuando cerremos esta venta y usted culmine el proceso con la propiedad de sus sueños, pero para llegar a eso...

—Sí, precisamente por este motivo vine aquí hoy. Verá, pude conseguir el dinero...

—¡Excelente noticia!

—Déjeme terminar, por favor.

—Lo siento —respondió Sara un poco más nerviosa. Si había algo más que Fischer quería decir, posiblemente no eran tan buenas las noticias.

—Gracias. Como decía, pude conseguir el dinero, pero no todo lo que usted me sugirió.

El rostro de Sara se mudó a una mueca de decepción que ya no pudo evitar y la satisfacción de su previa sonrisa se difuminó al instante.

Eso a David lo calentó. Pudo sentir cómo su verga se ponía dura de nuevo en ese mismo instante y con disimulo intentó acomodarse en la silla de modo tal que la mujer no pudiera percibir esa súbita excitación que lo había tomado por completo. ¿Acaso lo excitaba que Sara lo viera como un alfeñique? ¿Un incapaz? ¿Un tipo que no tenía los recursos como para en un abrir y cerrar de ojos conseguir cien mil dólares? Seguro que una mujer como ella estaba acostumbrada a acostarse con tíos ricos, llenos de lana, autos caros y pollas grandes. Los tipos con pollas grandes siempre van por la vida con una seguridad que a David siempre le había faltado. Él no era así. Lo sabía. Era un tipo inseguro y neurótico, apasionado por temas y cuestiones que a la mayoría de los hombres de su clase social y edad le importaban un pepino.

Sara se acomodó nuevamente sobre su silla y adelantando su cuerpo hacia el escritorio preguntó:

—¿Cuán abajo de lo que hablamos está, señor Fischer?

Con el arrime de su cuerpo, el escote de Sara se había abierto y ahora le regalaban a David una espectacular vista de sus tetas. Eran turgentes y blancas, y podía ver prácticamente la completitud de esos pechos hasta que comenzaba la copa del sujetador. David tragó saliva. Ahí estaban. Las tetas de Sara. Sólo le faltaba ver sus pezones. Pero el resto estaba ahí. En otro momento de mayor tranquilidad y menos calentura lo hubiera pensado y le hubiera resultado todo tan ridículo: su mente y su verga completamente idos en la contemplación de un trozo de

piel y carne. Pero en ese momento su mente luchaba con la injusticia de tener que reponer imaginariamente lo que le quedaba de ver de las tetas de Sara. Unas tetas sin pezón apenas eran carne. Un pedazo inconexo de piel, una superficie moldeada a la perfección, estaba claro, pero que no dejaba de ser un fragmento, un atisbo de la totalidad y eso lo volvía todavía más loco.

Sara notó que el hombre se había quedado en silencio contemplativo. Siguió con su mirada la de David hasta que comprendió perfectamente lo que estaba sucediendo. Se abrochó la camisa y olvidando toda sutileza, que en definitiva por qué debía tenerla si el profesor pervertido no la había tenido, le dijo con un tono serio pero que en el fondo escondía cierto jugueteo:

—¿Acaso me estaba mirando las tetas, señor Fischer?

David enrojeció inmediatamente. Quiso decir algo pero sólo pudo balbucear. Era sin dudas uno de los momentos más vergonzantes de su vida y sin embargo su verga se endureció todavía mucho más. Se movió incómodo, intentando encontrar una posición que le devolviera la seguridad y la confianza, al menos que le diera palabras para decirle a Sara, que viendo cómo el hombre se retorció en su silla se arrimó hacia él, atravesando su cuerpo por encima de su escritorio. Pudo notar la erección del profesor y otra sonrisa sarcástica se le volvió a marcar en el rostro. “Qué tipo más patético”, pensó para sus adentros. Fue casi como si David hubiera tenido poderes telepáticos porque estaba convencido de que la mujer estaba pensando exactamente eso mismo.

—Disculpe, señorita, realmente no... no fue mi intención. Tenía la blusa abierta y por un momento... me distraje. Le aseguro que no volverá a ocurrir —dijo David sudando copiosamente por la frente.

Sara quería seguir jugando con el pobre tipo. Sabía que tenía todo el poder, el control absoluto de la situación, pero también sabía que quería esa comisión de venta y que si se excedía en ejercer su dominación lo más probable fuera que el hombre se levantara avergonzado para no volver nunca más.

—Descuide. Haré de cuenta que aquí no sucedió nada por fuera de lo estrictamente comercial.

David volvió a sentir que le volvía la presión sanguínea al cuerpo, pese a que la mayoría seguía concentrada en su polla. Se aclaró la garganta y entonces por fin dijo:

—Bien, de nuevo le pido disculpas por la situación que acabamos de vivir. Espero que no arruine nuestra relación de aquí en adelante.

“Viejo baboso, bien que querrías chupar estas tetas”, pensó Sara pero respondió:

—Asunto olvidado, señor Fischer. ¿Me estaba diciendo respecto del dinero entonces?

“Estos tipos son los peores” siguió pensando Sara “se la dan de muy intelectualotes pero bien que les gustan las mujeres jovencitas, con la carne firme y bien puestas. Con buen motivo Amy decía que los rumores en la universidad eran que le gustaba tirarse a sus alumnas. Apuesto a que moriría por una buena mamada de mi parte. Si supiera cómo me follaron anoche... pobre infeliz.”

—El asunto es que sólo pude conseguir la mitad de lo que usted me sugirió —dijo por fin David. Ahora era Sara la que estaba distraída, pensando en lo patético que era el tipejo que tenía frente suyo. Pareció no escuchar lo que éste le decía.

—¿Me escuchó? —la despabiló David.

Sara volvió a la realidad de su trabajo. Era un tipo patético y triste ese tal David Fischer, sí, pero se estaba divirtiendo con esa situación de todos modos.

—Sí, escuché. Estaba intentando pensar qué solución podemos encontrar a esta situación.

—Yo creo que una oferta de cincuenta mil por sobre el precio de lista debería ser suficiente para convencer al vendedor, ¿no cree?

Sara se mordió el labio inferior.

—No lo sé. Sinceramente, creo que es una situación difícil en la que se encuentra. Como le dije esta propiedad ha sido vista por mucha gente y sé de forma directa que hay muchos interesados. Yo creo que con cien mil usted se garantizaría ganar en la subasta.

Esas eran precisamente las palabras que David no quería escuchar. Había ido confiado en la firmeza de su oferta y ahora no sólo había pasado en cambio un momento patético frente a esa mujer que lo volvía loco, sino que además probablemente se quedaría sin su casa soñada.

—¿No cree que tenga ninguna posibilidad con mi oferta?

—Yo no diría que sus chances sean cero, pero sí que será más difícil.

—¿Hay algo más que podría llegar a hacer para influir en la decisión del vendedor? Digo, por fuera del dinero.

Sara se cruzó de brazos.

—He tenido clientes que han enviado cartas contando su situación a los vendedores, además de ofertar más que el precio de lista, y en algunos casos han logrado conmover lo suficiente al vendedor que estos han decidido aceptar sus ofertas. Pero para serle sincero, siempre fueron casos de familias con niños pequeños, o casos más... delicados.

—Yo sé escribir bien, a esto me he dedicado casi toda la vida. Estoy seguro de que podría escribir una buena carta.

—Mire señor Fischer, usted escriba la carta. Yo haré su oferta al vendedor y pensaré en todas las posibilidades para asegurarnos de que esta propiedad termine siendo suya. Pero no puedo prometerle nada.

—Desde luego. Bien, le agradezco mucho su atención y nuevamente, le pido disculpas por el malentendido de hace unos instantes.

“Qué pesado este tipo”, pensó Sara. Pero por otra parte, quería todavía divertirse un poco más con él.

—Nada que disculpar —dijo y cruzó del otro lado del escritorio para despedir a David. El hombre extendió su mano una vez más, pero en cambio Sara le puso la mejilla sobre el rostro obligándolo a un improvisado beso de despedida. Eso sí que no se lo había esperado. No se saludaba con nadie con un beso y ahí estaba esa mujer atrevida ofreciéndole impune su mejilla. Y su aroma. El aroma salvaje del sexo que la muy guarra habría tenido apenas horas de encontrarse con él. Sus sentidos fueron invadidos por las feromonas de la hembra y una vez más sintió como su verga se despertaba vigorosa.

Sara le indicó el camino de salida y David se apresuró por allí. Una vez fuera de la agencia inmobiliaria sintió que el aire fresco le devolvía la cordura. Eso había sido intenso.

Miró la hora en su reloj de pulsera: tenía el tiempo preciso para almorzar algo rápido antes de entrar a dar su clase de la primera tarde. Alzó la vista y vio, apoyada contra la pared a su lado, a Amy. Su ex alumna. Ahora sí recordaba su nombre. La joven había salido a fumar.

—Ese es un muy feo hábito, señorita —la regañó con cariño.

—¿Ahora le importa cómo me va en la vida, profesor?

—Vamos, no sea así. ¿Tiene una idea de cuántos alumnos pasan y han pasado por mis clases?

—Escribió una carta de recomendación para mí, profesor Fischer. ¿En serio no me recuerda?

Ahora que le decía eso sí la recordaba. Claro que la recordaba. Había sido una alumna mediocre, una más del montón. Pero con un hermoso culo. Y nunca podía oponerse a firmar cartas de recomendación absolutamente genéricas para alumnas con lindas curvas. Era un tipo al que le gustaban más las tetas, como la escena de hacía unos instantes le había recordado, pero un buen culo joven y tonificado como el de esa Amy siempre merecían también una recomendación.

—Sí, si la recuerdo. Una joven brillante.

Amy aplastó el cigarro contra la pared.

—Déjese de tonterías. Nunca fui brillante, por eso terminé trabajando aquí.

—Yo, bueno, no quise...

—¿Entonces? —dijo Amy intentando cambiar el rumbo de la conversación —¿Va a comprar una propiedad?

—Eso espero.

—¿Por qué lo dice?

—Bueno, su colega me dijo que no la tengo fácil.

—Ja, Sara siempre le dice lo mismo a sus clientes.

David se quedó en silencio pensando en lo que su ex alumna le acababa de decir.

—¿Qué quiere decir?

—Mire, ¿por qué no me invita un almuerzo y hablamos con tranquilidad? Le puedo contar exactamente a qué me refiero y de paso se disculpa por no haberme reconocido pese a que fue uno de mis profesores favoritos de la Uni y que escribió una carta de recomendación para mí.

¿Acaso la mocosa tenía una doble intención con esa propuesta? Un almuerzo no es una cita. Aunque podía serlo. De cualquier modo, ¿cómo negarse al pedido de un culo tan redondeado y carnosos como el de Amy?

Capítulo 8

David la había llevado a un restaurante cercano al campus. No era el más sofisticado; por lo que podía creer, la joven no tendría reales intenciones ulteriores y no quería arriesgarse a otra situación vergonzante o que pusiera en peligro su carrera. Por lo que descartó rápidamente de su cabeza llevarla a uno de los restaurantes más finos donde solía ir con sus potenciales conquistas. Al mismo tiempo, el mesón al que la había llevado tenía cierto aire de prestigio que le daba el estar todos los días poblado por profesores y personal de la universidad.

—Nunca había venido aquí —dijo Amy mientras hojeaba la carta en un menú forrado en cuero.

David pensó que posiblemente la joven no conociera una experiencia culinaria que no fuese la de los *fast-food* y que este lugar seguramente le parecería el colmo de lo delicado.

El restaurante tenía un ambiente ciertamente acogedor y se habían sentado en la mesa que tenía reservada por ser habitué. Esta se encontraba en un rincón un tanto alejado, bajo la luz de una lámpara que intentaba imitar sin demasiado éxito a una del siglo XIX.

David revisó el menú con cierto nerviosismo. La muchacha le resultaba indudablemente atractiva. Tenía un culo que podía adivinar delicioso, aunque su rostro era bastante vulgar. No había nada realmente llamativo en Amy, más allá de sus nalgas, claro. Pero por lo demás, y ahora recordaba un poco mejor haberla tenido como alumna, era la definición de una persona neutra: sin carisma, sin una belleza apabullante, sin una inteligencia que la hiciera destacarse en una conversación. Al menos así la recordaba, podía ser que hubiera cambiado en estos años que habían transcurrido desde que había sido su alumna, no podía descartarlo, pero lo dudaba. Por cierto, el hecho de que ya no fuera su alumna le quitaba todo el posible morbo que hubiera podido suplantar las otras falencias de su personalidad, pensó David.

—¿Bueno, qué te parece? ¿Has decidido qué vas a ordenar?

Amy rio con nerviosismo.

—Honestamente no acostumbro a almorzar demasiado. Tengo que cuidar mi figura.

David volvió a mirar de arriba a abajo a la joven. Desde allí parecía muy delgada, quizás hasta demasiado. Su cabeza no pudo evitar imaginarse cómo sería follando. ¿En qué posición le gustaría que se la metieran? ¿Cómo podría tomarla si apenas tenía carne en ese cuerpo? Esa última pregunta encontró una rápida respuesta: la tomaría desde el culo que era lo que más sobresalía de su cuerpo.

—Entiendo, pero también debes saber que la alimentación es importante. ¿Cierto?

—Profesor, usted siempre pensando en alimentación. Todavía recuerdo esa clase que nos dio acerca de las comidas en Shakespeare. Honestamente en ese momento pensé “¿Qué le pasa a este tío que está obsesionado con la comida?”

—¿Y ahora lo sigues pensando?

Amy rio con nerviosidad.

—No lo sé.

David se acomodó en la silla.

—Al menos recuerdas mis clases.

—Si he de ser sincera, recuerdo más cómo usted las dictaba que los contenidos en concreto.

Ahí estaba. La joven estaba flirteando con él. Era claro.

—¿Yo? No soy tan importante —jugó su carta de humildad.

—Claro que sí. Nos traía a todas enloquecidas con sus clases.

David se aclaró la garganta. ¿Realmente quería follarse a esa joven? Cada instante que pasaba al lado de ella la sentía más y más sosa y poco interesante.

—Volviendo al tema, ¿qué almorzarás? Tengo una clase en poco más de una hora. Deberíamos ordenar.

—Oh, sí. Desde luego —dijo Amy y se sumergió en el menú una vez más.

¿Y él? ¿Qué iba a ordenar?

Revisó rápidamente la carta que ya se conocía de memoria y finalmente se decidió por la sopa de cebollas. Era una de las especialidades no declaradas de la casa. Una cremosa y suave sopa de cebollas con queso acompañada de un trozo de pan.

—Bueno, pues, creo que pediré una ensalada —dijo por fin Amy y sonrió con una sonrisa que David consideró de bobalicona.

¿Qué estaba haciendo allí con esa mocosa? ¿Por qué había aceptado la invitación a almorzar? El momento mismo en el que la joven le había preguntado, o más bien sugerido el almuerzo, algo dentro suyo se había disparado en los centros de gratificación. Ser el centro de atención de una

mujer. Eso era todo lo que necesitaba. Era un empujón a su ego que necesitaba, y mucho más luego de la catastrófica reunión que había mantenido con Sara ratos antes.

David asintió ante las palabras de Amy y llamó al camarero. Le indicó lo que iban a almorzar y agregó un vino tinto para hacer el almuerzo un poco más llevadero.

—Pensé que me había dicho que tenía que dar clase luego de nuestro almuerzo.

—Sí, ¿por?

Amy rio con una risa que hirió la sensibilidad musical de David.

—Ahora entiendo por qué siempre estaba tan chispeante durante sus clases.

—Para nada. Un vaso de vino por día; lo recomiendan los médicos.

—Pero pidió una botella.

—¿Acaso no somos dos aquí?

Amy pareció dudar, como si la constatación de algo tan obvio le resultara sorprendente.

—Claro, que tonta soy. Pensaba tomar agua.

—Nada de eso. Este encuentro amerita un rico vino —dijo David y pensó que quizás, con un poco de suerte, la bebida despertaría algo dentro de Amy que la hiciera al menos tolerable.

Estuvieron en silencio un rato. Amy parecía perdida en una ensoñación y David se preguntó si todo eso no había sido un desafortunado error. Por fin llegó el camarero con las órdenes.

David se sumergió en su sopa. Nada que una comida sabrosa no pudiera mejorar.

—Entonces —dijo por fin— ¿qué era eso que me ibas a contar acerca de Sara si te invitaba el almuerzo?

Amy pareció reflexionar unos instantes, como si estuviese discutiendo en su interior entre traicionar a su compañera de trabajo y satisfacer al tipo que era evidente que le gustaba.

—Sara... es una mujer especial —afirmó Amy.

David sonrió sarcástico. ¿Eso era todo lo que tenía para decirle Amy a cambio de un almuerzo?

—Eso es evidente. Pero ¿a qué te refieres en concreto?

—A eso. A que es especial. Le gusta a veces jugar con sus clientes. Con los hombres en general.

David sintió que se atragantaba con el pan mojado en sopa. Su verga volvió a despertar, cosquilleante en sus pantalones.

—Pero, en concreto, ¿qué me quieres decir?

Amy suspiró fastidiada. Era evidente que no le interesaba en absoluto hablar de Sara. Había encontrado esa excusa para convencerlo de llevarla allí.

—¿Acaso te hizo saber qué solo podrás garantizarte la propiedad que quieres comprar si incrementas lo que el vendedor pide?

—Bueno, pues sí. Pero vamos, que por como está el mercado no veo nada de extraño o sospechoso en eso. Todos los días no más te levantas lees en los periódicos que tal propiedad se vendió a tanto más de lo que pedían, que tal otra se vendió a veinte o treinta por ciento más que lo que pedían.

—Eso es cierto, pero a Sara a veces le gusta exagerar los números.

David había sospechado que eso podía llegar a ser cierto, pero por otra parte tampoco consideraba que cien mil pavos más de los que pedía el vendedor fueran una cifra tan exagerada si iba a garantizarse la compra de la propiedad.

—A ver, dime, ¿cuánto más te dijo que debías ofertar?

David se tocó los labios con la servilleta.

—Pues, unos cien mil.

Amy largó una carcajada incrédula.

—Por Dios, Sara... sí que eres una zorra —dijo como si la tuviese frente suyo y no a su cliente.

—¿Crees que podría garantizarme la compra por menos?

—Creo que si yo fuese tu agente, podría garantizártela por cincuenta mil.

David enrojeció. Por una parte, la idea de que Sara estuviera aprovechándose de él lo ponía cachondo, pero por otra parte, cincuenta mil era mucho dinero, sin contar con que era eso lo que le había podido ofrecer sobre el valor de venta.

—Eso es justo lo que he podido conseguir para aumentar mi oferta.

Amy se llevó un tenedor lleno de lechuga a la boca y sin dejar de mirar a los ojos a David, dijo cuando terminó de pasar la comida:

—Con eso deberías poder cerrar el trato.

—Sara dijo que sería difícil.

—Claro, porque todavía está viendo si puedes llevarle algo más de calderilla. Algunos miles más por lo menos. Por la comisión, claro.

Sí, David sabía que era por la comisión. No necesitaba que esta tontuela se lo recordara ni se lo expusiera de modo tan obvio como si él no tuviese la capacidad para entender algo tan básico.

—Y... ¿tu podrías influir en el asunto? ¿Asegurarte de que Sara pueda concretar el negocio con lo que he traído a la mesa?

—Supongo que podría... tengo mis recursos con Sara.

—¡Excelente! ¡Entonces hazlo! Supongo que tú también merecerías una comisión por este favor, no sé cuánto te parece bien. Puedo conseguirte unos mil o dos mil más. Necesitaré un par de semanas, pero...

—Olvídese. No quiero su dinero.

—En ese caso, te agradezco la gentileza y si hay alguna vez algo que yo pueda darte...

—Fóllame.

—¿Discúlpame? —dijo David intentando mostrarse sorprendido por el atrevido pedido de la joven.

—Fóllame duro. Desde mis tiempos de estudiante que sueño con conocer tu miembro.

David se arrimó hacia la joven.

—Oye, que te van a escuchar los de la otra mesa.

—¿Qué importa? Que el mundo sepa que quiero que me folles. Me da igual.

—Shhhhh, yo tengo un prestigio que preservar y aquí está lleno de otros profesores de la universidad.

—Profesor Fischer, todo el mundo sabe que le gusta follarse a sus alumnas. ¿Por qué nunca me ofreció ir a sus horas de oficina?

David se movió incómodo en su lugar. ¿Cómo hacer callar a esa joven?

—Está bien, está bien, pero no andes con el chisme. Que quede entre tú y yo.

—¿Entonces es un trato?

David suspiró derrotado. Iba a tener que tirarse a ese culito. Si lo pensaba en esos términos no estaba mal. Era solo que todo el resto de Amy le parecía terriblemente aburrido y sin gracia.

—Está bien. Pero me tienes que garantizar que Sara conseguirá cerrar el trato por mí.

—Delo por hecho. Entonces, ¿vamos?

—¿Qué? ¿ahora?

—¿Por qué no?

—Te he dicho que tengo que dar clase en una hora y media.

—No hay problema, puedo esperarte en tu oficina entre tanto.

—No, no, eso no me gusta en absoluto. ¿Qué pasa si algún alumno quiere verme en ese tiempo?

—¿Durante su clase? Me quedo en su oficina con la puerta cerrada, cuando termina el dictado vuelve y me folla como un animal.

David supo que esa no era una buena idea.

—De acuerdo —dijo y pidió la cuenta.

Capítulo 9

Manejó hasta el campus de la universidad con Amy a su lado. Si alguien le preguntaba qué hacía con una antigua alumna en su auto no tendría una respuesta. Honestamente no había buenas excusas, pero de todos modos intentó pensar en algo. Quizás diría que estaba aconsejando a su antigua alumna a conseguir un mejor empleo o quizás dijera que se había cruzado con ella y habían quedado en ponerse al día o podría decir que la joven le había pedido si podía servirle de mentor. No sabía exactamente qué respondería. Tuvo suerte y nadie le preguntó nada, aunque una vez que estuvieron en la universidad le indicó que caminara unos pasos detrás suyo así nadie creería que iban juntos.

Amy rio.

—¡Pero si igual me llevarás a tu oficina!

—Esperemos que nadie vea cuando ingresas —dijo David encomendándose a Dios.

La situación realmente no le gustaba para nada. Amy no era su tipo, ahora estaba decidido. No era que no le pareciera atractiva, en eso su culo era imbatible y objetivamente no era una fea muchacha, tan solo un poco normal. El problema que sentía David era que no le representaba ningún desafío. Era directa y grosera, y no había tenido inconveniente en mostrar lo mucho que ansiaba que se la jodiera. Y si bien eso siempre inflamaba su ego, en esta oportunidad no terminaba de convencerlo. Lo único que tenía a su favor era que era una mujer y para David había algo del orden casi deportivo en follar con mujeres. Luego de que su relación matrimonial había terminado se había enfrascado en una especie de olimpiadas en las que competía consigo mismo: tenía que follar la mayor cantidad de mujeres posibles y sólo así ganaría la medalla de oro.

Entraron al edificio donde tenía su oficina y se aseguró que no hubiera nadie en el pasillo antes de abrir la puerta y hacerla entrar.

—Quédate aquí en silencio. Apaga la luz. Tiene que ser como si no hay nadie. De ningún modo nadie puede enterarse de esto.

—Entendido, profe —dijo Amy sonriente mientras cerraba la puerta de la oficina dejando a David por fuera.

“¿Qué estoy haciendo?” se preguntó él mientras tomaba su portafolio y se dirigía al salón de clase.

Llegó justo cuando sus alumnos comenzaban a inquietarse por su ausencia. Solía ser muy puntual y se había retrasado al menos diez minutos. Entró decidido, se disculpó por la tardanza y comenzó a dictar su clase. Ese día tocaba hablar de poesía estadounidense del siglo XX. Era un curso introductorio a la literatura de su país y si bien él se había especializado en literatura de Inglaterra durante fines del siglo XVIII y comienzo del siglo XIX, la jefa del departamento de Inglés le había asignado ese curso porque no tenía a nadie más que pudiera dictarlo.

No era una clase que le gustara enseñar especialmente y además esa tarde no tenía la cabeza puesta en el tema. Lo único que podía pensar era que cuando terminara de hablar tendría que volver a su oficina donde Amy lo estaría esperando para ser follada. Vaya, en cualquier otra ocasión esa idea le hubiera excitado, pero en esta oportunidad no se sentía particularmente excitado por la idea. Lo único que lo ponía un tanto cachondo era pensar que seguramente la aventura llegaría a oídos de Sara. David conocía a las mujeres y sabía que les gustaba contarse todo, en especial los tíos que se tiraban.

Las dos horas de clase transcurrieron lentas, casi interminables, mientras hablaba con poco conocimiento de la materia acerca de poesía de la Generación Beat. A los estudiantes era un tema que los fascinaba, pero David siempre había sentido que todo eso no había sido más que paparruchadas de la era hippie. Algún día esos estudiantes terminarían sus estudios, saldrían al mundo real y se encontrarían con que los días y noches bajo el efecto de los alucinógenos, escribiendo poesía automática, soñando con la libertad de las carreteras no era nada más que otra forma de conformismo de las clases medias de hacía casi sesenta años. Una clase media que en parámetros actuales era directamente clase alta.

Terminó la clase, se despidió apresurado de la clase y tomando su maletín se dirigió con paso serio y apresurado hacia su oficina.

La luz estaba apagada, precisamente como le había indicado a Amy, podía notarlo por el vidrio esmerilado de los ventanucos que decoraban los costados de la puerta. Bien, eso lo tranquilizaba. La joven había cumplido con su requisito. Era un buen síntoma. Colocó la llave en la cerradura, la giró y abrió la puerta apenas lo necesario como para poder ingresar y la cerró inmediatamente

apenas terminó de ingresar. Entonces encendió la luz y la vio. Completamente desnuda, de pies a cabeza, Amy estaba sentada en su escritorio con las piernas cruzadas, apoyándose sobre las palmas de sus manos, extendiendo su cuerpo en posición desafiante y provocativa.

—Bienvenido, profe —lo saludó.

David se quedó unos segundos de pie en el mismo lugar donde había ingresado a su oficina. Tragó saliva. Lo que veía ahora era excitante, no podía negarlo. Su polla no podía negarlo, levantándose triunfal ante el espectáculo que tenía frente suyo.

Sin decir palabra, comenzó a desabrocharse la camisa y se bajó los pantalones.

—Ni te das idea de cuántas veces me he imaginado este momento —dijo Amy.

—Cállate —ordenó David que sentía que cada vez que la muchacha hablaba la excitación abandonaba su cuerpo.

Acomodó su ropa en la silla para visitas, cuidando que no se arrugase y por fin se terminó de bajar los calzones. Amy sonrió y eso hizo que volviera a sentir un cosquilleo de excitación que se la puso dura. La joven, sin decir palabra, se abalanzó hacia él y comenzó a besarlo. Primero en la boca y luego bajando por su pecho, hasta llegar a su polla erecta que colocó en su boca y comenzó a chupar.

David pensó que Amy sabía lo que estaba haciendo. Se imaginó que esa técnica le habría requerido haber chupado muchas pollas antes que la suya y eso lo excitó todavía más.

—Si que eres bien guarra —susurró —apuesto a que se la has chupado a cientos de tíos.

—Ni te das una idea —le respondió Amy y continuó chupándosela.

David la tomó del cabello y la guio en sus movimientos; la lengua de Amy se movía con la seguridad y la confianza de quien conoce a la perfección cómo enloquecer a un hombre. Pero lo que a David realmente lo volvía loco era pensar en todas las veces que la joven había hecho lo mismo. Todas las otras pollas que se había metido en la boca, toda la lefa que habría tragado en su corta vida, todos los afortunados tíos con los que ahora estaba siendo hermanado. Cuando sintió que estaba por correrse empujó la cabeza de la joven para indicarle que dejara.

—¿No quieres correrte en mi boca?

—Claro que sí, pero antes quiero probar tu coño con mi polla.

Amy se puso de pie y se sentó en el escritorio del profesor. Abrió sus piernas y le indicó que estaba preparada para recibirlo. David se acercó a la joven con la polla en la mano y la penetró con fuerza. Sus cuerpos quedaron atrapados, unidos en un abrazo mientras él bombeaba. Amy gimió.

—Guarra, cómo te gusta que te penetre —dijo.

Amy suspiró. Para David eso compensaba todo lo demás, todo lo que lo aburría su antigua alumna. Esa ansiedad, esa pasión por ser penetrada por un hombre era todo lo que necesitaba para calentarse. Incrementó la potencia de sus estocadas, el escritorio se sacudió moviendo las pilas de libros que descansaban sobre este. Amy clavó sus uñas en la espalda de su antiguo profesor y por su boca se escaparon unos pequeños gemidos que sonaron como susurros en los oídos de David.

Sin poder ya controlarse, unas primeras gotas de semen se precipitaron por la punta de su verga hasta que se convirtieron en un largo chorro que inundó el coño de Amy. David largó un pequeño quejido, como si su cuerpo estuviese siendo exprimido y, agotado, se dejó caer desnudo sobre su silla; la silla donde durante el día trabajaba o recibía a alumnos que acudían en busca de su consejo y enseñanzas.

Amy quedó unos instantes más sentada sobre el escritorio.

—¿Qué tal ha estado? ¿Fue como lo soñaste?

—Oh sí, ni te das idea.

David sonrió triunfal. Era un semental. Era un macho cabrío. Había bombeado bien duro a su antigua alumna y a ella le había encantado. Era una zorra. Y eso lo enloquecía.

—Ahora espero que cumplas con tu parte del pacto —dijo David que terminaba ahora de vestirse.

Amy se imaginó la reacción de Sara y disfrutó todavía más lo que acababa de suceder.

—No te preocupes, yo me encargo de esa —dijo.

David sonrió. Al final, había disfrutado mucho más de todo ese asunto que lo que había creído. Amy parecía ser definitivamente una adicta a las pollas y eso para él era imposible de superar. Odiaba a las tías que jodían como si estuvieran haciéndote un favor. No, el no esperaba menos que una adicta completa y total a la polla. Y saber que era la suya la que estaba dentro de una de estas adictas lo enloquecía aún más.

Miró a la joven terminar de vestirse y pensó que no había podido probar su culito. Quizás podía follar con ella una vez más. Sacarse las ganas.

—¿Quieres que te lleve de vuelta hasta la agencia inmobiliaria? —le preguntó.

—No hará falta. Sé cómo viajar desde aquí. Gracias de todos modos.

—No es nada. Oye, qué tal si repetimos esto alguna vez.

—Claro —dijo Amy a quien la idea de seguir metiéndose la polla de su antiguo profesor la excitaba. No que el tipo fuera un amante espectacular, pero saber que tenía ese poder sobre un

hombre que le llevaba tantos años de diferencia y que tenía una situación de poder tan desigual le hacía vibrar el cuerpo en escalofríos de placer.

Salió de la oficina de David, se acomodó la ropa y el cabello y siguió hasta estar fuera del edificio de la universidad. Eso había sido algo.

Capítulo 10

David terminó de reacomodar su escritorio y su oficina y se dejó caer vencido en su silla una vez más. Eso sí que había sido algo. Mejor de lo que había anticipado. Y ahora que había probado no podía dejar de pensar en repetir, en volver a follar con Amy. No le generaba el mismo cosquilleo de excitación que Sara, pero la práctica nunca estaba de más. Podía reconocer la belleza de Amy. Sí, era un poco insípida y no le inspiraba una pasión desbordante, pero al menos tenía más personalidad de la que había creído. Tremenda zorra había resultado ser. Esa forma de tomar una polla y llevársela a la boca, el modo de chuparla y cómo se había abierto de piernas para él, todo eso le indicaba que la jovencita tenía práctica. Sabía lo que estaba haciendo. Eso lo enloquecía. Habría follado antes con decenas, quizás cientos de idiotas de su edad. Pero ahora había por fin probado la polla de un tipo maduro como él.

Estaba perdido en sus ensoñaciones cuando escuchó que alguien golpeaba su puerta. Se sobresaltó. No esperaba a nadie. Entonces lo recordó: tenía agendada una cita con Mark Linder, uno de sus alumnos de doctorado. Estaba dirigiendo su tesis acerca de representaciones góticas en la literatura de la era de la guerra fría. Si bien el tema le resultaba más interesante que la poesía de la generación Beat, sentía cierto desprecio por esos trastocamientos históricos que la academia gustaba hacer: gótico en la Guerra fría; gótico durante los años 90s; ¡gótico hasta en la sopa! David era más tradicional. Un tipo simple, sencillo. Le interesaba el gótico original. Shelley, Lewis, Walpole, ese tipo de escritores. Trágicos, románticos, decadentes. ¿Qué era esa paparruchada de traer el gótico a cualquier momento histórico? ¿Qué sentido tenía? Pero ese era su trabajo después de todo y lo aceptaba más o menos bien. Y su alumno no le caía mal. En realidad, le era prácticamente indiferente. Pero tenía que simular interés en su proyecto y su trabajo. Era lo que era.

Se aplanó la ropa una vez más y luego de revisar frenéticamente que no hubiera nada en su oficina que denunciara lo que acababa de suceder, lo hizo pasar.

—Buenas tardes, profesor —dijo Mark entrando en la oficina.

Era un tipejo flacucho y pálido, con apenas una sombra de bello facial. Vestía íntegramente de negro, porque obviamente no podía ser de otro modo, y era por lo demás tímido y poco comunicativo.

David lo recibió exultante y le indicó que tomase asiento, que se pusiera cómodo.

—Tu dirás en qué puedo serte de ayuda.

El joven comenzó a comentarle sus dudas y ansiedades respecto del capítulo de tesis que estaba escribiendo, pero David no podía concentrarse. Le importaba poco y nada lo que el chico decía y en cambio sólo podía regodearse en pensar y repensar cómo hacía solo unos instantes Amy le había estado chupando la verga exactamente en el mismo lugar de espacio donde ahora su alumno le contaba sus penurias.

¿Habría follado alguna vez ese joven? ¿Se la habrían chupado? ¿Habría tenido esos placeres supremos alguna vez? No podía dejar de hacerse esas preguntas que le daban vueltas en la cabeza de forma invasiva.

Mark se quedó en silencio. David le devolvió la mirada, esperando que siguiera diciendo algo. ¿Acaso esperaba una respuesta de su parte? Apenas había escuchado lo que le había dicho.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, profesor. ¿Por qué lo dice?

—Te has quedado como mudo.

El joven hizo una mueca de sorpresa.

—Esperaba su respuesta. ¿Qué le parece entonces? ¿Cuál es el mejor camino que me recomienda para abordar el asunto de las afecciones cognitivas en el cine gótico de posguerra?

—Bueno —dijo David intentando pensar rápidamente una respuesta a una pregunta que no tenía la menor idea de cómo abordar —ya me conoces, Mark. Cuando estoy en duda acerca de un tema, vuelvo a Foucault.

—¿Foucault?

—Michel Foucault.

El joven se rascó la cabeza extrañado.

—Pero... ¿qué tiene que ver?

—Ah, pues mi querido, Michel Foucault tiene usos para cualquier situación. Este es un pequeño truquito profesional que voy a confesarte: si no sabes bien por dónde asir un problema

epistemológico, siempre puedes confiar en que el buen, viejo Michel tendrá la respuesta. Sólo busca una cita textual que te guste y a partir de allí construyes un argumento.

Mark no estaba convencido. Era claro que lo que le acababa de decir su profesor le resultaba como mínimo poco coherente con su prestigio y trayectoria profesional.

—Está bien —balbuceó— ¿alguna recomendación en particular? ¿algún texto que sea más apropiado para abordar mi problema?

David se levantó de su silla y se colocó al lado de su alumno; le palmeó un hombro y dijo:

—Yo creo que cualquiera estará bien. Elige el que te guste más y parte de allí. Ahora, venga, vamos, que tengo una reunión a la que atender —y le indicó la puerta de salida.

El alumno se levantó todavía incrédulo de lo que acababa de suceder y se despidió.

David lo vio salir y se convenció de que no, ese joven nunca habría probado las mieles de una buena sesión de sexo. Eso sí que valdría la pena enseñar. En eso sí que sería un buen profesor. Entusiasta incluso. Enseñarle a su alumno virgen cómo hace uno para que las mujeres caigan rendidas a sus pies. Sabía que se sentía así, con ese subidón de adrenalina, sólo por lo que acababa de suceder hacía unos instantes. En ese momento se sentía prácticamente el macho más grande del mundo. Lo cierto era que muy en el fondo, era consciente de que nada de eso era cierto. Había follado con una ex alumna porque esta había quedado caliente de sus tiempos de estudiante. Lo más probable fuera que todo hubiera sido una cuestión de relación de poderes que la habría excitado. David quería creer que nada de eso había influido en lo sucedido, pero su corazón sabía la verdad.

Pensó una vez más en Sara. Esa era la mujer que realmente quería llevar a la cama. Por ella se humillaría tal como Amy se había humillado por él. Sus estudios, su carrera, su mentoría en temas de literatura gótica tenían en realidad una verdadera alma torturada a la que referirse: él mismo. Él era el sujeto que gustaba sentirse en esa posición de inferioridad y desprotección ante mujeres intimidantes que se transformaban en monstruos. Eso era lo que lo calentaba más que nada en el mundo.

Capítulo 11

Amy entró en la oficina y se dirigió directo al escritorio de Sara.
—¡Aquí estás!

—¿Me buscabas?

—¿Yo? No. Pero se ha notado tu ausencia. ¿Se puede saber dónde te habías metido?

—Oh, pues... nada —dijo con una risita sardónica plantada en medio de su rostro.

Sara se levantó de su silla y se acercó a Amy. Olisqueó el aire alrededor de su colega.

—Y luego me decías que yo había venido a la oficina luego de follar toda la noche. A juzgar por cómo hueles, tú también te has divertido durante la hora del almuerzo.

—Digamos que no te equivocas.

—¡JA! Y luego intentabas hacerme pasar por facilona. ¿Quién fue? ¿Peter? ¿Fue Peter, verdad?

Peter era un chico con el que Amy había tenido sus idas y vueltas. Básicamente cada vez que se aburría le daba una llamada telefónica y sabía que podía obtener un sexo pasable, básico, pero satisfactorio.

—¿Peter? ¿En horas de oficina? No, claro que no.

—En tus horas de oficina querrás decir.

—Y las tuyas. No, no podría dejar lo suyo y venir hasta aquí para follar. Fue alguien más... cercano a ti.

Sara abrió los ojos incrédula.

—No me digas que...

Amy sonrió. Iba a hacer pasar su experiencia con David como la mejor follada de su vida si eso ponía de los pelos a Sara.

—Ya sabes que le tenía ganas desde mis tiempos de ser su estudiante.

—¿Follaste con David? ¿David Fischer?

—¿Qué hay de malo? Ha sido un polvo espectacular, para tu información. Ese hombre sí que sabe cómo satisfacer a una mujer.

La revelación incomodó a Sara. Conocía bien a Amy, después de todo trabajaban a una pared de distancia. Sabía que Amy gustaba de hacerse pasar por una conocedora de hombres, una gran amante que se acostaba con múltiples tíos pero que en realidad era más bien mojigata y un poco conservadora. Además de Peter había tenido sólo una relación larga que ella supiera y nunca había escuchado que se acostara con otros tíos de una noche. Y aun así, había ido y había follado con su cliente; el respetable Doctor Fischer. ¿Quién lo hubiera dicho?

Sara estaba que no podía decir palabra. Le costaba procesar la información como si fuera una imposibilidad en todo aspecto. ¿Cómo que esa chiquilla había follado con SU cliente? ¿Quién se creía que era?

—La facilona sí que eres tú.

—Oye, un poco más de respeto. Simplemente me invitó a almorzar y luego, bueno, una cosa llevó a la otra y la situación se sucedió.

—¿Te llevó a su casa? ¿A un hotel?

—Su propia oficina.

—¿En la universidad? ¿Rodeada de estudiantes y profesores?

—No veo lo malo.

—No, claro que no. Tan solo que podría haber ingresado algún alumno, o un colega, o la decana de la facultad y visto ese espectáculo. ¿Te parece bien?

—No eres mi madre, no necesito que me regañes.

Sara estaba furiosa. Claro que no era la madre de Amy. Ni siquiera su hermana. Pero es que realmente era una inconsciente. ¿Cómo se le había ocurrido que esa era una buena idea?

—¿Al menos estuvo bien?

—Ni te imaginas —dijo Amy recordando la polla de David en su boca primero y luego la follada violenta que le había dado en su escritorio. Y la promesa de que había más por venir. Se había dado cuenta de cómo David le admiraba el culo. Nunca lo había utilizado en el sexo, pero siempre hay una primera vez para todo y qué mejor que estrenarlo con un profesor que pudiera enseñarle cómo se hace el amor por detrás.

—Por cierto —dijo Amy acordándose de su parte del pacto — vas a conseguirle esa propiedad, ¿verdad?

—Bueno, tú sabes cómo está el mercado. Y con la oferta que aceptó realizar, no puedo garantizar nada.

Amy saboreaba de toda la situación. Era notorio lo que había incomodado a su colega con lo que había hecho y disfrutaba por una vez de ser la que corría con ventaja. ¡Sara era tan orgullosa! Y también, tan dominante y liberada. Quería hacer saber todo el tiempo que se la pasaba follando con cuanto tío se cruzaba. Y ahora había sido ella, Amy, la pobrecita, la pacata, la que no sabía divertirse, todas apreciaciones que Sara había tenido para con ella, la que había tomado las riendas y montado sobre la polla de su cliente. Mejor aún: tenía ahora la posibilidad de empujarla un poco más reclamando la parte del trato que había acordado con David.

—Corta ya con ese rollo, Sara. Conozco esa propiedad. Hace un mes que está en el mercado. Es bonita, sí, pero nadie la quiere. Está demasiado cerca de la universidad. Sólo un profesor, un administrativo o un estudiante podría querer comprarla. Y de todos esos, sólo un profesor podría juntar la pasta necesaria.

Sara pensó que Amy era una atrevida. ¿Quién se creía para hacerle esos reclamos?

—Como digo, haré lo que esté a mi alcance.

—Y como yo te digo, espero que eso que hagas sea suficiente para que David pueda concretar la compra. No quisiera tener que ir a contarle acerca de cómo lo estás manipulando con una propiedad que no tiene compradores en vista.

Amy era peligrosa. Sara siempre lo había sospechado, pero ahora por fin estaba mostrando los dientes. Y todo por ese profesor. ¿Tan bien se la había follado como para convertirla en una aliada semejante? Si Amy le contaba el trasfondo de la situación a David, este sin dudas escalaría el asunto a su jefe y de allí en adelante los problemas sólo empeorarían. Iba a tener que ceder a la presión. De todos modos, cincuenta mil sobre el precio propuesto seguramente convencería al dueño de vender. Y la comisión no sería nada mala. Menor de lo que habría podido conseguir, pero de todos modos el tipo parecía que no iba a poder conseguir más. Y después de todo, mejor dinero en el banco que esperar a que otro posible comprador apareciera. En ese sentido Amy tenía razón: la propiedad era hermosa, pero no había una larga lista de potenciales compradores. No le costaría demasiado convencer al vendedor de aceptar la oferta de David, pero era un poco decepcionante de todos modos.

Se dijo que seguiría con el caso al día siguiente, todavía tenía otras cuestiones que resolver durante esa tarde. Se entretuvo revisando papeles, contratos, boletos de venta, pero no podía concentrarse. Escuchaba la voz de Amy proveniente de su oficina pegada a la suya. Hablaba por teléfono con clientes, con otros compañeros de trabajo, con el jefe, y esa voz se le hacía aturdidora. No podía dejar de pensar en Amy follando con David. ¿Acaso con esa boca de la que

salían palabras de negocios le habría chupado la verga? ¿Cómo se habían atrevido a hacer algo así? Se sentía íntimamente ofendida. Como si se lo hubieran hecho personalmente a ella.

Decidió que no podía concentrarse más en aquella oficina. Llamó por teléfono a Taylor, una de las pocas amigas con las que realmente sabía que podía contar y le preguntó si estaba disponible para reunirse con ella.

—Claro, ¿qué te parece el viernes por la noche? Podemos juntarnos y tener una noche de chicas.

—Pensaba más bien ahora, ¿qué tal te parece?

—¿Ahora mismo? —exclamó sorprendida del otro lado de la línea Taylor.

—Lo sé, lo sé. No está bien de mi parte pedirte que dejes lo que estás haciendo para encontrarte conmigo sin ningún anticipo. Pero es que realmente siento que necesito hablar con alguien que pueda comprenderme.

Taylor dudó un instante y por fin dijo cansada:

—De acuerdo. Puedo tomarme una hora. ¿Qué tal te parece si nos encontramos en la cafetería que se encuentra en la esquina de tu oficina?

—¡Claro! ¡Estaría perfecto! ¿Nos vemos allí en quince minutos?

—Allí estaré —dijo Taylor y cortó la comunicación.

Lo cierto era que la amiga de Sara tenía un salón de uñas a apenas unas dos millas de distancia de la agencia inmobiliaria. Aun así, no era común que se encontraran durante la semana y mucho menos sin haber planeado el encuentro con al menos un par de semanas de anticipación. Pero algo había escuchado Taylor en la voz y el tono de súplica de su amiga que la había convencido de la urgencia que esta tenía para el encuentro.

Sara acomodó los papeles en su escritorio y salió de la oficina. Era común que los agentes salieran a encontrarse con clientes por lo que realmente no tenía nada que avisarle a nadie. Joder, si Amy había desaparecido por dos horas al mediodía para chuparle la verga a David y nadie le había dicho nada. Sara bien podía tomarse un café con una amiga por una hora sin que nadie le hiciera un reclamo.

Salió de su oficina y caminó hasta la cafetería. Se sentó y esperó unos minutos hasta que vio venir a su amiga apresurada. Se saludaron efusivamente.

—¡Hacía mucho que no nos encontrábamos!

—Es cierto —respondió Sara recuperando un poco de alegría.

Pidieron sus cafés y volvieron a sentarse.

—Entonces, ¿por qué tanto apuro? ¿qué te ha sucedido? —preguntó Taylor ahora claramente preocupada.

—Oh, no es nada realmente. Problemas en el trabajo.

Taylor la miró de arriba a abajo. Esa no era la Sara que conocía. Esa no era la mujer fuerte, valiente y que se movía como una jefa por la vida. Esta Sara en cambio parecía demacrada; tenía el cabello revuelto y apenas se había maquillado.

—Pues, parece como si te acabaras de levantar del catre.

—Tuve una noche agitada y tuve que venir directo desde la casa de un tío que conocí en el gimnasio al trabajo.

Taylor negó con la cabeza.

—Siempre igual tú. Metiéndote entre las sábanas de los peores tipos. ¿Cuándo te conseguirás un buen hombre? ¿Alguien con quien por fin casarte y sentar cabeza?

—¿Alguien como Richard?

—Alguien como mi marido, claro que sí.

Taylor y Richard llevaban juntos diez años y casados desde que habían alcanzado la edad legal para hacerlo. Se habían conocido en la escuela media y desde entonces habían seguido juntos, aún a la distancia cuando cada uno había ido a estudiar en diferentes colegios. Eran el epítome de lo aburrido a nivel sexual. Sara sabía todos los detalles porque realmente no era mucho lo que había para saber. Follaban en la misma posición, hacían siempre lo mismo, una vez al mes durante los últimos cinco años. Richard además había sido el primer y único hombre con el que Taylor se había acostado por lo que realmente no podía saber lo que se sentía ir por la vida como una verdadera catadora de pollas.

—Algún día sentaré cabeza —dijo Sara tomando un sorbo de su café— pero creo que todavía me queda mucho por vivir antes.

—¡Pero mírate cómo estás! Es obvio que no te ha ido bien con tu amante de anoche.

—Oh, no es él quien me importa en este momento realmente.

—¿Y quién es entonces? ¿Quién te llevó a llamarme con tanta desesperación?

Sara no supo qué responder. ¿Por qué estaba allí con su amiga? ¿Por qué sentía que le molestaba tanto que Amy hubiera follado con su cliente? Si a ella no le interesaba el tipo. ¡Era uno más! Un hombre de mediana edad, unos diez años mayor que ella como mínimo y sin ninguna característica en particular. No era feo, eso era seguro, pero tampoco tenía ningún factor wow que le llamara la atención. Era un pobre tipo, un profesor que enseñaba clases que a la mayoría de sus alumnos no le importaban y que lo único que soñaba era con comprarse una casa cerca de su lugar de trabajo.

—Es este cliente que tengo. No puedo sacármelo de la cabeza.

—¿En serio? ¿Te parece serio? ¿Quién te crees que eres? ¿La protagonista de una película pornográfica? El cliente va a ver una propiedad, lo recibe una agente inmobiliaria cachonda, que pin que pan y terminan follando sobre el piso de la propiedad.

¡Vaya! ¡Sí que estaba al tanto Taylor acerca de las tendencias del porno! ¿Quién lo hubiera dicho?

—No seas zonza, Ty. Es... realmente no sé qué es lo que es. Este tipo, escucha esto: es un profesor de universidad.

—¡Perfecto! Un hombre educado, con un buen trabajo, la oportunidad perfecta para que finalmente sientes cabeza con un buen hombre.

—Déjame terminar lo que te estaba diciendo.

Taylor sorbió un trago de su café. Eso estaba bueno, había llegado por fin el momento de empujar a Sara a que enderezara su vida.

—Resulta que este tipo, es evidente que le gusto. Me estuvo viendo las tetas durante una reunión. De una forma completamente desembozada.

—Amiga, entiendo que no quieras sentirte un “objeto” sexual, pero tienes que darle la razón al pobre hombre. Que mírate nada más. Eres una preciosura. Tienes unas tetas para el infarto.

—Se ha acostado con mi compañera Amy. Tú la conoces.

Taylor se aclaró la garganta.

—Bueno, pero entonces qué es lo que quieres con este tío. No te entiendo.

—Ese es precisamente el problema. No sé qué es lo que quiero con él.

Pensó que Taylor no era la mejor persona para plantearle sus dudas con respecto de David. Pero ¿a quién más podría contarle lo que le estaba pasando? Ni siquiera sabía exactamente qué era lo que le pasaba. Lo único que tenía por seguro era que le había molestado que follara con Amy. Pero no era tanto por él, sino por saber que ya no era ella la que ocuparía todos los pensamientos de David. Se había divertido con él. Le había gustado jugar con el pobre diablo. Verlo sudar de impotencia mientras le espiaba las tetas detrás de su escote abierto. Y ahora que Amy se lo había llevado a la cama sentía como si hubiese perdido el poder; el control que había logrado sobre él.

—Mira, no te voy a decir que nunca hemos tenido problemas con Richard. Ya sabes. Tantos años, no es fácil a veces. Cuando discutimos o nos encontramos en una mala situación, lo que siempre nos ha funcionado es renovar nuestro compromiso. Creo que si te decidieras a dar el paso adelante que te has negado a dar durante tantos años, por fin encontrarás la respuesta.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Simple: dile a David que estás interesado en él. Que te invite una cena. Ve a dónde te lleva la situación.

—Pero, ¿entiendes que no sé si quiero tener algo con él?

Taylor largó una carcajada.

—¡Vamos! Si no tuvieras interés en él, no estaríamos aquí en esta reunión de emergencia. ¿Cuándo un tipo que no te interesara te despertó este tipo de ansiedades? ¿Cuándo me llamaste para contarme que hay un tipo que no te gusta? Te he escuchado contarme de los tíos que sí te gustaron, los que te follaron, hasta cómo te follaron. Esta sería la primera vez que me cuentes de un tipo por el que no tienes ningún interés.

Taylor tenía razón. ¿Y si realmente le interesaba David? Porque, ¿por qué otro motivo se sentiría tan atacada por lo que había hecho Amy con él? Le había gustado jugar con él, eso era claro. Le había gustado la atención que había despertado en el tipo. Quizás debía hacerle caso a Taylor y dar un paso más. Por lo pronto, iba a tener que asegurarse que comprara esa propiedad. Maldita Amy, la había metido en todo este embrollo.

Capítulo 12

David recibió un llamado de Sara una semana más tarde. Durante ese tiempo había recibido también un mensaje de texto de Amy en el que le preguntaba si quería volver a verla, pero había inventado una excusa para no tener que hacerlo. Le había encantado follársela, pero ahora empezaba a pensar que quizás había sido una cuestión del momento. Lo cierto era que Sara había vuelto a ocupar sus pensamientos y en la medida que pasaba el tiempo, su idea de Amy volvía a ser la de una jovencita poco interesante y un tanto aburrida. Sí, claro, había sido divertido todo lo que había sucedido en la oficina, pero la idea de tener que volver a cenar con ella o pasar más tiempo por fuera del fornicio, no le despertaba ningún interés. Y temía que Amy quisiera precisamente eso.

Y ahora Sara había llamado. Le había dicho que tenía un avance respecto de la situación de la propiedad y si quería que se encontraran en la misma. David se preguntó para qué querría volver a ver el lugar si ya había decidido que era perfecto para lo que él quería y había hecho la oferta, pero no iba a discutir con Sara. Si ella le había sugerido eso, debía tener sus buenos motivos.

Quedaron en encontrarse allí en una hora. Era lunes y su agenda estaba vacía por el resto del día. No tenía que dar una clase hasta el miércoles y más allá de una reunión del departamento de Inglés de su universidad que sería el martes, no tenía nada más que preparar sus clases y leer para el artículo que estaba escribiendo.

Llegó unos minutos antes de lo pautado, pero allí ya se encontraba Sara esperándolo.

—Señor Fischer, bienvenido.

—Hola Sara, entonces, ¿qué es lo que quieres mostrarme?

—Por favor, acompáñeme dentro.

David siguió a Sara. Notó que esta vez se encontraba vestida muy profesionalmente, el cabello recogido en un rodete que le daba un aire de seriedad y severidad que inmediatamente despertó

cosquillas en su polla y un perfume floral que penetró bien dentro de su nariz.

Sara fue recorriendo la propiedad mostrándosela una vez más como había hecho hacía un mes cuando se la había presentado por primera vez. David no dijo nada, pero no terminaba de entender cuál era la intención de Sara. Él ya sabía cómo era la propiedad y por eso se había decidido a hacer todo lo posible para asegurarse su compra.

Llegados a la alcoba principal, Sara se detuvo un instante para contemplar la cama matrimonial. Como si por un segundo hubiera sentido un pensamiento invasivo que no dejó saber a David.

Por fin llegaron hasta la cocina que tenía una isla y espacio más que suficiente para preparar comidas caseras.

—Muy bien, ¿entonces? ¿qué le parece, señor Fischer?

David contempló a Sara con extrañeza. Ya sabía lo que le parecía. ¿Por qué todo esto?

—Querida Sara, ya te dije que me parece perfecta para mí. ¿Para qué me has llamado?

—Sólo quería estar segura de que esto es lo que está buscando porque le tengo una buena noticia: ¡los propietarios han aceptado su oferta! ¡La propiedad es suya si firma los papeles y realiza el depósito acordado!

—¡Sara! ¡Qué gran noticia me estás brindando! ¿Por qué no me lo anticipaste por teléfono?

—Oh, ya sabe, quería estar completamente segura de que esta era la propiedad que se ajusta a sus necesidades.

—Sí, sí, desde luego. Esto merece un festejo.

—Pensé en eso —dijo Sara abriendo el refrigerador de donde extrajo una botella de champaña.

—¿Qué tal esto para empezar?

Descorchó la botella y sirvió dos copas, una para ella y una para él.

David estaba desconcertado. No se había esperado eso, pero por otra parte también le excitaba pensar que ella lo había llevado hacia allí sólo para celebrar.

Brindaron y bebieron de las copas. Sara estaba de buen ánimo. Le preguntó acerca de su trabajo, sus intereses. Lo cierto es que ella de pequeña había sentido una atracción por los libros y la lectura.

—Sí, pues leía mucho cuando pequeña —dijo achispada por el alcohol.— Pero luego crecí y entendí que si quería irme de la casa de mis padres iba a tener que encontrarme un trabajo serio.

— Se rio.— Perdón, no quise ofender.

—No es ofensa. Entiendo que dedicar tantos años al estudio de la literatura no es el camino más fácil a nivel profesional.

Sara asintió. Había algo en David que le atraía. Ahora lo podía sentir con mucha más precisión. Se había cansado ya de los tipos del gimnasio. Se había cansado de despertarse en la cama de Johnnys. David la atraía a nivel intelectual. Y todo se lo debía a Amy. Cuando su colega se había tirado al profesor se había sentido como nunca antes por un hombre: celosa de la situación. Pero había algo más que le atraía en David. Lo había visto y lo veía ahora de nuevo. Y es que era claro que se trataba de un pusilánime. Nunca se había fijado en tipos así, pero este era especial. Era evidente que tenía un costado interesante en su vida, unos conocimientos y coraje intelectual que no se condecían con una forma de sociabilidad torpe. Vaya, si ahora mismo el tipo tenía de nuevo los ojos clavados en sus tetas.

—¿Otra vez pasamos por esto? —dijo con aspereza.

David sacudió la cabeza bruscamente.

—Disculpame, Sara. Creo que me quedé con la vista fijada en el vacío.

—Si con el vacío te refieres a mis tetas.

David no supo dónde meterse.

—Está bien, es un día muy feliz para ti, creo que puedo aceptarlo —dijo Sara risueña.

—No, no, yo... este... mis modales. Realmente no sé por qué me comporto así cuando estoy contigo. No me reconozco.

Sara se acercó hacia David y apoyó la botella de champaña contra su pecho.

—Ya te he dicho que no tienes que disculparte. Al menos por hoy.

—Entendido —dijo David sintiendo que la sangre le subía a la cabeza.

—¿Sabes? Creo que un poco me calientas. No me preguntes por qué. Realmente no eres mi tipo. Pero hay algo en ti... tus pocas aptitudes sociales, tu carrera en algo tan inútil como los libros y la lectura. Sí, creo que nunca estuve con un profesor.

David tragó saliva. Sara lo enloquecía. No podía hacer otra cosa que pensar en enterrar su cabeza entra sus tetas.

La mujer se acercó aún más a David hasta tenerlo a una respiración de distancia.

—Sí, creo que bien podría dejar que un profesor me chupe el coño. ¿Qué le parece, profe?

David sintió el aliento de Sara en la cara. Ese sabor entre dulzón y amargo del champaña entremezclado con su perfume. Estiró los labios para alcanzar los de ella, pero Sara le corrió el rostro.

—Dije que podías lamerme el coño, nada de besos.

—Sí, entendido —dijo David poniéndose de rodillas. Se aferró a los pantalones de Sara, los desabrochó y los hizo caer al suelo. La piel blanca, pálida de las piernas bien torneadas de ella

fueron suficientes para darle un nuevo sacudón de excitación. Le bajó las bragas y descubrió un coño perfectamente depilado. Asomó la cabeza hacia allí y con la punta de su lengua comenzó a bordear la entrada. Sara lo tomó por la cabeza y dirigió sus movimientos. Se dejó ir hacia la isla de la cocina y abrió las piernas lo suficiente para que David tuviera acceso completo a su agujero.

El hombre lamía como un perrito ansioso y feliz. Como si su dueño le estuviera dando un premio.

—Así me gusta, perrito. Buen perrito —dijo Sara mientras David introducía su lengua más y más dentro suyo.

David se sentía completamente dominado. Era una sensación nueva. Estaba acostumbrado a ser él quien manejara los ritmos y las formas de sus relaciones sexuales. Le gustaba penetrar, le gustaba hundirse en las tetas de sus amantes, y no era un gran lamedor de coños. Lo sabía. No era lo que más le gustaba hacer. Pero Sara... Sara era distinta. Sara podía pedirle cualquier cosa y él la haría. Estaba completamente bajo su poder como si se tratase de alguna forma de embrujo. Ella pedía y él respondía; hundía más y más la cabeza dentro de la cavidad de sus piernas siguiendo los movimientos que ella le obligaba a hacer con la mano. Pronto estuvo empapado en sus jugos. Sara comenzó a gemir. Fueron unos primeros cortos sonidos, casi como quejidos agudos, y eso lo excitó aún más. Su verga palpitaba debajo de su pantalón.

Entonces sintió cómo Sara comenzaba a temblar, como si la hubieran conectado a la corriente alterna, fue un instante que fue seguido por un sacudón de sus piernas que aprisionaron aún más la cabeza de David sobre su coño y que terminó con un largo gemido de placer.

Se quedaron estáticos un segundo y luego por fin Sara apartó la cabeza de David con delicadeza. Se subió las bragas, los pantalones, se aplanó la ropa y volviendo al tono serio le dijo:

—Muy bien señor Fischer, entonces esta tarde podemos firmar los papeles y esta casa pasará a ser suya.

David quedó descolocado. ¿Eso había sido todo? Su verga todavía erecta debajo de la ropa pedía un desahogo. No hizo mención del asunto y poniéndose de pie, asintió y le agradeció a la joven.

Capítulo 13

Para celebrar su mudanza decidió hacer una barbacoa en el jardín e invitar a algunos pocos familiares, amigos y colegas de la universidad. Y también a Sara. No habían tenido comunicación desde el día en que había firmado los papeles. La siguiente comunicación para la posesión de la propiedad había venido por Amy, que había sido puesta o se había puesto a sí misma en la posición de secretaria de Sara. Y ahora también la tenía allí, en la fiesta. Se había autoinvitado apenas se había enterado del plan.

“Me imagino que yo también estoy invitada a tu festejo, ¿no? Después de todo me debes el haber hablado con Sara para que tu oferta terminase siendo aceptada.”

¿Qué podía responder a eso? Tenía razón. Pero desde que había sucedido lo que había sucedido con Sara, David no tenía lugar en su cabeza para otra cosa. Esa misma tarde luego de despedirse de la joven había vuelto a su departamento y se había hecho una de las pajas más furiosas y violentas que se hubiera hecho nunca. Sus huevos le dolían como no lo había experimentado desde la adolescencia cuando alguna tía le había gustado y no había logrado llevarla a la cama. Si lo pensaba lo que había sucedido con Sara era prácticamente la misma situación. Había quedado exhausto luego de la paja, derramando tal cantidad de semen que se sorprendió; había llegado a creer que con la edad que tenía, apenas pasados los cuarenta y cinco, ya no podría producir tales cantidades, que eso sólo quedaba reservado a los jóvenes, pero no.

—Oye, lindo lugar te has conseguido —dijo Johanna parada al lado suyo mientras controlaba la barbacoa.

Era su ex mujer. La única mujer con la que se había casado. Habían durado tres años apenas pasados los treinta. Y habían sido tres aburridos años prácticamente asexuados. David todavía los consideraba un infierno cada vez que los recordaba. Se habían divorciado poco después de su tercer aniversario. Johanna había descubierto que los hombres no eran lo suyo y que en cambio

le gustaban las mujeres. Y mujeres más bien masculinas. David había podido entender claramente que no podía competir con el hecho de carecer de polla pero la otra parte nunca la había descifrado. Johanna nunca se lo había querido decir porque sabía que su frágil imagen de sí mismo difícilmente podría procesar el hecho de que ella se había dado cuenta que él no era precisamente masculino. No al menos esa masculinidad ruda, grosera, fortachona que a ella le gustaba en las mujeres con las que se acostaba.

—Gracias, sí. No me resultó fácil conseguirlo, pero aquí estoy. Muy contento.

David nunca se había planteado siquiera preguntarle a Johanna si estaba dispuesta a prestarle los otros cincuenta mil dólares que le habían faltado para completar los cien mil que había sugerido Sara antes de bajar las pretensiones. No porque no los tuviera, bah, no lo sabía, después de todo era una arquitecta muy respetada en su profesión, sino porque no quería bajo ninguna circunstancia volver a quedar enredada con ella. Habían decidido caminos separados para sus vidas y si bien se saludaban cada fin de año o para sus cumpleaños, y de vez en cuando se tomaban algo juntos como amigos, prefería mantener esa distancia. Sabía que Rita, la nueva mujer de Johanna, no lo respetaba. No quería darle más motivos para sentir desprecio por él.

—Me alegro de que estés bien David. Gracias por la invitación. Lamentablemente Rita no pudo venir, ya sabes. Turnos en el hospital.

—Oh, sí, descuida. Nada de qué preocuparse.

Johanna se quedó quieta un instante, sostenía una botella de cerveza. El resto del jardín estaba repleto de gente en animadas conversaciones.

—¿Estás bien David? Hace mucho que no hablamos.

—Perfectamente. Muy contento como te dije. —pero lo cierto era que David estaba nervioso. ¿Vendría acaso Sara? Y si lo hacía, ¿cómo estaría? ¿iría como su agente inmobiliaria? ¿cómo una amante? —En fin. ¿Quieres una hamburguesa?

—Soy vegana, David.

—Cierto. Cierto. Lo había olvidado.

—No me extraña. Pero está bien, comencé con este rollo luego de que nos separamos.

—Claro. Bueno, supongo que hay algunas ensaladas por allí. Si quieres servirte, esta es tu casa. Johanna sonrió.

—Sigues igual que siempre, David.

—¿Qué quieres decir?

—No tiene importancia —dijo y se fue a buscar un plato de ensalada.

David se pasó la manga por la frente y se secó el sudor.

—¿Y esa quién diablos era? —lo interrogó Amy con visibles celos.

—Ah, eres tú. ¿Esa? Esa es mi ex mujer, Johanna.

—¿Y qué quiere?

—Bueno, por lo pronto creo que quiere alimentarse.

Amy pareció no comprender la broma de David porque se lo quedó mirando con ojos inquisitivos.

—Es vegana, fue a buscar algo que no esté basado en carne para poder comer.

—¿Vegana? Oh por Dios, otra de esas insufribles santurronas. ¿Cómo pudiste estar casado con ella?

—Si te sirve de consuelo, no era vegana cuando estuvimos juntos. Sólo lo descubrió una vez habíamos terminado y ella conoció a su actual pareja.

—¿Y dejas que venga a tu celebración tu ex mujer? ¿trajo a su actual macho?

—Oh, no. Johanna está de novia con una mujer. Desde que terminamos también.

Amy largó una carcajada que sonó ronca, casi como si estuviese atragantando.

—¿Sabes quién no es vegana y le gustan los hombres?

—Amy... no creo que sea este el contexto para...

—Me gusta la carne. Siempre me ha gustado. En especial la salchicha.

David sintió que se atragantaba.

—¿Qué? ¿Te parece si nos escapamos un ratito?

—Oye, Amy, me encantaría, pero realmente tengo que officiar de anfitrión aquí. Mira toda la gente que ha venido a saludarme por este logro.

—¿Y acaso yo no hice nada para que lo consiguieras?

—¿Tu le prestaste cincuenta mil dólares? —la voz de Miriam se coló en la conversación. —
Hola, ¿qué tal? Soy Miriam, la hermana de David. Y la que le prestó el dinero que le faltaba para el pago inicial.

Amy se acercó a David hasta chocar su hombro con el pecho del hombre. Extendió la mano y dijo:

—Encantada, yo soy Amy. La que consiguió que esos cincuenta mil fueran suficientes. Y la nueva novia de tu hermano.

David hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Amy está bromeando —dijo.

—Yo te diría, preciosura, que no te dejes bajar el precio por mi hermanito. Le gustan demasiado las mujeres, pero no sabe cómo hacer para preservarlas a su lado.

—Lo sé. Es un hueso duro de roer, pero ya lo voy a sacar bueno.

Miriam alzó su copa para brindar y luego volvió por su camino.

—¿Qué ha sido eso? ¡No eres mi novia! ¡Apenas si tuvimos sexo una vez!

—Relájate, mi amor. ¿Acaso crees que soy una zorra que se acuesta con cualquier tipejo que se cruza? Yo sé que esto puede parecerte demasiado rápido, y estoy dispuesta a darte el tiempo que requieras para que te hagas la idea, pero ya verás que nosotros estamos destinados a tener un romance apasionado. Uno de esos romances tortuosos, complejos que tanto te gusta leer en esas novelas que enseñas en tus clases.

David se mordió el labio inferior. ¿Qué haría con aquella chiquilla? De momento no podía permitirse una escena allí mismo, rodeado de sus familiares y amigos. Y, por otra parte, ¿dónde estaba Sara? ¿por qué no había ido? Pensó en lo que había sucedido en la cocina de su nueva casa, a escasos pasos de donde estaba ahora dando vuelta las hamburguesas en la parrilla y se lamentó de que no estuviera allí. Era de sus labios de los que deseaba escuchar las palabras “novios” o “noviazgo”. Sabía que apenas si habían interactuado; ella lo había prácticamente obligado a lamerle el coño y luego de correrse lo había dejado totalmente caliente y sin alivio, pero era justamente eso lo que lo calentaba. Nunca había conocido a una mujer así, tan segura de sí misma, de lo que quería, de cómo conseguirlo y tan obsesionado con su propio placer, sin importarle lo que le pasaba a él. La sola idea de lo que había ocurrido le producía cosquillas en la punta de la polla. Y mientras tanto estaba Amy. La miró de reojo. La muchacha seguía parada a su lado, sonriente, comiendo una salchicha. Apenas se dio cuenta que la estaba mirando, exageró sus gestos, lamió la punta, le pasó la lengua con lascivia y clavó sus ojos en los de él. Le dio un besito a la punta de la salchicha y le hizo un guiño de ojos.

No iba a mentirse, esa mujer también lo calentaba, pero se parecía demasiado a otras mujeres con las que había estado antes. Mujeres que indefectiblemente terminaban aburriéndolo y descartaba. Sí, estaban bien para follar, pero se convertían rápidamente en una forma de paja con pasos extra. Eran cuerpos que le daban calor y confort, pero no muy distintos a lo que le podían dar esas hamburguesas y salchichas que estaba sirviendo a sus invitados. Eran confortantes, una comida que proveían una satisfacción inmediata, un placer poco complejo pero que también se olvidaban con la misma instantaneidad. Eran polvos hipercalóricos y en bajos niveles nutricionales. Nadie puede vivir a base de hamburguesas y helado. Y él sospechaba que no podría vivir a base de follar con tías como Amy.

—¿Por qué no vas a caminar por allí y luego si quieres podemos divertirnos?

—No lo sé... haces muchas promesas, pero luego no se concretan.

—Esta vez te juro que cuando se vayan los invitados te daré lo que quieres.

—¿Cuando se vayan todos? ¡Pero para eso faltan horas! —dijo ella notoriamente desilusionada

—y mi coño está todo humedecido ahora mismo —agregó en un susurro en su oído.

Fue entonces que David vio ingresar al jardín a Sara. “¡Por fin!” pensó y comenzó a desprenderse de Amy que ahora lo rodeaba con los brazos en la cintura cuando también vio que atrás de Sara ingresaba un hombre alto y musculoso, de cabello corto y rubio. Sara extendió su mano hasta tomar la del tipo y los dos avanzaron al encuentro de David y Amy.

—Felicidades, Señor Fischer —dijo Sara con una sonrisa burlona en sus labios.

—¿Qué haces aquí, Sara? —preguntó malhumorada Amy.

—Pues, el Señor Fischer me invitó. Por cierto, él es Johnny —presentó Sara al tipo que la acompañaba que apenas reaccionó con un monosílabo. Se notaba que no quería estar allí esa noche.

—Gracias por venir, Sara —dijo David completamente hundido en los celos.

—Veo que Amy también fue invitada.

—Bueno, tú mejor que nadie sabes lo importante que fue ella en que esto finalmente ocurriese...

—Y además, ¿cómo no vendría a la gran celebración de mi novio? —se inmiscuyó Amy.

—Ah, pues no sabía que vosotros dos...

—Pues ahora lo sabes —dijo Amy.

Se produjo un silencio incómodo entre los cuatro que fue cortado por Sara que dijo:

—Bueno, los dejamos entonces. Estamos realmente de paso mientras vamos a otro lado.

—¿No quieren una hamburguesa para el camino al menos?

—Pfff, no podemos comer esa basura —dijo Johnny displicente.

—Discúlpalo, no quiso ofender tu cocina. Es sólo que entrena y hace musculación. Tiene una dieta muy estricta.

—Pues, hay ensalada también si queréis.

—Está bien —dijo Sara— como decía ya nos íbamos. No queríamos dejar de pasar por aquí a saludar.

Saludaron y salieron por donde habían venido.

David vio cómo se movía el trasero de Sara ajustado en un vestido que le quedaba pegado a la piel.

—Maldita zorra —murmuró Amy.

—Oye, ¿sigue en pie tu oferta de ausentarnos un rato? —le preguntó David.

Amy sonrió.

Capítulo 14

Fueron directo a la habitación de David. Tenía todavía pocos muebles, pero sí había una cama tamaño Queen con sábanas nuevas. Amy no dejaba pasar un instante sin besar a David; en sus brazos, sus mejillas, su cara, sentía una necesidad hambrienta de tenerlo todo para ella. Desde la última vez que habían estado juntos en su oficina no había podido pensar en otra cosa que en volver a sentirlo, de volver a tener su verga en su coño, de volver a saberse la alumna traviesa que se había enrollado con el profesor perverso. Desde esa tarde en su oficina, David apenas le había respondido los múltiples mensajes que ella le había mandado, pero sí había dado «me gusta» a una de sus fotos en Instagram. Una foto por lo demás que ella había colocado exclusivamente buscando esa interacción. Una foto para David en todo menos en nombre. Una foto de ella en bikini, tapándose la boca con la mano y con expresión de sorprendida, realzando su trasero, una fotografía en pose *pin-up girl* que Amy había ensayado y practicado durante horas para conseguir que saliera perfecta y fuera a los ojos de su amante directamente. Había dejado un camino de migas de pan para capturar su atención: había empezado a seguir la cuenta del profesor, por lo demás aburrida, una colección de fotos del hombre con rostro serio, fotos mal enfocadas, con ángulos que demostraban su amateurismo en las redes sociales, siempre rodeado de libros, en bibliotecas, algunas fotos de la naturaleza que no eran más que el pasto de un jardín. Esas últimas Amy las entendía como los intentos de David por parecer un artista sofisticado de la fotografía de Instagram, pero claro, lo único que había logrado era demostrar lo poco que entendía el medio. A Amy todo eso no le había importado en absoluto. Lo que ella había querido, y que había logrado, era capturar su atención. Le había dado «me gusta» a la decena de fotos que David había subido desde que había comenzado a usar la aplicación hacía unos cinco años. Hasta que por fin logró que el la siguiera y entonces fue cuando subió su foto de *pin-up*. Y el «me gusta» había emergido de parte de David pocos

minutos después. Y ahora lo tenía de nuevo, en sus brazos. Sentía su respiración agitada mientras ella le revolvía el cabello con ansiedad y lo instaba a quitarse la ropa.

—Quiero que me folles como el otro día —le susurró al oído— pero esta vez quiero tu leche en mi boca.

David sintió cómo su cuerpo subía de temperatura. Le iba a mostrar a aquella mocosa lo que es bueno. La iba a follar duro y le iba a llenar de leche la boca como le había pedido. Esa Sara no se iba a salir con la suya. No iba a humillarlo en su propia casa, entrando, así como quien no quiere la cosa acompañada de un bruto fisicoculturista. ¿Quién se creía que era?

Se quitó la ropa que dejó en el suelo mientras ayudaba a Amy a quitarse la suya. Ahí estaba, ese cuerpo juvenil y de buenas proporciones. Sí, no tenía las tetas de Sara, pero ese culo bien que suplía la falencia. La hizo darse vuelta. Quería contemplarlo en toda su gloriosa desnudez. Le dio una palmada.

—¿Te gusta?

David no respondió: se puso de rodillas y le dio un mordisco a cada una de las nalgas de la joven.

—Oh sí, papi —susurró la joven.

David escupió sobre su mano y con el dedo índice humedecido ingresó con cuidado en el ano de Amy.

—Ah, no sabía que eras ese tipo de cochino.

Era la primera vez que alguien o algo ingresaba en su agujero, y Amy sintió un repentino pánico que espabiló enseguida pensando que, si David lo hacía, todo estaría bien.

David masajeó y jugueteó un rato hasta que se puso de pie nuevamente y obligó a Amy a ponerse en posición de perrito.

—Pero por detrás no, por favor.

—Cállate —le dijo mientras se estiraba el cuerpo sobre el de la joven para penetrarla por el culo. La joven estaba mucho más caliente que la vez anterior, lo podía sentir en el modo en que su coño estaba ahora empapado. Con movimientos suaves y algunos raptos de velocidad, cambiando el ritmo en la medida en que iba sintiendo cómo Amy iba acomodándose y su cuerpo moviéndose, David la penetró por el culo. Amy nunca había sentido algo semejante, pero era tal la excitación por saberse penetrada por el profesor que el dolor que sintió en un comienzo fue dejando paso al placer. David llevó su dedo índice nuevamente hacia el cuerpo de la joven, esta vez lo usó como un delicado garfio que acarició su clítoris mientras seguía dándole duro al culo

de su pupila. Quería hacer que la joven acabara, que sintiera el placer de su polla, pero también quería guardarse la leche para dársela en la boca.

Amy comenzó a gemir. Gemía fuerte, casi a los gritos. David temió que esos quejidos casi animalescos pudieran llegar al resto de los invitados. No había gritado así cuando lo habían hecho en su oficina. Se hubiera enterado todo el edificio. Y si bien lo calentaban esos gritos de guerra que le mostraban que la chica estaba disfrutando de sus embestidas y el dedo sobre su clítoris, le gustaba pensar en la intimidad que realmente tenía talento para eso y había fantaseado con que alguna vez le dijeran que tenía “dedos mágicos”, también sabía que iba a ser una situación sumamente vergonzante que el resto de sus invitados se enteraran de lo que estaba sucedido allí dentro. Por fin, sintió cómo las piernas de Amy comenzaban a temblar, su cuerpo se sacudió como si estuviera convulsionando y por fin largó un largo gemido final seguido de un grito de “¡JODER!” que retumbó sobre las paredes vacías de su habitación recién pintada.

Amy se desplomó sobre la cama y tomó aire para inmediatamente sentarse sobre el colchón y reclamarle:

—Ahora te toca correrte a ti. Recuerda lo que me prometiste —dijo estirando la mano para buscar la polla de David. La tuvo en sus dedos y la observó con cierta fascinación. Era la polla de su profesor. Cada vez que lo pensaba le costaba creérselo. La masajeó un poco hasta devolverle el vigor que había perdido en esos instantes y se la llevó directo a la boca. La saboreó con su lengua juguetona y se la llevó lo más dentro que pudo. David sintió una puntada en sus huevos que lo hizo endurecer el cuerpo. Sabiendo lo que se venía, Amy incrementó el ritmo de la chupada hasta que por fin un chorro de semen se escapó de la punta de la polla de su profesor y se deslizó por su garganta. Amy dejó que David terminara de escupir toda su lefa y se la sacó de dentro para pasar a sonreír con la boca bien abierta y mostrarle como la había acumulado allí.

Nunca había hecho algo así antes. David había sido su profesor de universidad y ahora se estaba convirtiendo también en su profesor de sexo.

Cuando estuvo segura de que el profesor había podido contemplar claramente cómo su leche había quedado en su boca, se la tragó de un sorbo.

Capítulo 15

Sara sintió como el tipo se le subía encima. Era grandote y tenía una polla de proporciones épicas. Por lo demás ya sabía que era completamente descartable. Se había decidido a darle una segunda oportunidad más que nada porque era lo único que había conseguido para ir esa noche a la fiesta de David. Había algo que le pasaba con el profesor que no había sentido nunca antes con nadie. La posibilidad de sentir que lo dominaba, que tenía control sobre él, que podía jugar con sus sentimientos la enloquecía. Y también la calentaba. La ponía cachonda como nunca. Recordaba cómo el profesor se había puesto de rodillas para lamerle el coño y se humedecía inmediatamente. Y no era malo en eso el tipo. Era bastante bueno de hecho. Sabía lamer coños. Pero para Sara lo más excitante había sido tenerlo de rodillas. Y claro, después negarle cualquier posible satisfacción. La expresión que había puesto David cuando luego de hacerle correrse se había vestido y despedido de él la hacía volar de excitación. Estaba segura que el profesor había esperado una retribución. Una chupada de polla como mínimo. Una buena follada en recompensa. Pero para Sara había sido completamente natural negarle esa satisfacción. Y el rostro decepcionado del hombre que pronto había cambiado a una falsa naturalidad, como si no le importara realmente el asunto, como si hubiera esperado ese desenlace abrupto, le hacían cosquillear el coño cada vez que lo recordaba.

Una vez de vuelta en su apartamento no había podido sino más que hacerse una buena paja pensando únicamente en esos instantes de desilusión del hombre. Lo había dominado completamente y había sido una experiencia completamente diferente a la que había sentido hasta ese momento con cualquier otro tío. En ese momento mismo, por ejemplo, viendo como Johnny y su masa muscular desproporcionada se elevaba sobre ella y le metía sin piedad esa polla enorme que también le estaba generando placer. Pero, ¿era ese placer producto de cómo follaba Johnny o de que no podía dejar de pensar en la nueva humillación a la que había

sometido a David aquella misma noche? Joder, otra vez ese rostro de perro mojado, esa desilusión, esa expresión de corazón roto que había tenido cuando la había visto llegar de la mano de Johnny. Y la perra de Amy. Era evidente que David la soportaba sólo para tener acceso a un agujero, pero que en realidad la deseaba a ella. Y recién comenzaba a jugar. Claro que sí. Semejante juguete no pensaba dejarlo ir sin más.

Johnny se movía encima suyo como una máquina de follar. Era evidente que todo lo que sabía sobre el asunto lo habría aprendido viendo porno, porque sus movimientos eran mecánicos y poco imaginativos. Mete y saca, mete y saca mientras intentaba decirle cosas soeces que no le despertaban verdadera excitación:

—¿Te gusta cómo te follo, perra?

—Oh sí, Johnny, eres un verdadero semental.

Johnny se detuvo.

—¿Un qué? —preguntó llevándose la mano a la cabeza con la que procedió a rascársela en un gesto de no comprender. Sara pensó que parecía un mono, un gorila.

—No te detengas, ¿por qué te has detenido?

—Es que no entiendo qué me has dicho. No sé si es un insulto o qué.

—No seas tonto. Un semental, un toro bravío. Eso eres. Ahora continúa.

—Ah, entonces sí —se tranquilizó el orangután y volvió a su rutina poco imaginativa.

“Pero qué gran polla tiene” pensó Sara. Ese era su punto débil. Su talón de Aquiles. Le gustaban las pollas grandes. Era una obsesión para ella. Cuanto más grande la verga, más le gustaba contemplarlas y saberse bendecida cuando esa polla la follaba. No tenía sentido, pues la mayoría de esos tipos no la calentaban en ningún otro aspecto. Por el contrario, a veces se atormentaba en pleno acto pensando que luego de que el asunto terminase debería intercambiar algunas palabras con esos tipos, quizás hasta dormir a su lado. No le gustaba volver tarde a su apartamento si terminaba en la casa de uno de sus amantes y si por el contrario la acción sucedía en su propio lugar, no le gustaba discutir con los tíos para que aceptaran irse. Y Johnny tenía una gran polla. No iba a negarlo. No era la más grande y gruesa, la más sabrosa que había probado, pero era considerable. Podía adivinar que el tipo estaba orgulloso de lo que cargaba entre las piernas. Por lo demás, era tonto como una piedra.

Johnny extendió sus manos hasta alcanzar sus tetas. Las apretó con descuido, casi con violencia. Le dolió y al mismo tiempo le excitó. Esas manos gigantes jugaron con sus pezones mientras continuaba con el bombeo sin descanso. Su cuerpo se movía y con él empujaba la cama. Ya escucharía las quejas de Tamara, su vecina del piso de abajo por el escándalo. Era una mujer

joven y bonita, pero claramente no le iba bien en el amor luego de haber cortado con su chico unos meses atrás. Desde entonces cada vez que Sara llevaba un tío a follar había recibido algún tipo de comentario o queja de parte de la vecina. Que hacía mucho ruido, que por favor no gimiera tan fuerte, que los tíos que llevaba gritaban como Tarzán. Esta última observación la había hecho reír íntimamente. De todos modos, Tamara era sólo una molestia. En cambio, Robert, el vecino que compartía una pared con el departamento de Sara, ese era el que la ponía cachonda. El tipo era un viejo solitario y nunca se quejaba del sonido que provenía de su apartamento cuando llevaba un tío. Apenas si le dirigía la palabra para saludarla cuando se cruzaban en el ascensor o en el pasillo del piso, pero siempre la miraba con lascivia. Era evidente que daría cualquier cosa por follársela, lamerle las tetas, hundir la boca en su coño. Y también era evidente que Sara nunca aceptaría nada de todo eso. Pero invariablemente, al día siguiente de que ella llevara un tío a follar a su apartamento, Robert casualmente se la cruzaba en el edificio. Nuevamente, no decía nada, pero la mirada de lujuria que siempre acostumbraba se volvía inconfundible. Eso a Sara también la excitaba. Sentía que tenía el poder también sobre ese tipo. La idea de Robert haciéndose pajas pensando en ella la volvía loca. ¿Se haría unas cuando la escuchaba follar? Seguro que sí.

Johnny incrementó la potencia de su bombeo. Sara tenía el coño completamente empapado y sintió un cosquilleo en el clítoris que comenzó a moverse por todos los nervios de su cuerpo. Sintió como su coño se contraía aprisionando la gran polla de Johnny. Vio su rostro de sorpresa y placer. Sus piernas se contrajeron aún más y el orgasmo finalmente la sacudió con violencia y se extendió por varios segundos; la polla de Johnny, exprimida, largó un chorro de leche dentro suyo.

El tipo desmontó y se acostó al lado suyo. Eso no había estado nada mal. Nada mal.

Capítulo 16

Durante los siguientes días David no volvió a saber nada de Sara. Simplemente fue como si desapareciese de su vida. En cambio, Amy estaba cada día más pendiente de él y de todo lo que hacía. Lo llamaba a todo momento y cuando él no atendía le dejaba mensajes en la grabadora o le enviaba textos. David respondía a estos avances con lo mínimo necesario como para que la muchacha no perdiera el interés, pero tampoco darle ilusión de que su relación seguiría progresando. Para David, Amy era apenas un polvo seguro. Sabía que podía recurrir a ella cuando sentía esa necesidad de una buena revocada. En cambio, para Amy, el profesor representaba un naciente amor. David no quería pensar en eso. Estaba convencido de que no era así, que ella se aburriría rápidamente o que entendería finalmente la situación. Y aun así, ella seguía insistiendo.

David seguía pensando en Sara. La odiaba por haberse aparecido en su fiesta de la mano de esa masa muscular boba. Estaba convencido de que un tipo así no tendría la inteligencia, el intelecto, las inquietudes que él sí tenía. ¿Qué es lo que vería Sara en ese saco de músculos atrofiados? ¿Acaso tendría una verga grande? Ese pensamiento lo hundía en una extraña sensación que mezclaba unos celos febriles con cierto goce que conocía bien. Era el goce de imaginarse a Sara disfrutando de ser penetrada por una polla. Una polla grande. Lo obsesionaba que las tías estuvieran a su vez obsesionadas con las pollas. Él tenía una, podía darles lo que ellas querían. Y entonces, por más que no era la suya la que estaba recibiendo Sara, el solo hecho de que le gustara que se la metieran le generaba un morbo especial. ¿Por qué Sara había hecho eso? ¿Acaso no le había chupado bien el coño? ¿Acaso había sido esa situación apenas un impulso del momento? Quizás una forma de celebrar que la compra de su nueva casa estaba por fin concretada.

Pensaba en ese momento con Sara todo el tiempo. Pensaba en su cuerpo, sus tetas tan tentadoras que ni siquiera había podido saborear y se le ponía tiesa la polla de tan solo pensar en hundir su boca alrededor de los pezones duros de Sara. Sólo podía imaginarlos coronando esas tetas de las que había tenido una buena exhibición de carne a través de su escote.

Cada vez más y más horas de sus días estaban ocupados por un único pensamiento: Sara. Y una única idea: follarla. Cuando no estaba dando clases pensaba en ella. Cuando no estaba preparando esas clases o corrigiendo exámenes, pensaba en cómo daría cualquier cosa por arrojarla sobre la cama, arrancarle la ropa y darle su polla, algo que evidentemente le gustaba que le dieran.

Esa tarde terminó de enseñar una clase y se apresuró a llegar a su oficina, tenía agendada una reunión con su estudiante de doctorado, Mark, que le había escrito un email lleno de neurosis pidiéndole una reunión urgente dado que no sabía cómo continuar con el capítulo que estaba escribiendo de su disertación doctoral. Esta vez había preparado algunas lecturas de referencia más adecuadas que su consejo genérico de que leyera a Foucault, y aun así se sentía derrotado y cansado. Sara era su obsesión, su única idea siempre presente y eran tales los sentimientos que le despertaban que estaba empezando a creer que podría llegar a convertirse en un problema para su carrera. Si en vez de preparar clases, escribir artículos, pensar ponencias para congresos y conferencias lo único que pasaba por su cabeza era el rostro de rasgos sarcásticos de Sara, su pelo rubio y lacio, sus tetas turgentes que se escapaban por debajo de su escote, su futuro en la academia sería más bien corto. ¿Y qué haría entonces con su vida? Sara se estaba convirtiendo en un virus que se había implantado en una región de su cerebro y que se estaba expandiendo a una velocidad imparable, una neurona a la vez.

Ingresa en su oficina, encendió la luz y entonces la vio: completamente desnuda y apoyada sobre su escritorio se encontraba Amy.

Su primera reacción fue de sobresalto lo que fue seguido inmediatamente por cerrar la puerta de la oficina de una portada.

—¿Qué diablos haces aquí? —inquirió enojado, pero intentando contener el grito que se había formado en el fondo de su garganta. Lo último que le faltaba era llamar la atención de la gente que anduviera por las cercanías.

—Hola mi amor. Es que como no contestabas mi último mensaje pensé en venir y darte una sorpresa en vivo.

David se quedó unos momentos sin saber qué responder. Esa mujer había perdido completamente la chaveta.

—Primero que nada, no me digas “mi amor”. No estoy enamorado de ti y no lo voy a estar. En segundo lugar, vístete y, en tercer lugar, ¡márchate! ¡Este es mi espacio de trabajo!

—Oye, calma. No dijiste lo mismo cuando me tragué toda tu lefa. Ahí sí que de seguro que pensaste que me amabas.

David no respondió. Buscó la ropa de la joven que estaba desparramada por toda la oficina y comenzó a recogerla. Cuando la tuvo toda en sus manos, se la estampó en el pecho a Amy y le dijo:

—Vístete ahora mismo. Y te marchas. Estoy esperando gente y no puedo tenerte aquí desnuda.

—¿Esperando gente? ¿Acaso alguna otra zorra que te irás a follar? Claro, el profesor quiere follarse tías jóvenes y frescas. ¿Ya no te sirvo?

Eso era una pesadilla. David se llevó el dedo pulgar e índice al arco de los ojos e intentó tranquilizarse.

—No voy a discutir ahora. Tengo cosas que hacer. Vamos, vístete y luego hablamos —dijo bajando un poco el tono de su ira. Ahora quería resolver esa situación, ya tendría tiempo de decirle en tonos más calmos que eso no era correcto y que no podía repetirse.

—¿Quieres que me vaya?

—Eso mismo.

—Si me voy, no volverás a saber de mí.

—Creo que es algo con lo que puedo lidiar —le dijo David mirando su reloj de pulsera y viendo que quedaba apenas un minuto para su cita con Mark. Su alumno era extremadamente puntual.

—Muy bien, tú lo has pedido —dijo Amy ofendida— ya vendrás llorando a mis pies. Pero te lo advierto, no me encontrarás allí.

David no respondió. En cambio, le hizo una seña para que se vistiera y saliera de una vez.

Amy se vistió apurada, pero con desgano; sin dejar de hacerle saber a David, a partir de su rostro enojado, su disgusto con la situación. Si había guardado la esperanza de que ese gesto hiciera cambiar de opinión al profesor, estaba equivocada, ya que David simplemente se quedó quieto en donde estaba, mirando la hora en su reloj de pulsera, mostrándose ocupado e impaciente.

—Vamos, vamos, vete ya —la encomió David lo que hizo que Amy se enojara aún más con la situación.

Finalmente cuando estuvo vestida, salió de la oficina sin decir una palabra.

David suspiró aliviado. Miró a su alrededor para asegurarse de que una vez más no hubiera quedado rastro del paso por allí de Amy y por fin se sentó en su silla detrás del escritorio a

esperar la llegada de su alumno quien por supuesto, no podía ser de otro modo, se presentó puntual apenas unos instantes luego de sucedida la situación con la joven.

David estaba ahora relajado, sabiéndose triunfal en haber resuelto el desmadre de la mejor forma posible y listo para recibir a Mark sin rastros del paso de Amy por allí. Lo hizo pasar y su alumno ingresó con timidez y cabizbajo, como era su costumbre. Parecía como si estuviera pidiendo perdón por estar allí.

—Estimado Mark, ¿En qué puedo ayudarte ahora?

Su alumno volvió a volcar una interminable sucesión de preocupaciones y neurosis que lo caracterizaban mientras David intentaba sostener la atención y no parecer somnoliento, algo que no le resultaba sencillo.

Era más fácil, e interesante, pensar en su propia situación de vida. Estaba ya en la mitad de su vida y no tenía nada más que su nueva casa y un matrimonio fallido. Una amante a la que llevaba veinte años y una... ¿qué era Sara? ¿Apenas una tía a quien le había lamido el coño? No. Se rehusaba a pensar en ella bajo esos términos únicamente. Había sido mucho más que eso. Estaba convencido de que tenía que haber algo más. Sara podría conseguir que le chupara el coño quien quisiera. Incluso esa masa muscular descerebrada con la que se había aparecido en su fiesta. Tenía que haber un motivo más profundo detrás de ese arriesgado momento que habían vivido la tarde en la que finalmente había podido concretar la adquisición de su nueva casa.

—Entonces, profesor ¿Cuál es su recomendación en esta circunstancia? —preguntó Mark que ahora le clavaba los ojos con mirada de perro cachorro mojado.

¡Joder! ¿Es que acaso ese muchacho no podía resolver nada por su propia cuenta? Lo había tomado como su analista personal.

—Ya sabes lo que digo siempre...

—¿Qué?

—Pues, busca en Foucault y encontrarás la respuesta.

Mark cambió su expresión de rostro. Ahora parecía extrañado.

—Pero, ¿qué tiene que ver Foucault con mis problemas familiares?

David se levantó y acercándose a su alumno, le palmeó la espalda.

—En Foucault está todo. Busca en sus libros y encontrarás exactamente la respuesta que buscas. Ahora, hala, que tengo una reunión del departamento de inglés en unos minutos y tengo que preparar unos papeles.

Mark se puso de pie y comenzó a caminar perplejo hacia la puerta.

—Bueno, gracias, profesor. Supongo.

—No es por nada. Y mantenme al tanto de tus avances con el capítulo. Ya sabes que eso tiene que ser la prioridad en este momento de tu vida y que no querrás atrasarte.

Mark se detuvo en medio de la oficina y quedó como piedra en el lugar.

—¿Qué sucede? Te he dicho que necesito unos minutos a solas.

—No es nada, profesor, ya me iba. Es sólo que vi eso y me llamó la atención —dijo Mark señalando un par de bragas rosa tiradas en el piso, al lado de una de las bibliotecas llenas de libros que David tenía en su oficina.

Ahora Mark lo observaba con una mezcla de auténtica curiosidad y morbo.

David sintió que la sangre le subía a la cabeza. ¿Qué estaría pensando su alumno? ¿Acaso pensaría que eran suyas y que le gustaba utilizarlas en un juego de cambio de sexos? No, él no tenía esa perversión. Claro que no. Mark debía saberlo. ¿Acaso entonces pensaría correctamente que se lo habría olvidado alguna alumna? David se acercó a ver las bragas de cerca. Con un lápiz las examinó y luego las alzó para observarlas de cerca.

—Mhhh, que extraño —dijo— parecieran que pudieran ser de mi mujer. Estuvo hace unos días aquí de paso antes de ir a una reunión. Se cambió de ropa. Evidentemente se habrá olvidado de estas.

—Pensé que usted estaba divorciado, profesor.

—Sí, claro. Es que con Johanna seguimos manteniendo una buena relación. Me pidió de pasar por aquí para arreglar unas cuestiones del divorcio y luego tenía una reunión. En fin.

Mark no parecía convencido con esa explicación, pero David no pensaba dejarle más tiempo para pensar en el asunto por lo que con unas suaves palmaditas en la espalda le indicó que era hora de irse de allí. Por fin salió y David estuvo una vez más solo con sus pensamientos.

Recogió las bragas de Amy y las observó con renovado cariño. ¿Había sido descuidada o las había dejado allí con el propósito de ocasionarle problemas? Pensó en ella y admiró el coraje de la muchacha. Era una mocosa irrespetuosa, pero eso le devolvía un poco del interés que le despertaba. Entendía que estaba confundida, que creía que podía tener una relación que él no estaba interesado en tener con ella, pero de todos modos sabía cómo hacer para estar siempre en su radar, en su rango de atención. Había sido un poco brusco con Amy. Era cierto. La había echado de su oficina sin explicarle la situación concreta y por qué había necesitado que saliera de allí tan rápido. La pobre, toda ilusionada, había logrado ingresar en su oficina y desnudarse para esperarlo allí como una sorpresa sexy y él sólo había podido reaccionar con frío raciocinio. Era cierto que había corrido un riesgo grande haciendo eso y le había puesto en riesgo a él mismo. ¿Y si ingresaba a su oficina acompañado de un colega? O peor, ¡la decana! ¿Por qué no? Tenía

que educarla y dejarle claro cuáles eran los límites que podía atravesar y cuáles no, pero al mismo tiempo dejarle en claro que algo de jugueteo sexy en su relación también era bienvenido.

Decidió escribirle un mensaje de texto:

“Amy, olvidaste tus bragas en mi oficina. Y disculpas por haber sido tan brusco contigo, pero esperaba a un alumno. Me gusta que seas atrevida y sexy, pero mi oficina tiene que quedar por fuera del límite por ahora. Hablemos más tarde.”

Lo envió y se olvidó del asunto. Pero Sara todavía daba vueltas en su cabeza.

Capítulo 17

Pasaron varios días sin que David recibiera respuesta de Amy. Había vuelto a escribirle, posiblemente ese había sido su error, varias veces. La había pedido disculpas por la situación en su oficina, otro error. Y cuanto más se espesaba el silencio de Amy, más nervioso se había puesto David. Y a más nervios, más necesidad de pedirle disculpas por lo ocurrido, hasta el punto de que ahora él parecía ser el responsable máximo de la situación cuando sabía que había sido ella con su impertinencia y su poca capacidad de leer situaciones. Se había aparecido desnuda en su lugar de trabajo. Era su responsabilidad y su culpa. No había más que hablar del asunto ni posibilidad de pensar que no había sido efectivamente su culpa. David lo sabía, pero no podía evitar humillarse ante ella. Si Amy lo dejaba, no le quedaba nada. Iba a tener que volver a salir a buscar una mujer. No, no la amaba y sabía que nunca podría amarla, pero la descarga sexual había sido satisfactoria con ella y no quería volver a las pajas solitarias. Era consciente de su edad y su estatus social. Las jóvenes venían cada vez más desinteresadas en tipos como él. Y la sola idea de pasar el resto de sus días en completa soledad le retorció las entrañas. Aun cuando la opción alternativa era aceptar convertirse en el amante adulto de una antigua alumna. Aun cuando Amy lo aburría profundamente cada vez que abría la boca y decía alguna cosa.

Y lo peor era Sara. No había vuelto a saber nada de ella. Seguramente ya lo habría olvidado. Había sido todo muy simple y él lo había agrandado en su cabeza. Sara había hecho un negocio, había cumplido con su trabajo. Le había conseguido una casa a cambio de una buena comisión. Ese había sido su trabajo y lo había hecho bien. Y sólo para festejar y porque se había dado cuenta lo mucho que le gustaba a él, se había dejado lamer el coño por su lengua mucho más acostumbrada al debate intelectual que a propiciar sexo oral.

¿Acaso le habría gustado cómo lo había hecho? Por cómo se habían desarrollado los acontecimientos posteriores tenía la sospecha de que no verdaderamente. No sólo había

aparecido con ese tipejo en su fiesta de inauguración de la nueva casa, sino que no había vuelto a saber nada de ella. Amy tampoco la había vuelto a mencionar a pesar de ser su compañera de trabajo. Su nombre sólo salía de los labios de Amy si era para burlarse. Era evidente que las dos mujeres mantenían una cierta enemistad que a él no le interesaba.

Pensó en Sara una vez más. Estaba acostado en la cama, sin nada planeado para ese sábado por la mañana. La sola idea de Sara, su olor, su pelo lacio y rubio cayendo sobre sus hombros, su risa siempre sarcástica, sus tetas rozagantes que se habían escapado de su escote, todo Sara le volvió en una imagen que se pegó a su conciencia y de pronto, sin planearlo, sintió cómo su pene volvía a ponerse erecto una vez más.

Comenzó a tocárselo, reconstruyendo en su mente el momento en el que había caído de rodillas frente a ella y le había comido el coño con pasión desbordante, mientras que con la otra mano tomó su móvil. ¿Y si le escribía un mensaje? De no haber sido por la calentura, la soledad y el silencio de radio que le había impuesto Amy, no lo hubiera ni siquiera considerado, pero allí estaba. Sin darle más vueltas al asunto le escribió un mensaje de texto. Un patético mensaje de texto que sólo decía: “Hola”

Se quedó mirando la pantalla embobado mientras con la otra mano seguía jugando con su polla. Primero fueron las dos tildes grises. Había recibido el mensaje. Luego se tornaron azules. Lo había leído. Su mano se enredó más aún con su polla. Cuando leyó que del otro lado estaban tipeando una respuesta no pudo prolongar más la agonía y terminó de sacudírsela hasta que se corrió. En ese instante llegó la respuesta.

“Quien eres?”

No era lo que había esperado. ¿Eso significaba que Sara lo había borrado de sus contactos? Era eso o que estaba jugando con él. No había otra posibilidad. De pronto se sintió terrible. El estómago le dolía y la claridad posterior a la paja le hizo preguntarse por qué demonios había enviado ese estúpido texto.

Pero ahora tenía que responder. Escribió:

“David. Sólo quería saber si estabas bien.”

Volvió a ver cómo las tildes grises se convertían en azuladas y esperó. Esta vez Sara no contestó con tanta urgencia. ¿Acaso al enterarse de quién era había decidido no contestar? ¿Acaso estaría follando con esa masa de anabólicos idiota con la que había ido a su fiesta? Ya podía imaginárselos, en medio del mete y saca, mientras ella leía los mensajes que le mandaba él, un simple profesor universitario de cuarenta años y un cuerpo que no tenía ni por dónde comenzar a competirle al de ese tipejo. Sara estaría con el teléfono en la mano mientras el orangután ese se

concentraba en penetrarla violentamente y entonces ella diría: “Mira mi amor, es ese tío pesado al que le vendí una casa y fuimos a su fiesta inaugural. ¡Qué perdedor!” Podía imaginarse toda la escena transcurriendo en ese mismo instante del otro lado de la línea e inesperadamente, la idea de Sara siendo follada, aunque no fuera por él, volvió a erigir su polla. En su cabeza se veía todo como una peli porno, sólo que con su actriz de la vida real preferida. Una que nunca habría actuado en una peli de verdad, pero que él podía hacer actuar a su gusto en su fantasía.

“Hola David” el mensaje llegó como una gota de agua en medio de un trayecto por el desierto. “Estoy bien. Un poco aburrida, a decir verdad.”

El segundo mensaje liquidó el asunto: David se corrió una vez más. Esa mujer lo iba a exprimir hasta no dejarle una sola gota. Estaba más que claro.

“Yo también. Te gustaría tomar algo?”

El mensaje salió y fue leído en el instante por Sara. Pero la respuesta no llegó. Pasaron los minutos. Luego se hizo una hora. Lo había leído. Lo había recibido. Y no había respondido. Ni siquiera había visto el mensaje que indicaba que había comenzado a escribir algo y luego se había arrepentido. Nada. Sara había recibido el mensaje y ya cuando se hizo la hora del mediodía, David se había resignado a que no iba a recibir respuesta. Eso era todo. Había jugado sus cartas y ahora conocía la respuesta. Pasó el resto del día sin poder moverse de la cama. Pensó en volver a escribirle a Amy pero desistió. En comparación con Sara, Amy no era nada. Aún en comparación con el desplante de Sara. Simplemente sentía que, si se encontraba con Amy para follar, y eso era altamente improbable dadas las circunstancias, no podría dejar de pensar que lo que más querría era estar con Sara.

El domingo por la mañana un nuevo mensaje en su móvil lo despertó. Escuchó el timbre de aviso de mensaje nuevo, pero no le dio importancia. A Johanna le gustaba escribirle los domingos por la mañana para comprobar que estuviera bien. Si bien se habían divorciado y David había quedado dañado al enterarse de que su exmujer había salido del clóset, lo cierto es que mantenían cierto afecto el uno por el otro y en particular ella le gustaba mostrarle que estaba para él, como amiga. Para eso eran mayormente los mensajes de los domingos por la mañana.

Se acordó de su móvil entrada la tarde. Lo levantó y por un segundo sintió que su corazón dejaba de latir: era un mensaje de Sara.

“En tu casa” decía la escueta comunicación.

¿Qué iba a responder? Era claro que Sara quería avanzar en su relación, pero no daba contexto ni detalles.

Pensó y escribió unos diez mensajes que borró uno a uno hasta que por fin se decidió por uno simple, sencillo, que mostrara que estaba abierto a seguirle el juego pero que no lo mostrara totalmente desesperado.

“Te espero” le escribió en respuesta y sintió que tenía que atarse los dedos para no escribirle más detalles, darle horarios o decirle que estaba para ella en cuanto quisiera. Pero por otra parte sentía que había sido demasiado ambiguo. ¿Acaso no lo había sido ella también? Desde luego, pero ella podía darse ese lujo. David sintió que había terminado de caer en el juego perverso de Sara. Un juego donde su voluntad y deseo no importaban; donde lo único era la voluntad y el deseo de ella. Lo pensó y su polla se puso dura al instante.

Capítulo 18

Sara no contestó el mensaje de David de inmediato. De hecho, no contestó en los siguientes días. Y a David le pesaba en la consciencia. ¿Qué era lo que quería Sara exactamente? ¿Por qué jugaba con él de ese modo? Entendía que no era realista esperar que simplemente se apareciera en su casa a los minutos de recibir el mensaje donde él le indicaba que estaba disponible para ella cuando quisiera, pero varios días sin novedades no lo dejaban tranquilo tampoco. Intentó volver a escribirle a Amy que poco a poco estaba comenzando a soltarse. Al menos ahora le respondía, dejando en claro que seguía enojada y con algunos prolongados minutos de silencio entre que David le escribía y ella le respondía, pero de momento parecía que eso estaba volviendo a funcionar.

Una tarde recibió un llamado de un número privado. Atendió conteniendo la respiración, se aclaró la garganta y saludó intentando que su voz sonara lo más en control de sí mismo que pudiera.

—Profesor Fischer al habla.

—Ay, pero qué importancia que te das ahora, tío —escuchó la voz inconfundible de Amy del otro lado de la línea.

Se decepcionó. Había esperado escuchar la voz de Sara.

—Ah, eres tú —dijo decepcionado.

—¿Y a quién esperabas?

—No, es que... un llamado de un colega. Eso esperaba —mintió.

—¿Acaso no te excita más que haya sido yo la que te llame?

Amy había capitulado, era claro. Pasar de no comunicarse en absoluto a una llamada telefónica era más de lo que él había podido prever en las semanas anteriores, y aun así se sentía vacío. Era un sentimiento como el del perro que persigue al automóvil y que cuando lo alcanza no sabe qué

hacer y por tanto se aburre en el instante. ¿Eso quería? ¿A esa mujer quería cortejar? ¿Tan bajo era capaz de caer por acceder a un hoyo donde depositar su semen y olvidarse hasta que la necesidad volviera a surgirle?

Él quería a Sara.

—Me sorprendiste, como vi que decía número privado...

—Es que te llamo desde mi teléfono de la oficina, zonzo.

¿El teléfono de la oficina? ¿Eso quería decir que por allí andaba Sara? Su mente volvió a la rubia y se perdió en una nebulosa que le hacía difícil pensar con claridad.

—¿Estás allí todavía?

De pronto, escuchó la voz. Su voz. La voz de Sara. Estaba hablando, posiblemente con un cliente. Era la oficina después de todo. Hacía sentido. ¿De qué estaría hablando? ¿Acaso ese cliente también recibiría el mismo trato que él de parte de la rubia? ¿Acaso se haría lamer el coño por ese otro cliente? Sintió que los celos le revolvían el estómago y al mismo tiempo, de nuevo, casi inevitablemente, que su polla se iba poniendo dura.

—Estoy, estoy aquí. ¿De casualidad está Sara allí?

Amy hizo silencio de unos segundos.

—Sí, sí está. ¿Para qué la quieres? —preguntó Amy desconfiada.

—Oh, nada, es sólo que quería hacerle una consulta respecto de la propiedad. Podría intentar comunicarme con el anterior propietario, pero es una tontera, creo que podría resolverlo más rápido ella.

—Puedes preguntarme a mí que yo lo averiguo.

—Mhhh, preferiría si me puedes pasar con Sara. Será un segundo nada más.

Amy no respondió; David escuchó cómo dejaba el teléfono sobre el escritorio y la llamaba a Sara de mala gana.

Alguien volvió a coger el teléfono:

—Señor Fischer, ¿en qué puedo ayudarlo? —escuchó la voz dura y cortante de Sara.

—Sara, ¿cuándo vendrás?

—Entiendo señor Fischer. Déjeme revisar los papeles y le comunico.

—Por favor, Sara. Quiero lamer tu coño una vez más. No me hagas esto. No me obligues a tener que recaer en follar con Amy.

—Muy bien. Me comunicaré con usted a la brevedad con la información que me solicita.

—Gracias, Sara. Eres... eres especial, ¿lo sabes?

—Tendrás que ganarte el derecho. —susurró Sara rápidamente —No lo olvides. Siempre te quedará la idiota de Amy si no te lo ganas.

David sintió que estaba por llorar. No sabía si eran lágrimas de felicidad o de impotencia o las dos cosas a la misma vez.

Escuchó cómo el teléfono cambiaba de manos violentamente.

—Por fin se va esa zorra —dijo ahora Amy.

—No seas tan dura. Sólo me está ayudando con mis cuestiones.

—Ya hablaremos del asunto. Todavía no estás en el claro. ¿Entiendes?

—Sí, entiendo —dijo David pensando que Amy no tenía poder ya sobre él. Nunca lo había tenido más que como la posibilidad de ser su reservorio de semen particular. El poder siempre era de Sara. Había sido de Sara y lo seguiría siendo.

Su verga era un mástil erecto. Esas pocas palabras finales de Sara lo habían arrimado una vez más a bordes de excitación que nunca antes había sentido.

—¿Paso esta noche por tu casa? Y hablamos.

—De acuerdo —dijo David. Hablar con Amy era lo que menos le interesaba en la vida. No tenía nada que hablar con ella. Simplemente no le importaba lo que tenía para discutir. Pero necesitaba follar. Ya iban varias semanas sin más compañía que su mano derecha y necesitaba el calor del cuerpo de una mujer.

Capítulo 19

Esa noche tocaron a su puerta. David suspiró cansado. Amy había quedado en ir a visitarlo y ya estaba sintiendo arrepentimiento. Tendría que recibirla, cenar con ella, fingir que le interesaban sus problemas para por fin echarse un polvo mediocre, dormir a su lado y despertar con su presencia. Pero peor era estar solo. Abrió la puerta de calle cansado, pero impostando una sonrisa falsa para recibir a Amy. Su sorpresa fue mayúscula cuando en vez de su antigua alumna a quien se encontró de pie allí fue a Sara.

—¿Tú?

—¿Acaso no querías esto? —dijo Sara invitándose dentro.

—Sí, claro. Digo, sí, estaba esperando un encuentro, pero habíamos quedado que me ibas a llamar antes de aparecerte por aquí.

—Si no te interesa me voy. Pero mira que yo no doy segundas oportunidades. Me tienes aquí. Tómame o déjame.

David se alisó el pelo.

—Claro que te tomo —dijo— es solo que estaba esperando a alguien más y...

—¿Tienes otra perra? De acuerdo, no hay problema. Me retiro.

—¡No! No es eso. Es sólo que estaba esperando a mi hermana. Me dijo que iba a visitarme y es por eso por lo que me sorprendió tu presencia aquí —mintió.

—No será problema —dijo Sara y se bajó los pantalones y las bragas— me puedes lamer el coño justo a tiempo para que me vaya antes que llegue tu hermana.

David se sorprendió. No era eso lo que había esperado de su tan ansiado reencuentro con Sara, pero entendió que era su única oportunidad.

—De rodillas —ordenó Sara mientras se subía a la isla de la cocina y abría sus piernas.

David cumplió lo que le ordenó y se puso de rodillas, su cabeza justo a la altura del jugoso coño de Sara. Extendió la lengua y se sumergió hambriento sobre la raja de la rubia con una pasión que no conocía límites. Su lengua dibujó formas completamente imprevistas sobre la carne rosada de la mujer que no ocultaba su placer dejando escapar pequeños quejidos en un comienzo que fueron aumentando en tenor hasta convertirse en jadeos intensos. Una idea completamente arbitraria cruzó la mente de David mientras se abocaba a saborear el sexo de Sara: ¿Cuándo habría sido la última vez que el musculoso con el que él la había visto en su fiesta se la había metido? ¿Lo habrían hecho sin protección? ¿Estaría saboreando él lo que había quedado de eso? No podría decirlo, los sabores se mezclaban en su boca y no podía adivinar si también entre ellos estaba el de la polla del tipo, pero la sola idea de estar limpiando los restos de lo que habría sucedido entre Sara y el otro le generó un cosquilleo en la polla que se comenzó a poner erecta. Quería metérsela. Dejó de lamer, se puso de pie y le sonrió.

Sara lo miró con cara de pocos amigos.

—¿Qué es esto? ¿Acaso te he dicho que dejaras de lamerme el coño?

—No, pero ¿pues qué tal si te la meto?

Sara largó una carcajada.

—No seas ridículo —dijo— ¿te crees que no puedo conseguir una buena polla para que me folle cuando quiera? A ti te quiero para que me sigas lamiendo el coño.

—Bueno, pero no vaya a ser que te vayas y me dejes con toda la leche encima. ¿Al menos podrías hacerme una paja?

Sara largó otra carcajada hiriente.

—De rodillas y a lamer. Luego veremos.

David cumplió con la orden. Se puso una vez más de rodillas y volvió a lamer el coño de Sara. Se ayudó con las manos para abrir aún más las piernas de Sara, algo que fue recibido con aprobación por ella que se dejó hacer. Entonces intentó deslizar un dedo índice dentro de su coño y escuchó una nueva reprimenda:

—¿Cuándo dije que podías hacer eso?

—Lo siento —dijo él.

—Así está mejor.

Siguió jugando con la punta de su lengua sobre el clítoris inflamado de Sara, recorriendo luego los recovecos y pliegues del coño hasta que sintió como las piernas de la mujer se contraían apresando su cabeza entre ellas, los músculos temblando incontrolablemente, vibrando en

espasmos hasta que por fin el resto de su cuerpo también se sacudió en un orgasmo que fue expresado en la voz de Sara que exclamó en un grito:

—¡JODEEEEEEEER!

Luego sus piernas se desplomaron y su cuerpo quedó relajado por un segundo.

Sara separó la cabeza de David que seguía entre sus piernas, expectante a su siguiente orden y se puso de pie.

—Bien, ¿qué hora es? —dijo Sara con displicencia. Se fijó la hora en su reloj de pulsera y exclamó: —¡Coño! Ya me tengo que ir. Gracias David, eso estuvo decente.

—Entonces...

Sara había terminado de vestirse y ya se encaminaba hacia la puerta de entrada.

—Oh, ¿te quedaste con leche en los huevos? Lo siento cariño, hoy tengo que irme. ¿Quizás la próxima? Pórtate bien y puede ser. Todo puede ser —dijo y salió.

—¿Cuándo será la próxima vez?

—Ya te lo haré saber. Ya no me escribas todo el tiempo. Es patético.

Sara salió del mismo modo en el que había aparecido, sin avisar e intempestivamente. David se quedó fijo en medio del cuarto de estar de su casa, intentando procesar lo que acababa de suceder. Había sido humillado por Sara, en su propio hogar, de nuevo. Y lo peor era que lo había disfrutado. ¿Qué le estaba sucediendo?

Unos minutos más tarde volvieron a golpear. ¿Acaso habría vuelto a terminar lo que había comenzado? David se convenció mientras intentaba disimular la erección que se le había formado debajo de los pantalones. Abrió la puerta y ahora sí se encontró a Amy que le sonreía.

—Hola guapo —dijo y de inmediato notó la excitación de David que atribuyó a su presencia— vaya, veo que ya estás preparado. Pero ni se te ocurra que voy a dejar que me folles antes de que me sirvas una buena cena y me pidas disculpas por haberme maltratado en tu oficina.

David dudó un instante, como si su cerebro se hubiera desconectado y reconectado y hubiera tenido que comenzar a procesar la información que se le presentaba desde cero y por fin la hizo pasar.

Un pensamiento invadió su cabeza: ¿qué pasaba si Sara se había dejado alguna prenda de ropa en su casa? Podía ser. Había sucedido con la misma Amy en su oficina. Pensó una respuesta posible, pero no hizo falta. Sara había sido pulcra y cuidadosa. No había prácticamente rastros de su paso hacía unos pocos minutos por allí. Excepto por la mesada. Amy lo notó.

—¿Qué es este desorden? —dijo examinando con detenimiento cómo todo había sido movido de su lugar en el momento en que Sara se había subido allí para dejar que él le lamiera el coño.

David no tenía una respuesta para esa pregunta y pensó que Amy estaba a punto de descubrir todo, pero ella en cambio sonrió.

—Ya entiendo. Has estado cocinando para mí y por eso el desorden en la mesada. ¡Gracias, guapo! Me muero por probar tus habilidades culinarias.

—Uhm, sí. Respecto de eso. Lo siento, pero estaba a punto de cocinar cuando me di cuenta de que me faltaban ingredientes y... no pude terminar lo que me había propuesto. Pensé que quizás podríamos pedir una pizza en cambio. ¿Qué te parece?

El rostro de Amy cambió de la excitación a la desilusión.

—Bueno, supongo. Lo que tú digas.

David se frotó las manos.

—Excelente. Pediré la pizza entonces.

Amy recorrió el cuarto de estar de la casa de David.

—Realmente es una bonita vivienda. No creo que me hayas agradecido lo suficiente lo que hice para que pudieras adquirirla.

—Oh sí, lo que tú digas —respondió David que estaba al mismo tiempo en línea con la pizzería para hacer el pedido. Una vez hubo terminado, cortó y volvió a Amy. —Oye, sé que he sido duro contigo la última vez.

—Injusto. Lo único que quise hacer fue sorprenderte, darte una alegría y tú me echaste como si fuese una prostituta de la que querías deshacerte.

David le explicó que lamentaba el modo en el que la había hecho salir de su oficina, pero al mismo tiempo le pidió que entendiera la situación y le explicó que a los pocos minutos de su salida había recibido la visita de su alumno y que este había encontrado sus bragas.

Amy largó una carcajada.

—Supongo que habrá sido una situación difícil de explicar.

—Lo fue.

—Apuesto a que si hubiese sido alguna de tus alumnas no te hubiera molestado tanto. Que te vieran como el gran machote. El tío que se tira a todas sus alumnas. Eres un puerco.

David se acercó a Amy y le pasó los brazos por la cintura.

—Qué tal si sellamos nuestro arreglo.

—No lo sé. Te has portado tan mal conmigo. Y ni siquiera me has cocinado. Además, la pizza ya está por llegar.

David calculó que si follaba en ese instante con Amy luego tendría que soportarla a ella y su aburrida existencia sin el estímulo de pensar que al final por lo menos tendría un descargo, pero

había quedado demasiado caliente luego del encuentro con Sara por lo que siguió adelante. Con delicadeza metió su mano entre sus pantalones, acariciando su coño desde el exterior, a través de las bragas.

—Oh David, eres incorregible —susurró Amy.

—Y tú eres una zorra —respondió él haciendo presión con sus dedos sobre su monte de Venus. Amy largó un suspiro y luego buscó con desesperación la hebilla del cinto que llevaba el hombre; lo desabrochó y luego siguió con la bragueta de sus pantalones que hizo caer dejando al descubierto la polla desnuda de David.

—Ya estaba preparado —dijo ella al comprobar que no llevaba ropa interior.

—Vengo preparado para follarte desde hace semanas.

Amy se puso de rodillas y se llevó la polla del profesor a la boca. Eso era lo que necesitaba. Había mejorado bastante su técnica, y David reconocía que había sido gracias a la experiencia que había tenido con él mismo. Sus movimientos seguían las indicaciones que él le había dado en otras ocasiones sin la necesidad de volver a mostrarle cómo debía hacerlo. Su lengua se desplazaba grácil sobre el tronco de su polla y terminaba el movimiento en besos suaves al final del recorrido. Succionaba sin atragantarse y David sintió cómo estaba a punto de explotar en su boca. Pero quería más. Quería todo.

—Súbete a la mesada —le ordenó.

Amy cumplió y se sentó del mismo modo en el que hacía unos momentos lo había hecho Sara. David la ayudó a sacarse la ropa hasta dejarla completamente desnuda. Contempló su cuerpo y se relamió. Se abalanzó sobre sus tetas y comenzó a succionar sus pezones, dedicándole un buen rato a cada uno, acompañado por los gemidos de placer que Amy derramaba en sus oídos.

—Así, muérdemelas. Muérdeme las tetas —le suplicó la alumna mientras apretaba su cabeza contra sus pechos.

David saboreó ese dulce néctar juvenil. Todo en Amy sabía a sexo, a excitación y sin dudarlo, se puso de rodillas para ir hacia su coño. Lo lamió con la misma dedicación y atención con la que había lamido el de Sara instantes atrás, pero no era lo mismo. No era igual. Decidió que era ahora su turno y entonces se puso de pie una vez más, atrajo hacia su cuerpo a Amy y la penetró por le coño, los dos frente a frente, enfundados en un abrazo que confundió sus cuerpos sudados en uno solo. David bombeó dentro del apretado coño de la joven que contrajo los dedos de su mano en una forma de garra sobre sus omóplatos, como si quisiera traerlo todavía más cerca suyo, tenerlo más adentro, más profundo, hasta que sintió que no podía aguantar más su carga y la dejó salir en chorros gruesos dentro del coño de Amy que gritó complacida:

—¡Lléname con tu leche caliente!

La polla de David se sacudió dentro del coño de Amy, dejando ir todas esas semanas de abstinencia involuntaria, toda la excitación con la que Sara lo había dejado momentos atrás y una vez vaciados sus huevos sintió que lo invadía una profunda sensación de melancolía. Eso era lo que había querido, pero lo que en verdad quería era hacerlo con Sara. Y Amy, por más que tenía un bonito cuerpo y estaba allí para él, no se le comparaba. Ni por lejos.

Capítulo 20

Las siguientes semanas continuaron con la misma dinámica: Sara aparecía sin avisar en la casa de David, lo hacía lamerle el coño y una vez se corría, se iba sin decir adiós. Mientras tanto, David tenía que conformarse con depositar su semen en Amy que con cada cita que concretaban se sentía cada vez más enamorada y confiada de que la relación entre ambos estaba prosperando y yendo por buen camino. David estaba comenzando a odiarla profundamente: Amy representaba todo lo que quería del sexo pero en el cuerpo de una mujer que no amaba y que no respetaba. Esos sentimientos, se daba cuenta, estaban depositados en Sara. Sí, ahora estaba seguro de que estaba enamorado de Sara.

Y cuánto más sentimientos surgían en él hacia ella, más Sara parecía jugar con él.

Una noche, David recibió una llamada telefónica. Reconoció el número en la pantalla de inmediato, era ella. Atendió esperando escuchar su voz fría indicándole que estaba a metros de su casa, que era algo que solía hacer de vez en cuando, y algo que David agradecía pues reducía las chances de que se cruzara con Amy o que él estuviera ocupado con otro asunto, pero esta vez no escuchó a Sara indicándole cuándo llegaría sino otra cosa. Escuchó la voz de Sara, claro que sí, pero lo que decía lo dejó completamente tieso:

“¡Oh sí, papi! Así, duro. ¡Cabálgame bien fuerte! ¡Oh, sí que eres un toro! ¡Tienes la polla de un animal!” escuchó seguido de los jadeos que ya podía reconocer perfectamente como correspondientes a la rubia.

Luego escuchó la voz de un hombre que le decía que no era más que una zorra adicta a su polla y que la iba a follar tan fuerte que no iba a poder andar de a pie durante días.

David no supo qué hacer con eso. ¿Acaso había sido un error? ¿Acaso Sara había marcado su número sin proponérselo? ¿O lo había hecho a propósito? ¿Quería ella que él escuchara como su coño era de otro para ser penetrado? Ella sabía que él moría de ganas de penetrarla y siempre se

reía de su patetismo mientras le ordenaba que se conformara con lamerle el coño. Sara sabía cómo jugar con sus sentimientos y parecía contenta de hacerlo mientras que él se sentía completamente subsumido a la voluntad de ella. Simplemente no podía contradecirla, no sentía la capacidad de imponer su propia voluntad. Hacía lo que ella quería, como ella quería y cuando ella quería. Y ahora escuchaba cómo Sara follaba salvajemente, con jadeos, gemidos y palabras soeces, con otro. Y su polla, la de David, se había puesto dura como un hierro. Se abrió la bragueta, la sacó por fuera y comenzó a hacerse una paja mientras escuchaba cómo del otro lado del teléfono Sara era follada por ese animal. Cuando escuchó el inconfundible grito orgásmico que Sara largaba cuando se corría aceleró su puñeta hasta que también él se corrió casi al mismo tiempo que ella. Tuvo que taparse la boca para no gritar él también pues el orgasmo que lo invadió fue uno de los más poderosos y placenteros que había sentido en su vida. Quedó agotado. Del otro lado de la línea, Sara parecía también estarlo. Soltó un suspiro.

“Oh Johnny, sí que tienes una polla deliciosa”, escuchó David. El hombre respondió con una especie de gruñido. Era un Neardenthal, un hombre de Cromañón, un tipo totalmente simple, apenas más que un animal. Pero para Sara eso ya lo convertía en más merecedor de su coño que lo que él había sido hasta ahora.

Escuchó ruidos de movimientos, alguien había cogido el teléfono.

“¿A quién llamas?” escuchó la voz del ogro lejana del otro lado de la línea.

“Oh, no, a nadie,” dijo ahora Sara cerca de la bocina del móvil. “Espero que lo hayas disfrutado,” agregó.

“Mhhh, pues sí,” dijo el tipejo.

“Era para ti,” susurró ahora Sara contra la bocina y cortó la comunicación.

Entonces sí, había sido tal y como lo había pensado: Sara había planificado todo eso. Lo había llamado a propósito sólo para que pudiera escuchar cómo se la follaba ese hombre rústico y poco sofisticado.

Y ahora estaba una vez más solo y con la polla flácida luego de haberse corrido como pocas veces antes con toda esa situación. Era claro que Sara sabía cómo manipularlo, exactamente qué manipulaciones funcionaban para él. Y sin embargo se sentía vacío. Ese juego se había extendido demasiado en el tiempo. Amy estaba cada día más convencida de que estaban viviendo un noviazgo de telenovela, Sara sólo aparecía por su casa para hacerse lamer el coño y si bien David disfrutaba de esa dinámica, y se sacaba la leche al segundo que Sara dejaba su casa, también sentía que estaba llegando a un punto de quiebre. Quería ser sometido por Sara. Había descubierto que eso lo excitaba. Pero necesitaba tenerla consigo. Necesitaba saber que estaba en

una relación estable y no sujeto al capricho absoluto de ella. Jugar estaba bien y era excitante, pero también sabía que ya tenía más de cuarenta años y necesitaba saberse en algún tipo de relación estable. Sometido, pero estable.

Capítulo 21

Sara escuchaba los requisitos que sus clientes tenían para su nuevo hogar. Era un matrimonio joven y se veían felices.

—Por ahora estamos bien con lo que tenemos, una habitación y un baño, pero estamos pensando en agrandar la familia y para eso vamos a requerir obviamente una habitación más —dijo el hombre.

—Idealmente dos habitaciones —agregó la mujer largando una tímida risilla.

Los dos se miraron. Había amor en esa mirada. Sara lo pudo detectar. Era buena interpretando a la gente. Lástima que no era tan hábil para leerse a sí misma. ¿Qué quería? ¿Hacia dónde estaba yendo con su vida? Sabía bien la respuesta: estaba viéndose con Johnny sólo por la excitación de ser follada salvajemente y estaba dejando que David le lamiera el coño un par de veces por semana para realmente sentir orgasmos de calidad. Johnny era un monstruo, con una polla igualmente monstruosa, pero a pesar de que lo había logrado educar un poco en cómo hacerlo mejor y obtenía relativamente buenos orgasmos con él, lo que más la excitaba era pensar en cómo humillar aún más al profesor. Sabía que el tipo andaba con Amy también. Era imposible no saberlo en esa oficina ya que ella se encargaba de dejárselo saber a toda persona con que se cruzara. “Mi novio el profesor Fisher”; “Mi novio el Dr. Fisher”; “Mi novio, David” esto último cuando hablaba con ella o con algún otro compañero. Pero Sara también sabía que David no la amaba realmente y que apenas podía soportarla. Y también sabía que a pesar de que él no mencionara palabra, su ambición era crecer en su relación con ella. Pero ¿qué era lo que realmente quería Sara? Sí, ese esquema estaba bien y era divertido, pero también era terriblemente juvenil. Ya tenía más de treinta años y seguía comportándose como una chiquilla. Como Amy precisamente. Pero Amy era inocente y apenas si había tenido relación con hombres antes de David. Sara tenía un mayor conocimiento y experiencia y también cansancio. No era

fácil andar saltando de la cama de Johnny, su departamento pequeño y atestado de envases vacíos de polvos de proteína, elementos de gimnasia y sus aburridos desayunos de huevos revueltos a la mesada de cocina de David así en un interminable giro que le tomaba la vida. Sabía que necesitaba cambiar algo. ¿Pero qué?

—Hace ya tres años que estamos de novios.

—Y Andy me ha propuesto casamiento.

—Por suerte dijo que sí —rio el hombre.

Sara volvió a concentrarse en sus clientes. Ella no quería hijos. Nunca los había querido. No le interesaba ese rollo. Pero sí había lago en la complicidad de esos dos, la felicidad que mostraban espontáneamente, la dulzura con la que sus ojos se cruzaban que le resultaba encantadora. ¿Se estaba reblandeciendo? ¿Quién era Sara Moore? ¿En qué se estaba convirtiendo?

—Muy bien, en base a lo que me están comentando veré los listados de venta y les propondré las propiedades que mejor se ajusten a sus necesidades y su presupuesto. Los estaré contactando en la semana —dijo Sara poniéndose de pie y estrechándole la mano al hombre primero y a su prometida luego.

La pareja se fue y Sara sintió la necesidad de salir a respirar un poco de aire en la calle. Allí encontró a Amy que fumaba en un rincón. Hablaban poco desde que se habían encontrado en la fiesta de inauguración de la casa de David. Sara sentía que Amy sentía celos o envidia de ella. Era todo tan ridículo: era ella la que tenía una relación estable con David. Claro que no sabía, y no podía saber nunca, el acuerdo que tenían para que él le lamiera el coño. Tampoco, claro, sabía de lo que había hecho la noche anterior con su “novio”. Eso de llamarlo mientras era follada por Johnny había sido tan excitante. Sólo pensar en el pobre David escuchando sus gemidos, sabiendo que no era él quien estaba penetrándola la había hecho flipar.

—¿Qué tal las cosas con Johnny? —le preguntó Amy y Sara se sorprendió. No hablaban más que lo necesario en el entorno profesional y sus vidas privadas habían quedado fuera de los temas de conversación hacía un buen rato.

—Pues bien. No es que sea el amor de mi vida ni nada parecido.

—Lo siento —dijo Amy con tono condescendiente— lo cierto es que no todos pueden tener lo que yo y David tenemos.

Sara rio para sus adentros. Si esa pobre diabla supiera lo que hacía David con su lengua sobre su coño.

—No, claro. Estás en lo cierto —dijo Sara.

Amy apagó el cigarrillo contra la pared y se acercó a Sara.

—Me alegro de que nos entendamos nuevamente. Fue triste pelear por hombres.

—No sé de qué hablas. Nunca pelee contigo por David.

Amy hizo una mueca sarcástica.

—Lo que tú digas. Me alegro de que nos entendamos.

—Oye, no quiero tener problemas contigo. Te considero una buena colega.

Vio cómo el rostro de la otra dudaba y luego ganaba confianza.

—Perfecto entonces —dijo y esta vez Sara supo que sí lo sentía. Luego volvió a ingresar al edificio.

Sara no pudo evitar que una sonrisa se le dibujara en el rostro.

Capítulo 22

Tenía una taza de café humeante frente suyo. La tomó y bebió un sorbo.

—Gracias por venir —dijo David— sé que desde que nos divorciamos, no he sido el mejor... ¿ex marido?

—Oh David, no te preocupes por eso. Entiendo que no ha sido fácil para ti todo lo que vino luego. Está claro que te debe haber sorprendido mi decisión.

—Ha sido todo un cambio, no voy a negarlo.

—Sabes que puedes contar conmigo... claro, no como tu compañera de vida, pero puedo ser el oído que necesitas.

—Precisamente —dijo David aclarándose la garganta— estoy en una situación de la que no sé realmente cómo salir.

Johanna tomó a su vez un sorbo de café, apoyó nuevamente la taza y se dispuso a escuchar:

—Soy toda oídos.

—Tú conoces a mi... novia. Si es que puedo llamarla así.

—¿La chiquilla que estuvo durante tu fiesta de inauguración?

—Esa.

Johanna sonrió.

—¿Qué decirte David? Ya sabes lo que opino de relacionarte con alumnas.

—Es una antigua alumna. Ya no asiste a mis clases.

—Da igual. Mi honesta opinión es que deberías evitar ese tipo de relación. Pero oye, es tu vida.

—Justamente. Lo cierto es que no estoy enamorado de ella. Apenas si me gusta. Es decir, sí, claro, siento una cierta atracción física hacia ella y la cama...

—Oye, puedo ser tu amiga pero no necesito todos los detalles.

David se movió incómodo en su silla. Ese café lo ponía nervioso. Demasiado céntrico y populoso, temía que en cualquier momento se encontraría sin buscarlo con algún conocido.

—Lo siento. Como decía, ese es el problema. Amy... ella ha sido muy intensa durante todo este tiempo. Ya desde el comienzo ha querido llevar nuestra relación a un lugar en el que yo no me siento cómodo para ser honesto.

—Entonces tienes que decírselo. Establece tus límites antes que sea demasiado tarde.

—Es que ese también es el problema. Verás, tengo... algo así como una relación paralela con otra mujer.

—¡David! —dijo Johanna acalorada. — ¡Con más motivo debes hacerle saber a Amy que no estás interesado en una relación formal con ella! Y cuanto antes lo hagas mejor. ¡Por lo que cuentas ella está a todo vapor con la relación que tienen, creyendo que eres el novio perfecto! Y ahí estaba entonces. La ratificación de lo que ya sabía. Ya sabía que debía ser honesto con Amy. Ya sabía que no la amaba. Ya sabía que le había hecho ilusionarse. Pero su cabeza estaba permanentemente obsesionada con Sara. Y Sara no le correspondía.

—La otra mujer... creo que es la situación inversa. Yo soy un arrastrado por ella y apenas pareciera como si me tuviese en sus pensamientos.

—Ah, creo que ya entiendo hacia dónde va esto. Ustedes los tíos son todos iguales. Es por eso por lo que agradezco haber descubierto que lo mío son las mujeres. Sin ofensa.

—No te preocupes.

—Lo que tú quieres es mantener a Amy como una especie de follamiga porque lo de la otra tía no parece andar.

—Algo así. Sí.

—Yo lo que creo es que deberías sentar cabeza.

—¿Eso significa aceptar mi relación con Amy?

—¡Pero no! ¡Claro que no! Esa pobre muchacha no merece tu desprecio. Es claro que ella quiere una relación seria contigo y que tu no quieres una relación más que casual con ella. Por lo tanto, deberías cortar.

—Y entonces me quedaría sin...

—¿Sin la satisfacción sexual? Pues no sé cómo será tu historia con la otra...

—Digamos que parecida a la tuya con tu novia.

Johanna lo miró extrañado.

—No sé qué se supone que signifique eso, pero no tienes idea de lo que tengo con Jackie. Por lo tanto, preferiría que la dejes fuera de la discusión.

—Pues lo que sucede con Sara es que sólo me permite lamerle el coño. Nunca hemos follado. Y yo soy un hombre con necesidades, ya sabes.

—Tus necesidades no pueden justificar que juegues con los sentimientos de Amy. Si me preguntas a mí, creo que necesitas una mujer que te ame y que tú también puedas amar. Tienes ya edad y ha pasado tiempo suficiente desde que nos divorciamos para que encuentres una relación seria y sólida.

Ahí estaba. Johanna le decía lo que ya sabía. Y lo peor era que tenía razón. Tenía que aceptar la realidad. Tenía que cortar la relación con Amy. Porque por más que le proveía una fuente siempre dispuesta a satisfacer sus necesidades sexuales, lo cierto era que no podía seguir jugando con la pobre muchacha y sus sentimientos. Tarde o temprano tendría que dar el paso si quería en algún momento volver a tener una chance en el amor. Y cuanto antes lo hiciera, mejor iba a resultar: menos tiempo en el que Amy podría hacerle la idea de que tenían una relación amorosa que algún día terminaría en matrimonio y en los dos envejeciendo juntos. Iba a hacerle caso a su exmujer. Iba a hacer lo mejor para su futuro por más que le costara resignar lo único excitante que le había sucedido en meses.

Capítulo 23

Sara escuchó sollozos. Le resultó extraño, ya que estaban solas ella y Amy en la oficina. La recepcionista había salido a almorzar y su jefe había avisado que trabajaría desde su casa aquel día. Tenía que ser Amy entonces. ¿Por qué lloraría? Intentó no prestarle atención al asunto. Estaba convencida de que sería lo mejor dada su relación, pero en la medida en que siguió escuchando el llanto, y en la medida también que este fue aumentando en patetismo e intensidad, se decidió al menos a averiguar qué le sucedía.

Se puso de pie, se arregló las arrugas de la ropa, caminó hasta la oficina de su compañera y se asomó discretamente por el marco de la puerta:

—Oye, ¿te encuentras bien? —preguntó con una timidez que le era impropia.

—No, no estoy bien. ¿Acaso no ves?

Allí estaba la Amy combativa y desconfiada que conocía.

—Entiendo, pero quería saber si puedo ayudarte en algo a que estés mejor. Quizás podrías tomarte lo que resta del día.

Amy se acomodó en su silla, se secó las lágrimas y fingiendo control sobre sí misma negó nuevamente.

—Ya estoy perfectamente bien. Ha sido... no importa. Una tontería.

Sara la contempló unos segundos más hasta que Amy volvió a desarmarse y romper en llanto.

—¿A quién engaño? No, ¡no estoy bien y no sé si lo volveré a estar!

—Pero oye, no digas eso. Que todo tiene solución. Venga, cuéntame qué te ha sucedido. Sé que no hemos tenido siempre la mejor de las relaciones, pero estoy segura de que hablar te sentará bien.

Amy desconfiaba. Podía sentir claramente eso. La duda, la angustia en su rostro, pero finalmente se soltó.

—David —dijo por fin.

—¿Qué hay con el señor Fisher?

—¡Pues que me ha cortado!

Sara no se había esperado esa respuesta. Estaba completamente convencida de que David no dejaría a Amy por nada del mundo. Era después de todo un polvo que le exigía poco. Y bien, se había equivocado.

—Pero ¿cómo puede ser? Si tú siempre venías aquí tan feliz y contenta con vuestra relación. Siempre contabas lo bien que estaban juntos.

—¡Lo sé! Lo sé y yo tampoco me lo puedo explicar.

—¿Y qué te ha dicho él?

—Pues lo de siempre. Que tenemos mucha diferencia de edad; que no soy lo suficientemente madura para él; que no tenemos cosas en común; puras chorradas.

Sara se acercó a su colega y le pasó la mano por la cabeza con delicadeza. Amy se dejó hacer.

—Estoy convencida de que ha inventado esas excusas. Lo cierto es que debe tener otra. Se consiguió otra zorra y se aburrió de mi inexperiencia.

¿Acaso David pensaba quedarse sólo con ella? Se rio para sus adentros. Estaba loco si pensaba que deshaciéndose de Amy su relación cambiaría. Pero, por otra parte, la pregunta acerca de si tenía otra, una tercera mujer en su vida, empezó a inquietarla.

—Amy, eres joven y tienes mucho por delante. Estoy segura de que conseguirás algo mejor.

—Es que él era lo mejor que podía conseguir. Profesor universitario, buen pasar económico, agradable, buen tipo, culto e instruido. Podía pasar horas escuchándolo hablar de sus temas.

En eso tenía razón Amy; David no era un mal partido para nada. Sintió un poco de genuina pena por ella. Y también se sintió responsable. Mientras Amy soñaba con su príncipe Azul, este le devoraba el coño en la cocina de su casa. Al menos David no la había involucrado a ella en la ruptura. Podría haber sido catastrófico. En el estado en el que estaba Amy, quién sabe qué tipo de violencia hubiera podido llegar a desatar sobre ella.

La consoló un rato más y le volvió a sugerir que se tomara el resto del día. Al final Amy le hizo caso y salió de la oficina.

Sara pasó el resto de la tarde laboral incómoda. Había algo en todo eso que no le gustaba. ¿Por qué David no le había contado nada acerca de su plan de dejar a Amy? Tendría que visitarlo esa misma noche. Necesitaba sacarse la duda. Y, además, su coño ya palpitaba necesitado de una buena, profunda lamida como sabía hacer David.

Apenas se hizo la hora, salió de su oficina. No iba a hacer horas extra ese día. Había estado concentrada en las manecillas del reloj toda la tarde después de la situación con Amy y su ansiedad había ido aumentando con cada minuto del día.

Llegó a casa de David apenas una hora más tarde. Tocó como solía hacer y esperó a que el profesor apareciera en la puerta como era el rito que habían establecido. Cada segundo hasta que por fin la puerta se abrió y lo vio aparecer se le hizo interminable.

—No te esperaba, Sara. Pero adelante —dijo él con un tono más apagado que lo de costumbre.

Sara intentó mostrar que todavía mantenía el control de la situación y se encaminó para la mesada de la cocina donde su ritual indicaba que ella se subiría para que él hiciera delicias con su entrepierna.

—Hoy mejor vamos a la sala de estar —le indicó David impidiéndole el paso hacia la cocina.

Sara no dijo nada. Podía ser que hubiera finalmente decidido a imponerse un poco y quería cambiar de locación para el acto.

—Toma asiento —le dijo David señalándole un cómodo sillón.

Sara se apoyó en el borde, apenas tocando con una mínima parte de su trasero el borde.

—Estuve pensando mucho en... esto que tenemos —dijo por fin David y tomó una bocanada de aire— creo que lo mejor será que terminemos aquí.

Sara se quedó estupefacta. ¿Acaso él estaba terminando con ella? ¿Cómo se atrevía?

—No —dijo Sara intentando rescatar una seguridad que repentinamente parecía habersele escapado.

—Bueno, yo digo que sí, Sara. Esto... esto no está funcionando.

—¿Ahora que has terminado con Amy se te ocurre que esto no funciona?

David hizo una mueca con sus labios.

—Entonces ya sabes lo de Amy.

—Trabaja a un cubículo de distancia mío. ¿Crees que no escuché sus llantos durante el día?

—Pobre Amy. En fin, Sara. Ella no tiene nada que ver con esto. Ahora, si me excusas... tengo cuestiones que atender —dijo David señalándole la puerta de salida.

¿Cómo se atrevía? ¿Quién se creía que era? ¡David no podía decidir su relación! ¿Y ni siquiera le iba a dar una lamida de coño de despedida? Sara no sabía cómo reaccionar. No se había esperado eso y estaba confundida. De pronto se vio en el lado de fuera de la casa de David y no supo qué hacer.

Capítulo 24

Johnny la montaba como un semental a una hembra en celo. Era el mismo Johnny de siempre, vigoroso y con una sabrosa polla que sabía utilizar, arremetiendo contra su coño con la potencia de un toro. Pero algo no se sentía del mismo modo para Sara. Nuevamente estaba distraída. La habitación de Johnny volvía a mostrarle todos esos defectos, esos detalles que la habían hecho sentir que no iba a volver a estar con ese tipo luego de su primer encuentro. La ropa desordenada, los envases vacíos de barritas de proteína en el suelo, las paredes que sentía se le venían encima en ese pequeño ambiente que era la habitación de Johnny. El hombre había destinado el resto de las habitaciones de lo que por lo demás era una casa bastante comfortable a un pequeño gimnasio hogareño y una sala de juegos. Ese era Johnny: un tipo que se pasaba todo el día en el gimnasio donde había conocido a Sara sólo para llegar a su casa para encerrarse nuevamente en un gimnasio, esta vez privado. Al día siguiente se levantaba, cocinaba sus huevos revueltos con tocino y volvía a salir de casa para ir al gimnasio público. Y así todos los días. Algunas noches Sara se presentaba allí, follaban con violencia como estaba sucediendo en ese instante, ella solía quedarse a dormir allí luego de que terminaban y huía apenas despuntaba el día, evitando los desayunos hipercalóricos que la dieta muscular de Johnny prescribía y él preparaba con la inocencia juguetona con la que se desplazaba por la vida. De dónde sacaba el dinero que necesitaba para vivir, eso Sara no terminaba de entenderlo. Sabía que tenía inversiones de criptomonedas y una vez había querido contarle todos los detalles a ella, pero Sara se había rehusado pues el tema la aburría de muerte.

Si tenía otras relaciones, amistades o amantes, tampoco sabía a ciencia cierta. Alguna vez lo había escuchado hablar por teléfono con alguien, pero no había podido decidir si era hombre o mujer, amigo o amante. Por lo demás, también lo había escuchado jugar videojuegos alguna rara

oportunidad justo cuando ella había llegado, pero no parecía estar demasiado sumergido en ese submundo tampoco.

—¿Te gusta esta polla? ¡Guarra! —gritó Johnny en la cima de sus movimientos en su coño.

No le salió responderle lo que siempre le respondía, que sí, que amaba su polla. En cambio, su boca se quedó cerrada, como si se hubiera quedado sin palabras.

Johnny siguió, ajeno completamente a lo que Sara sentía o cómo respondía. Él estaba para sí mismo y Sara había estado para sí misma también y por eso lo que tenían había funcionado hasta ese momento. A ninguno se le ocurría meterse en los asuntos del otro. No se preguntaban por su día ni fingían interesarse por nada más allá del momento del fornicio. La vez que Johnny había acompañado a Sara a la fiesta de inauguración de la casa de David había sido la primera y única vez que habían estado juntos fuera del contexto del gimnasio o de la casa de alguno de ellos. Había sido una situación incómoda y a Sara le había avergonzado íntimamente que la vieran acompañado de un tipo tan básico y poco interesante. La escena le había funcionado para hacer sentir celoso a David y marcarle claramente el lugar que tenía en su vida, pero ahora que el muy atrevido había decidido cortar todo contacto con ella pasaba horas pensando en qué había hecho para propiciar ese desenlace. Más que nada pensaba qué podría haber cambiado para que no terminase así la situación. Porque se había dado cuenta, y lo confirmaba en ese mismo instante en que Johnny seguía encima suyo, trabajando con motivación la metisaca, que los pasados meses habían resultado los más excitantes de su vida. Y no lo habían sido precisamente sólo por el gorila que la penetraba en ese momento. No. Habían sido porque en las ocasiones anteriores había tenido la satisfacción de haber sometido a David antes. Esas sesiones de sexo duro le habían resultado sumamente placenteras y satisfactorias y ahora en cambio le resultaban aburridas y sosas, poco interesantes.

No la excitaba ya Johnny ni su polla venosa y dura como la habían excitado luego de humillar y someter a David. Se daba cuenta que la fuente de su placer durante esos contactos con Johnny estaba conectada a su mente volviendo a fantasear con David a sus pies, su lengua lamiendo su clítoris, sus labios, con la precisión que sólo el profesor conocía, mientras el otro se la montaba. Ahora que había salido de la ecuación David, nada era igual.

Johnny se sacudió en un espasmo y de la punta de su polla salió un estallido de abundante semen que depositó en el interior de Sara como era su costumbre.

—¡COÑO! —gritó y se golpeó los pectorales con los puños cerrados como si fuese Tarzán dando un grito en medio de la selva.

“Al menos uno de nosotros pudo correrse”, pensó Sara con decepción. Se sentía completamente perdida. Nunca se había imaginado que le iba a importar tanto su relación con ese profesor un poco empollón y neurótico, pero allí estaba.

Johnny se dejó caer a su lado.

—¿Qué tal princesa? Que te he follado bien duro hoy, eh.

—Pues sí —dijo Sara intentando sacarse de encima al tipejo.

—Creo que hoy has estado particularmente caliente. He sentido cómo te corrías tú también. Te ha temblado el cuerpo como si fueras una cabra enloquecida.

Johnny no tenía ni la menor idea. No se había corrido y ni siquiera había estado cerca de correrse.

Ahora escuchó al mastodonte humano roncando. Eso había sido todo. Una follada y a dormir. Sara se llevó los dedos al coño y comenzó a frotárselo, pero lo cierto es que las imágenes excitantes no venían a su cabeza. Intentaba recordar los momentos con David, pero no era lo mismo. Sin la humillación, sin la sumisión del tío en la vida real, no podía sentir ese cosquilleo de adrenalina que la había estado llevando a experimentar los orgasmos más poderosos de su vida durante los últimos tiempos.

Iba a tener que acostumbrarse a que eso se había terminado y buscar otra cosa que pudiera suplantarle. ¿Pero por dónde comenzar? No lo sabía, pero tenía claro que con Johnny no era el camino.

Capítulo 25

David terminó de impartir su clase y sintió una extraña sensación de paz y felicidad como hacía mucho tiempo que no sentía. Había sido una buena clase, sin lugar a dudas. Había podido hablar y explicar cuestiones que le fascinaban de los estudios literarios, sus alumnos habían estado atentos, habían realizado preguntas pertinentes y todo en general había salido mejor de lo que había planificado. Ahora tenía que recoger unos exámenes para corregir en casa que había dejado en su oficina y podría terminar el día, posiblemente viendo una película. Tranquilo y en soledad. Sí, la abstinencia había sido dura luego de terminar tanto con Amy como con Sara, y si bien extrañaba de la primera la posibilidad del sexo y de la segunda el modo en el que lo sometía, su carácter ácido y sarcástico y el poder absoluto que parecía poder ejercer sobre él sabía que había sido una decisión correcta. El amor ya llegaría. Y si no lo hacía, al menos no estaría viviendo una doble mentira de amores no correspondidos: la de Amy hacia él y la de él hacia Sara.

Pensaba en eso cuando llegó a su oficina. Por el vidrio esmerilado se veía que la luz estaba encendida. Él sabía perfectamente que había dejado todo apagado; ni siquiera había estado allí durante el día. Quizás el personal de limpieza se habría olvidado de apagar las luces, pero en el fondo sabía exactamente lo que había sucedido. Suspiró cansado y abrió la puerta:

—Amy, te he dicho que lo nuestro se terminó. Que vengas aquí no hará que las cosas cambien y además...

No pudo terminar de hablar.

En frente suyo, sentada sobre su silla detrás del escritorio no se encontraba Amy, sino Sara.

—¿Tú?

—Cállate y escucha lo que voy a decirte —dijo Sara poniéndose de pie y caminando alrededor de David.

Se acercó hasta tenerlo a pulgadas de distancia y susurró a su oído:

—Ahora me voy a sentar sobre tu escritorio, me bajaré los pantalones y bragas y me lamerás el coño como nunca antes lo has hecho. Quiero correrme dos veces para comenzar. Y eso sólo para comenzar.

David suspiró nervioso pero decidido.

—Sara, ya sabes lo que siento. No puedo seguir con esto. Ya lo hemos discutido.

—Y entendí lo que me dijiste. Por eso cuando termines de hacerme correr como nunca lo has hecho, podrás colocar tu polla dentro mío.

David sintió cómo su verga se levantaba de inmediato debajo de sus pantalones.

—Yo... es muy tentadora tu oferta... pero yo estoy buscando una relación seria. Algo en lo que pueda crecer junto a otra persona. Te agradezco Sara, pero creo que sabes perfectamente lo que siento por ti y...

Sara le tapó los labios con el dedo índice de su mano derecha.

—¿Por qué te esfuerzas en arruinar la situación? ¿Acaso te crees que si no me hubiera dado cuenta de que albergo sentimientos hacia ti como los tuyos hacia mí estaría aquí ofreciéndote este trato? Tú y yo sabemos qué es lo que nos gusta, no lo arruines con tus estúpidas palabras sentimentales.

Sara se sentó sobre el escritorio del profesor y barrió con un brazo los papeles y carpetas que allí había. David se arrodilló frente a esa mujer que sabía exactamente cómo manejar sus emociones, como manipularlo como una marioneta. Y le gustaba. Le ponía la polla dura como nunca. Sara se deshizo de su pantalón y ropa interior y abrió las piernas para recibir la lengua ansiosa de David que se sumergió sobre la entrepierna de la mujer como quien busca un néctar divino. Allí estaba otra vez, saboreando el coño magnífico de esa mujer que lo tomaba de la cabeza y gemía sin importarle que se encontraba en su lugar de trabajo. Con sus manos movía la cabeza de David llevándolo exactamente a los lugares donde necesitaba su caliente cavidad. El hombre parecía un pordiosero desesperado al que se le ofrece un plato de abundante y cálida comida. Le comió el coño exactamente como ella quería, como lo había necesitado, con una intensidad que la llevó a correrse primero a los segundos de tener esa lengua madura y bien entrenada en ese menester tocando su clítoris. A la primera corrida le siguieron otras dos. La tercera la dejó prácticamente agotada. Era hora de cumplir su promesa. Apartó la cabeza de David y ahora se deshizo de su blusa y su sujetador. David se puso de pie. Por fin su fantasía se concretaba. Observó embelesado los erguidos pechos de Sara. Eran exactamente como los había soñado, con unos pezones rosados y erectos que lo encomiaron a abalanzarse sobre ellos y comenzar a chuparlos.

Succionó con una pasión que no reconocía en sí mismo. El momento que había soñado desde la primera vez que había visto a Sara se cumplía finalmente. Con ansiedad se desabrochó el cinto, se bajó los pantalones y llevó su polla al coño de Sara mientras seguía succionándole las tetas.

Se inmiscuyó dentro del cuerpo de Sara. Sintió el calor, el cobijo que le brindaba. La humedad de su coño excitado que él mismo había trabajado con su lengua. Era por fin el momento que había soñado. Sus cuerpos se trenzaron amorosamente y David sintió que no iba a poder contener su descarga por mucho tiempo; sus piernas comenzaron a vibrar, sintió que perdía el equilibrio, su cuerpo se arqueó y largó una descarga de semen dentro de Sara. Por fin. Estaba exhausto y se dejó caer en su silla de escritorio.

Sara se cambió rápidamente. Sonreía. Se la veía feliz.

—¿Me invitas a cenar o qué? —dijo ella.

David no se esperaba eso, pero era evidente que Sara realmente había aceptado las nuevas reglas; estaba dispuesta a crecer la relación.

Le costaba respirar. Estaba agotado y excitado, casi por partes iguales.

—Sí, sí, por supuesto.

Se cambió y salieron. La llevó al restaurante donde había ido con Amy ese día fatídico en el que todo había comenzado entre ellos.

A Sara pareció gustarle. Estaba contenta y dicharachera.

Apareció el camarero a pedirles la orden. David nunca lo había visto antes, pues era la primera vez que iba a ese lugar por la tarde.

Era un joven de porte atlético, bien tostado, una cabeza llena de cabello que humillaba en todo aspecto a David.

Sara lo miró de arriba abajo con ojos lujuriosos.

—Buenas noches, ¿qué se les ofrece esta noche?

—Pero que tío tan guapo eres —dijo ella— seguro que podrás recomendarme algo tú.

El camarero sonrió incómodo. ¿Esa mujer hermosa lo estaba intentando seducir frente a su pareja?

Como si pudiese adivinar sus pensamientos, Sara le dijo a continuación:

—Ignora a ese tío. Cuéntame qué me recomiendas. Estoy segura de que alguien tan bello como tú debe saber satisfacer los apetitos de una mujer como yo.

David se movió incómodo en su silla y entonces sintió como debajo de la mesa la mano de Sara se deslizaba hasta alcanzar su entrepierna y acariciar sus huevos.

Entonces entendió la situación. Sara siguió flirteando con el camarero al tiempo que jugaba con sus huevos y su polla. Si esa iba a ser la nueva relación que iban a tener Sara y él, supo que no podía haber pedido algo mejor.

FIN (por ahora...)

Otros historias de Ashley Dixon

¿Te ha gustado esta historia? Si es así, ¡aquí puedes encontrar otras historias bien calientes! ¡Y estate al tanto que se vienen todavía más, nuevas y excitantes historias!

Colección de Reverse Harem: COMPARTIDA aquí

Compartida en los cielos

Compartida en los mares

Compartida en el refugio de montaña

Compartida en una playa privada

Compartida en la clase de arte

Compartida en Navidad

Compartida en el día de los enamorados

Compartida en una limusina

Compartida en el espacio exterior

Confesiones de una guarra (todo tipo de perversiones)

Serie Confesiones de una guarra

Colección de Papis calientes

Serie Papis calientes de Yarrow Creek

¡Nos vemos la próxima!

Ashley ♥